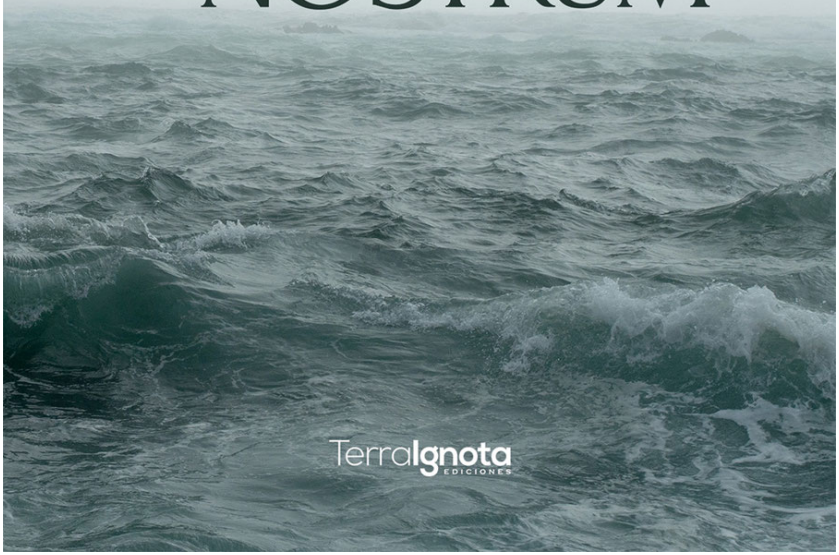
PABLO ÁLVAREZ CASTAÑO

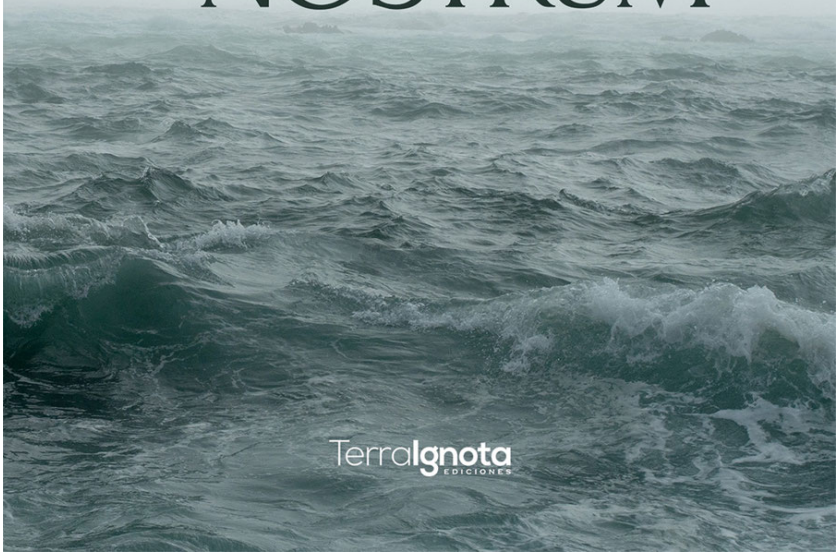
LA PERLA DEL MARE NOSTRUM



TerraIgnota EDICIONES

PABLO ÁLVAREZ CASTAÑO

LA PERLA DEL MARE NOSTRUM



TerraIgnota EDICIONES

Pablo Álvarez Castaño

LA PERLA DEL MARE NOSTRUM

Terralgnota
EDICIONES

1ª edición en formato electrónico: junio 2022

© Pablo Álvarez Castaño

© De la presente edición Terra Ignota Ediciones

Diseño de cubierta: TastyFrog Studio

Terra Ignota Ediciones

c/ Bac de Roda, 63, Local 2

08005 – Barcelona

info@terraignotaediciones.com

ISBN: 978-84-125418-7-8

THEMA: FJH 2ADS 3CT 1QBAR

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, diálogos, lugares y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor, o bien han sido utilizados en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas o hechos reales es mera coincidencia. Las ideas y opiniones vertidas en este libro son responsabilidad exclusiva de su autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con

la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Pablo Álvarez Castaño

LA PERLA DEL MARE NOSTRUM

PRIMERA PARTE LA EXCUSA

Capítulo 1 El agua y la arena

Capítulo 2 Guerra de intereses

Capítulo 3 Los cónsules

Capítulo 4 El censor

Capítulo 5 El nieto del africano

Capítulo 6 La batalla

Capítulo 7 La propuesta

Capítulo 8 El juicio

Capítulo 9 La llegada

Capítulo 10 La huida

Capítulo 11 El discurso

Capítulo 12 La decisión

Capítulo 13 De vuelta en Roma

Capítulo 14 El desarme

SEGUNDA PARTE LA GUERRA

Capítulo 15 Los preparativos

Capítulo 16 La preocupación

Capítulo 17 El asedio

Capítulo 18 El primer ataque

Capítulo 19 Reflexiones

Capítulo 20 La interrupción

Capítulo 21 La sucesión del rey

Capítulo 22 Los comicios

Capítulo 23 De vuelta a África

Capítulo 24 El relevo

Capítulo 25 Se acerca el final

Capítulo 26 La victoria y la derrota

Epílogo y referencias

A mis hijos Irene y Sergio, compañeros de viaje durante el tiempo que se estuvo escribiendo este relato.

PRIMERA PARTE

LA EXCUSA

Ezequiel 27, 12. Los cartagineses comerciaban contigo, henchían tus mercados con gran cantidad de toda suerte de riquezas, de plata, de hierro, de estaño y de plomo.

Capítulo 1

El agua y la arena

Año 158 a.C. Alrededores de Bizerta. Costa del Norte de África

La bóveda azul del cielo se hundía en el horizonte marino por un lado, y en la polvareda de las llanuras del desierto por otro.

El muchacho contemplaba el mar. Y también contemplaba el océano de arena. Se encontraba en un privilegiado puesto de observación desde donde su vista podía alcanzar un horizonte marino y otro terrestre.

El capataz les había dado un respiro en la construcción de unas viviendas, en principio muy rudimentarias, pero que después pensaban ir mejorando e incluso engalanando. Más tarde sería el turno de hacer granjas y establos. Por unos minutos fantaseó con que en un día, que esperaba no muy lejano, una vivienda similar, o puede que una de las que estaba construyendo, llegase a ser suya si la suerte era propicia.

El desierto se extendía infinito ante su mirada. Los vientos soplaban sobre él, a veces amables, a veces crueles. En algunas ocasiones dificultaban el camino de las caravanas, y en otros, haciendo y deshaciendo las dunas, que parecían cobrar vida, y dejando al descubierto restos de caravanas que habían sido sepultadas tiempo atrás.

Los salteadores siempre estaban atentos a la aparición de esas mercancías, por su propia naturaleza de fácil consecución, y gratuitas, ya que nadie reclamaba lo que hace tiempo ha dado por perdido.

Por eso, mientras estaban ocupados en la construcción de esa aldea en las cercanías de la ciudad de Bizerta, era necesaria la vigilancia para evitar los actos de pillaje.

Con un leve giro de cabeza contemplaba el mar. Una masa de agua verde brillante, que desprendía limpieza y olía a sal. El movimiento

de las olas tenía algo que lo hipnotizaba, y pensó si podría quedarse sentado allí, sobre la arena, contemplando el ir y venir de las olas, hasta que el sol se escondiera.

Observó a escasa distancia a una muchacha que portaba un cesto de mimbre con ropa que se dirigía a un riachuelo con la evidente intención de lavarla. Debía de tener su edad. Su piel morena revelaba que debía de pasar mucho tiempo al sol. Llevaba el pelo recogido en una trenza. Y sus graciosos movimientos al andar llamaron la atención del muchacho, que empezó a preguntarse si ella podría ser buena candidata para vivir con él en una de las casas en las que pensaba hacía poco.

Una mujer de mediana edad la llamó desde una de las tiendas cercanas a la orilla, y así el nombre de la chica, como una amable caricia, llegó hasta los oídos del muchacho.

—Imilce, no vayas muy lejos. Que yo te vea.

—Solo hasta el río, madre.

Así que se llamaba Imilce.

El muchacho empezó a considerarse afortunado. Contempló el desierto una vez más, y ahora veía a pastores dirigir rebaños en busca de oasis y se recreó en las carreras de un camello.

Contemplaba de nuevo el mar, donde veía las barcas de los pescadores que probaban suerte casi en el horizonte de lo que su mirada alcanzaba. Veía también un trirreme que surcaba las aguas relativamente cerca de la playa. Probablemente procedía de Cartago y se encargaba de vigilar las costas amigas para disuadir a los piratas de cualquier tipo de incursión.

Contemplaba a la chica. No había nada de malo en quedarse contemplando los movimientos de su cuerpo al caminar, al detenerse y agacharse, al remangarse. Pensó que eso era algo que había ocurrido en todas las culturas antiguas y contemporáneas. Y que ocurriría en las venideras. Los chicos mirabas a las chicas. En Asiria, en Babilonia, en Grecia, en Egipto, en Troya.

Y el observar sin saberse observado hacía su contemplación aún más gratificante.

Una mano palmeó su hombro izquierdo por detrás, sin esperarlo. El impacto llevaba la suficiente fuerza para reconocer que procedía de un brazo masculino, pero no era tan fuerte como para considerarlo enemigo, sino amistoso.

—Te veo enamorado, Bostar.

El muchacho se sorprendió. Después reconoció a Cartalón, uno de sus compañeros de trabajo.

—Estaba pensando, Cartalón, en lo afortunados que somos por estar donde estamos. Tenemos el sol. Tenemos comida y bebida. Tenemos cerca el mar.

—Y tenemos cerca a las mujeres, ¿no? Creo que es así como ibas a acabar de hablar. Sí, estamos en un buen sitio.

—¿Sabes? No siempre me quedaré aquí. Quiero progresar. Dentro de unos años viviré en la misma Bizerta o en Néferis. Puede que en Cartago.

—Deben de ser hermosas las mujeres de Cartago. No sé cómo pueden ser las mujeres de Grecia o de Roma.

—Mi padre —dijo Bostar— era romano. Era carpintero y vino con el ejército. Se quedó a vivir en África después de la segunda guerra. Conoció a mi madre, que vivía en Néferis. Y aquí estoy yo.

Una nube de arena se levantó en la lejanía del desierto.

—Parece que viene una tormenta de arena.

—No —dijo Cartalón—. Es demasiado pequeña para ser una tormenta. Sería mucho más grande.

Los dos jóvenes se quedaron mirando con atención las evoluciones de la pequeña nube de arena que parecía desplazarse acercándose hacia ellos.

—No es una tormenta. Más bien parece producida por un galope de caballos.

Ambos aguzaron la vista, e intentaron escudriñar quién o quiénes podrían proceder del desierto y dirigirse hacia su emplazamiento. No eran muchas las personas que podrían saber que se construía una aldea con aspiraciones en el futuro a formar parte de Bizerta o incluso a fundirse con ella cuando ambas poblaciones crecieran.

Viniendo del desierto podría tratarse de alguien necesitado de ayuda, que acabara de atravesar momentos duros, pero lo cierto era que la velocidad a la que avanzaba la comitiva hacía pensar que eran dueños de mucha energía.

Al cabo de poco tiempo estuvieron a la vista. Cabalgaban a gran velocidad. Se empezaron a distinguir algunos caballos blancos y otros negros. Sus jinetes vestían una especie de lienzo blanco y portaban lanzas y escudos. Al frente de ellos cabalgaba un jinete con capa roja, distintivo de su estatus real.

—Son guerreros númidas —se alarmó Cartalón.

—Van a atacarnos.

—No tengas duda. Corramos. Hay que avisar.

Dicho esto, salieron corriendo ladera abajo gritando.

—¡Se acercan númidas! ¡Caballería númida!

Imilce fue la primera en estremecerse por los gritos.

—Nos atacan los númidas —le gritó Bostar en un atolondrado intento de protegerla—. Corre a esconderte.

—¿Númidas? —dijo la chica—. ¿Otra vez?

—Corre y escóndete. Por todos los dioses.

En la aldea creció el griterío que la alarma de los jóvenes había desencadenado. Y en cuestión de pocos minutos la caballería atacante enfilaba el último tramo de tierra que le separaba de la

aldea.

—¡Arrasad con todo! ¡No les dejéis nada! —gritaba el jinete que lucía la capa roja, que, poco antes de llegar a su objetivo se había quedado rezagado voluntariamente para evitar entrar en la aldea.

Poca resistencia podían ofrecer los escasos habitantes de la aldea, más versados en las labores agrícolas y pesqueras que en las militares, ante un ataque tan sorpresivo como bien preparado. En poco tiempo la aldea fue pasto de las llamas. Las tiendas y las barcazas quedaron calcinadas, y los escasos rebaños fueron dispersados. Los valientes que intentaron hacer frente a los guerreros con piedras y palos quedaron heridos en el suelo.

En semejante desastre sobrevenido de una manera tan cruel, los horrorizados habitantes de la aldea vieron entonces al jinete de la capa roja acercarse, como recreándose en la situación. Tenía un porte orgulloso y una mirada altiva. Y cuando las primeras palabras, pronunciadas en idioma púnico pero con extraño acento, salieron de su boca, la impresión de todos fue la de que era un hombre que se creía con derecho a hacer cualquier cosa y a decir cualquier cosa.

—Soy el príncipe Gulussa, hijo del gran rey Masinissa, soberano de Numidia. Desde hace mucho tiempo venimos reclamando a Cartago estas tierras que nos pertenecen de forma lícita. Cartago ha hecho caso omiso a nuestras peticiones. Como represalia he destruido vuestra aldea.

A pesar de haber formulado la última frase en primera persona ninguno de los allí presentes recordaba haberlo visto en el calor de la refriega.

—Y seguiré destruyendo cada una de las colonias que intentéis construir. Nuestro es el poder. Somos dueños de todo el territorio que abarca vuestra vista. África nos pertenece.

Y a una señal suya los jinetes iniciaron el galope dejando la aldea destruida, y a sus habitantes desesperanzados. Poco después, tras unos momentos de reflexión, empezaron a exteriorizar sus pensamientos.

—Otra vez los númidas.

—No podremos vivir aquí. Nos harán la vida imposible.

—Yo digo que no debemos dejarnos llevar por el desánimo. No les demos ese placer. Cojamos fuerzas y volvamos a emprender el trabajo.

—Y ¿de qué va a servir? Ya veis lo que hemos tardado en construir y lo deprisa que han destruido el fruto de nuestro trabajo y nuestro esfuerzo. ¡Días y días de trabajo y esfuerzo!

—Entonces —terció Bostar— pediremos ayuda. Que nos protejan.

—¿Quién va a protegernos, muchacho? —preguntó la madre de Imilce.

—Cartago —contestó Bostar viendo una ocasión de llamar la atención de la chica—. Pediremos ayuda a Cartago por la situación tan injusta que estamos sufriendo.

—Cartago no puede hacer nada, muchacho —le contestó uno de los heridos—. Roma le ha prohibido hacer la guerra sin su permiso desde la última vez que los derrotaron.

Guardó unos instantes de silencio para dar más énfasis a su siguiente afirmación.

—Esta es una historia sin esperanza.

Capítulo 2

Guerra de intereses

Senado de Cartago. Pocos días después

Tumílcar avanzó decidido por los pasillos del edificio del senado en dirección a la reunión. Llegaba tarde porque su esposa, Anaid, le había entretenido en un asunto de los esclavos de su casa que, a su juicio, podía haber esperado. Pero de vez en cuando a ella le gustaba echar un pulso a su marido para darle a entender que, por muy sufete que fuera, debía de contar con ella para la mayoría de las cuestiones domésticas. Era una forma que tenías las mujeres cartaginesas de señalar su señorío.

Los guardias le abrieron paso al ver que, por amplias que fueran las vestimentas que llevaba, Tumílcar se dirigía a la reunión del senado con la velocidad del que se sabe que llega tarde y la determinación de quien quiere que se cuente con él porque tiene algo que decir que no debe ser ignorado.

En este mandato compartía el cargo de sufete con Martabón, un miembro de la aristocracia cartaginesa al igual que él, pero con una marcada tendencia al colaboracionismo con los romanos.

En eso la república cartaginesa funcionaba de una forma similar a la romana, solo que allí les llamaban cónsules. Al igual que los cónsules, los sufetes no tenían poder absoluto, y compartían decisiones con el Senado en una suerte de interdependencia para evitar tentaciones tiránicas. Incluso el hecho de que fueran dos, y no uno, estaba orientado a que se fiscalizasen el uno al otro si fuera necesario.

Pero si Martabón era el líder de un partido pro romano, que se allanaba a cualquier cosa que pudiera pedir la potencia extranjera, Tumílcar era un patriota. Antes que por él, se batía por Cartago. Y pensaba que era mejor morir de pie que vivir de rodillas.

Sabía que la situación que tenía que afrontar su ciudad no era fácil. Dos guerras había tenido Cartago contra Roma y había perdido

ambas. En la primera de ellas sostuvieron una dura pugna en Sicilia hasta que finalmente los cartagineses, a pesar de la guerra de guerrillas de Amílcar Barca, fueron derrotados. A esto siguió un tratado en el que Cartago se comprometió a devolver a Roma diversos territorios y a pagar una dura indemnización de tres mil doscientos talentos.

Fue un duro golpe para Cartago, además de asumir que el control romano de Sicilia significaba el control de las principales rutas comerciales del que llamaban Mare Nostrum. Habían perdido el dominio de un mar tras ostentarlo durante dos siglos.

Años más tarde fue Aníbal, el hijo que Amílcar había criado en un odio a los romanos, el que formó un importante ejército de setenta mil hombres. Sabedor que, desde la primera guerra, los romanos se habían hecho con el control naval del Mare Nostrum, y no iba a poder atacar Roma por mar, dirigió su ejército por tierra bordeando la costa norte de África y avanzó en Hispania hasta la ciudad de Sagunto, a la que puso sitio y finalmente conquistó, desencadenando la segunda guerra.

Guiado por un odio que rozaba lo patológico, y armado de treinta y siete de elefantes de guerra, con el convencimiento de que animales de esa naturaleza causarían pánico en Roma, sueña el ambicioso plan de llegar a plantarse con dicho ejército a las puertas de la ciudad de las siete colinas.

Valiéndose del agudo conocimiento de sus ingenieros, sorteó el estrecho de Gibraltar y los ríos que le salieron al paso con un ingenioso sistema de balsas.

Tras atravesar Pirineos y Alpes es interceptado en Cannas por el ejército del general romano Cayo Terencio Varrón, muy superior en número. Pero Aníbal despliega una magistral estrategia y gana de forma contundente la batalla, aunque pierde un ojo.

Aunque logra penetrar en la península itálica, se queda sin suficiente material bélico para atacar Roma. De todos sus elefantes, acostumbrados al clima africano, tras atravesar ambas cordilleras solo habían sobrevivido doce. Entonces decide esperar la llegaba del ejército de su hermano Asdrúbal.

Pero Asdrúbal es derrotado en la batalla del rio Metauro y los romanos, en un gesto de infinita crueldad, lo decapitan y arrojan su cabeza en un saco al campamento en donde Aníbal le esperaba. Era una de las estrategias de los romanos para debilitar la moral del enemigo.

Cuando Roma envía al general Publio Cornelio Escipión «el africano» contra Cartago, Aníbal vuelve a defender su ciudad, pero es derrotado en el páramo de Zama de forma definitiva.

Las condiciones de la segunda derrota no fueron menos exigentes que las de la primera. Cartago se vio obligada a entregar todas sus colonias a Roma, a volver a pagar otra indemnización, esta vez de diez mil talentos, que aún abonaban.

No fue eso todo. Tuvo que entregar también todas sus naves salvo diez trirremes, todos sus elefantes de guerra, e incluso Escipión pidió, como garantía, que entregasen cien rehenes de familias nobles de Cartago de entre catorce y treinta años.

Pero tampoco fue suficiente. Cartago hubo de comprometerse a no volver a declarar ninguna guerra sin el permiso de Roma.

Y eso era lo que preocupaba ahora a Tumílcar. Los númidas, con su rey Masinissa al frente, deseoso de conseguir más territorios, provocaban una y otra vez con sus incursiones a aldeas y ciudades púnicas con el convencimiento de que Cartago no podría defenderse sin volver a irritar a Roma y a enfrentarse a ella por romper el último tratado.

Masinissa y sus hijos lo sabían y, de forma deliberada, buscaban un enfrentamiento y ponía a prueba la paciencia de Cartago hasta sus últimos límites.

El mensaje que mandaban era claro: sabemos que estáis débiles y vamos a hacer vuestra vida lo más difícil posible.

Tumílcar empujó con violencia las dos últimas puertas que le separaban de la estancia donde tenía lugar la reunión senatorial, pero lo hizo con tal energía que el orador que intervenía en ese momento interrumpió su disertación, sorprendido por el ruido.

A Tumílcar le pareció escuchar que hablaba algo referente a los mercaderes del puerto, pero consideró que ese asunto no podía ser más importante que lo que él tenía que comunicar.

Una vez que hubo captado la atención del orador, de los oyentes, y de los senadores que dormitaban, se colocó en el centro de la sala y gritó.

—¡Lo han vuelto a hacer! ¡De nuevo! Los númidas, con uno de sus príncipes al frente, han destruido otro de nuestros emplazamientos de la costa.

—Tumílcar —le reprobó Martabón—, este es el Senado y merece un respeto. No me parece procedente la forma en que irrumpes aquí interrumpiendo esta honorable sesión para hablar de una cuestión que no estaba programada para hoy.

—Pues yo estoy seguro —replicó Tumílcar— de que si los romanos irrumpieran en nuestras costas tú serías su primer trompetero.

—Yo amo a mi patria —replicó Martabón intentando revestirse de dignidad y patriotismo, cualidades de las que muchos ya sospechaban que carecía.

—Os digo, senadores —continuó Tumílcar— que los númidas continúan con sus continuas provocaciones y lo seguirán haciendo porque saben que enfrentarnos con ellos sería, literalmente, enfrentarnos con Roma. Y mi responsabilidad como sufete es plantear este problema en esta cámara e insistir en que requiere una solución necesaria, efectiva y urgente.

—Senadores —terció Astalón, amigo de Tumílcar—, la solución no puede ser más que una. Defendámonos. Somos atacados y, por lo tanto, tenemos todo el derecho a defendernos. Lo entienda Roma o no. Las provocaciones de Numidia no deben quedar sin respuesta. Eso solo serviría para alentar más incursiones, no ya de los númidas, sino incluso de los libios. Si mostramos debilidad no podemos esperar respeto. Sin victoria no puede haber supervivencia. Devolvámosles el golpe a los númidas. Y si Roma llega a tener conocimiento de una escaramuza podemos negarlo todo.

—Roma lo sabrá de inmediato —intervino el senador Magón, próximo a Martabón—. No podremos ocultar una defensa de esa envergadura. Tiene sus fuentes de información.

—Algunas incluso en esta misma cámara —acusó Tumílcar.

—Sufete, estás rozando los límites de lo permitido.

—La cuestión es clara: ¿seguimos soportando las provocaciones o nos defendemos?

—Hay una tercera vía. —La voz resonó desde lo alto de una de las tribunas.

Se trataba de Jantipo, un aristócrata de amplia experiencia militar y que se había incorporado al senado recientemente.

—En lugar de ir a guerra —planteó— o seguir sufriendo las provocaciones inútilmente. ¿Por qué no negociar con Masinissa? Es posible que lo único que quiera sea un puñado más de tierra y con eso se dé por satisfecho. Masinissa es ya muy viejo, aunque dicen que aún dirige personalmente sus ejércitos. Tiene una numerosa prole de hijos entre legítimos e ilegítimos. Cuando él muera, momento que no debe de estar muy lejano, se devorarán entre ellos por el trono. Hablemos con él. Creo que nuestra seguridad en este momento no depende del número de lanzas que tengamos sino de nuestra capacidad de establecer buenas relaciones con nuestros vecinos.

—No aceptará, buen Jantipo —dijo Tumílcar—. Seguirá provocando porque no tiene necesidad de negociar y sabe que el tiempo le favorece ya que no podremos aguantar mucho más.

—Pidamos permiso entonces a Roma —propuso Martabón— para declarar la guerra a Numidia. ¿Qué podemos perder?

—Ya hemos enviado delegaciones a Roma en otras ocasiones y vienen de vuelta con las manos vacías.

—Me ofrezco, como sufete —dijo Martabón— a viajar yo a Roma y a proponerlo favorablemente para que lo tengan en consideración.

—Y de paso visitas a tus amigos los romanos. Y les rindes pleitesía.

—Tumílcar, un caballero menos paciente que yo ya te habría contestado con algo más que con palabras.

—No podemos permitir que se fracture la unidad de esta cámara —dijo Jantipo—. Y creo que ambos sufetes deben superar sus diferencias y trascenderlas. Y trabajar juntos por el bien de Cartago. Propongo dos actuaciones.

El Senado guardó silencio. La demora en seguir su intervención no era gratuita. Jantipo quería serenar los ánimos e introducir un breve tiempo de reflexión para que sus proposiciones fueran acogidas. Al menos, para que se reflexionase sobre ellas.

Un bando de la cámara era patriota y belicista; otro pro romano. Y otro último, pro númida. El equilibrio del senado cartaginés no era fácil.

—Propongo —prosiguió Jantipo— enviar un ejército contra Numidia como acción de respuesta. Y al mismo tiempo enviar una delegación a Roma a exponer el problema y a solicitar su autorización para ir a la guerra contra Numidia. Fuera de esta cámara ningún miembro del ejército sabrá de la delegación enviada a Roma ni esta sabrá de nuestras intenciones militares. Se llevarán a cabo estas dos actuaciones simultáneamente y sin conocimiento la una de la otra.

Siguieron unos breves murmullos en el Senado que fueron evolucionando hasta parecen mayoritariamente aprobatorios.

—Me ofrezco voluntariamente —dijo Martabón— a encabezar la delegación que negocie con los romanos. Y me gustaría escoger a los miembros que me acompañarán.

Tumílcar pensó que no podía ser de otra forma.

—Propongo —dijo— encomendar el mando del ejército que enviemos contra Numidia a Asdrúbal el Beotarca.

—¿Asdrúbal Barca? —preguntó un senador entrado en años y con indudables problemas auditivos—. Creo que murió hace mucho.

—Asdrúbal el Beotarca —aclaró Tumílcar—. Es el comandante de las tropas auxiliares. Se le tiene por un militar muy cualificado.

Tumílcar se había quedado en un estado de bastante inquietud tras la discusión en el Senado. No se fiaba en absoluto de Martabón. Recordó que tiempo atrás, en una campaña contra los libios, estuvo bajo sospecha. Se rumoreó que los cautivos que había conseguido tras una batalla los había vendido como esclavos para obtener el dinero. Ya de vuelta en Cartago sin los esclavos declaró al Senado que habían muerto.

No llegó a probarse, pero desde entonces sus actuaciones eran seguidas por Tumílcar con especial atención.

Cuando llegó a su casa se percató de que, desde su balcón, lo miraba una pequeña figura. Su hija Aledis, de diez años, le saludaba ya desde lejos. Se alegró de ver a su padre, ya que había pasado la mayor parte del día fuera.

La casa del sufete, al igual que la mayoría de las cuidadas casas de Cartago, se distribuía alrededor de un patio de donde obtenían la luz y el aire. En dicho patio había un pozo que proporcionaba agua potable. Tumílcar entró en su vivienda y encaró el corredor del vestíbulo, hecho en forma de L para preservar la intimidad familiar. Las habitaciones estaban separadas por cortinas, o simplemente había una abertura hacia la estancia siguiente.

En las mesas había pequeñas figuras de elefantes y pequeños platos con dátiles. El salón principal estaba adornado con varios colmillos de los paquidermos.

Syrtica era la esclava. Tenía unos treinta años y ya llevaba cinco años a su servicio. Se encontraba en la cocina aderezando el pescado de la cena y manipulando el horno del pan.

Su esposa Anaid se encontraba en la planta superior, en el dormitorio del matrimonio. Estaba guardando sus vestidos y joyas en los estantes de arenisca que se encontraban construidos sobre las paredes.

—Has tardado mucho, papá —dijo la pequeña Aledis.

—Sí que he tardado. Pero por fin he llegado.

—Syrtica ha hecho el postre que más te gusta. —Corrió a la cocina y volvió con una pequeña bandeja con un pastel hecho con distintas capas de masa y relleno de almendras trituradas.

—Baklawa —dijo el sufete—. Delicioso.

—Ha hecho uno con almíbar y otro con jarabe de miel.

—Pues estoy deseando probarlos.

Tras la cena familiar, Anaid mandó a Syrtica acostar a la pequeña y que se retirase ella también. Necesitaba estar con su esposo a solas. La conversación no iba a ser fácil.

—Tumílcar, se escucha por las calles que puede haber guerra. ¿Es eso cierto? El asunto de los númidas parece que no tiene vuelta atrás.

—Hoy ha sido un día tenso en el Senado.

—Dime. ¿Qué porvenir nos espera? Nadie quiere otra guerra. Ni contra Numidia, ni mucho menos contra Roma. Vivimos relativamente tranquilos ahora.

—La situación dista mucho de ser fácil. Unos añoran la libertad que antes teníamos. Otros insisten en negociar. Y si fuera por otros como Martabón, acabaríamos casándonos con los romanos.

—No me gusta que ningún extranjero venga a decirnos lo que podemos hacer o no. Pero quiero criar a Aledis en paz y tranquilidad. He escuchado que los niños que sufren una guerra se quedan muy afectados de por vida. No la olvidan.

—Yo tampoco quiero una guerra ni creo que nos convenga. Pero tras tantas provocaciones hay quien piensa que solo habrá paz al otro lado de una guerra. Yo no soy de esa opinión, pero, francamente, no puedo decir que no les entienda.

Capítulo 3

Los cónsules

Roma. Una semana después

Un escogido grupo de ilustres senadores, miembros de la más veterana aristocracia romana, como no podía ser de otra forma, escucharon el día anterior a la delegación los cartagineses.

Martabón había puesto en juego todas sus habilidades. Había elogiado la modernidad de la ciudad de Roma y mentido sobre sus grandes mejoras desde la última vez que la visitó. Había saludado efusivamente a los senadores que le resultaban conocidos y les había preguntado por la salud de sus familias y la prosperidad de sus negocios, y había desplegado sus mejores artes oratorias.

En el mejor latín que sabía expuso la idea de la necesidad de defenderse que tenía Cartago contra númidas, libios y piratas que amenazasen su comercio por mar. Y lo hizo con una delicadeza y amabilidad que rozaba la cursilería.

El nuevo intento fue otra, una vez más, inútil. Y la respuesta, por esperada, no fue distinta. Roma no tenía conocimiento de esas agresiones.

Amanecía un nuevo día en Roma y el Senado se preparaba para debatir sobre el asunto. Lucio Marcio Censorino desempeñaba en el mandato actual el papel de primer cónsul, mientras que Marcio Manilio actuaba como el segundo.

Censorino era conocedor de la situación de Cartago y, para él, no era más que una situación que debía mantenerse controlada, ser tratada de una forma conservadora y que mientras menos problemas diera, mejor. Sabía que, en caso de conflicto armado, los cónsules asumirían el mando del ejército. Pero no era Cartago lo que más inquietaba a Censorino.

La región de Lusitania parecía tomar desde fechas recientes una actitud muy levantisca, y habían iniciado una guerra de guerrillas

cuando ya Roma pensaba que la dominación de Hispania era cosa hecha. Se empezaba a hablar de un tal Viriato, que en principio no era más que un pastor, pero que estaba logrando acaudillar grupos de agricultores y pastores díscolos con la dominación romana.

Por otro lado, la dominación de Grecia era cosa hecha. Pero ahora los griegos, si bien vencidos militarmente, habían iniciado otra guerra contra Roma más silenciosa y sibilina: la invasión a través de su cultura. Su gusto por el teatro, por la filosofía, por la historia, por el arte, en definitiva, por las diversas formas de refinamiento y de lujo, estaba conquistando Roma.

Muchos nobles romanos tenían maestros griegos para sus hijos. De hecho, algunos consideraban ya que el griego era la lengua culta del momento.

Pero eran muy distintos el carácter griego y el romano. Los romanos eran un pueblo expansivo. Conquistaban. Y lo conquistado lo asumían como territorio romano y a quien decidían le reconocían como ciudadano romano. Podían hacer que alguien que hubiera nacido en Libia, en Germania, en la Galia o en Hispania, se sintiera como romano.

Los griegos, en cambio, se sentían el centro del mundo. Podían asimilar aportaciones de los persas, los macedonios o cualquier otro pueblo, pero, en el fondo, sentían un cierto desdén de lo que no era griego. Se sentían poseedores de la verdad y, a veces, incluso de la razón. Los romanos no tenían pensadores que se pudieran comparan con Platón o Aristóteles. Bastante tenían con haber desarrollado el Derecho. Los griegos tenían un concepto cíclico de la historia, de lo que se desprendía que estaban convencidos de que el futuro no iba a aportar nada nuevo.

El sol se elevaba golpeando a Roma con sus rayos. La reunión del Senado estaba lista para empezar. El poder de los cónsules no era absoluto. Podían dirigir las reuniones del Senado y asumir funciones militares. Pero el Senado controlaba la economía, la administración y las relaciones exteriores. Por lo tanto, marcaba el ritmo de la vida diaria.

La autoridad y prestigio del Senado venía dada por la valía de sus

componentes. Los patricios, después de acabar su carrera en la magistratura, eran nombrados senadores de forma casi inmediata. Y para los romanos era algo fundamentado que el Senado se formara con aristócratas. Pensaban que si una persona pobre tenía opción de participar en el gobierno sería mucho más fácil de ser sobornado que si esa persona fuese rica.

—Senadores —comenzó Censorino—, nos ocupa hoy el asunto de la visita de la delegación de Cartago. Vuelven a quejarse de las expediciones númidas en su territorio. Solicitan permiso para declarar la guerra a Numidia, a lo que ya les hemos respondido que no tenemos conocimiento de incursiones por parte de Masinissa. Por lo tanto, dicha autorización se les ha denegado. No obstante, hay algo que sí debo, como cónsul, proponer a la consideración de todos los miembros de esta noble cámara. No siempre Numidia ha sido aliada de Roma. Recordemos que Aníbal, en la segunda guerra contra nosotros, contó con el apoyo de caballería númida. Y que poco tiempo después, Masinissa apoyó a Publio Cornelio Escipión, el africano, a quien los dioses guarden, contra Aníbal. Nos encontramos pues con que Numidia bascula y se pone de parte del bando que más le conviene en cada momento.

Manilio rehusó intervenir, así que después de Censorino intervinieron los senadores que lo habían solicitado. Lo hacían por orden de edad.

El primero de ellos fue Marco Emilio Lépido. Tenía amplia experiencia en asuntos exteriores. No en vano había sido embajador en Egipto y Macedonia. Defendía el modo de vida tradicional romano, y se oponía a los refinamientos de la vida griega, a los que consideraba incluso extravagantes. Abogaba por la vida sencilla dentro de las tradiciones, y en su intervención señalaba que Cartago, como descendientes lejanos de griegos y fenicios que eran, debían recibir por parte del Senado la atención justa. Ni menos, ni desde luego más. Y consideró que la situación con los cartagineses debía de sostenerse hasta que acabasen de pagar la actual indemnización, momento que estaba cercano, y que posteriormente el Senado se lo volviera a plantear.

Posteriormente intervino Cneo Octavio. Expuso que tenía conocimiento de quejas de agricultores de Campania, ya que había

productos importados de Cartago, como frutas y vino, que desplazaban del mercado a los que se producían en dicha región de la península itálica. Consideró que era una circunstancia merecedora de estudio ya que influía negativamente en el comercio de algunos mercaderes romanos.

Más tarde fue el turno de Marco Perpena. Conocido comerciante de esclavos de Roma, se declaró partidario de estar atentos a las evoluciones de Cartago ya que, si declarara una guerra sin autorización romana, podría ser causa suficiente de una intervención militar. Por consiguiente, tras una guerra el botín de esclavos con el que Roma podría hacerse era realmente notorio. No consideró tan importante como el orador anterior el asunto de la invasión de los productos cartagineses, ya que los pueblos siempre habían comerciado unos con otros. Y acabó reconociendo que él en su casa consumía vino de Cartago, y que, por cierto, era magnífico.

Uno tras otro fueron hablando los senadores hasta acabar el más joven. Después de las intervenciones, ya mediada la tarde, Censorino y Manilio dieron por acabada la sesión en un ambiente de mucha corrección, aunque de cierta frialdad, por lo que decidieron no iniciar propuestas que pudieran desembocar finalmente en una votación que eternizara la sesión del día.

Censorino ya se marchaba cuando escuchó detrás de él la voz de su colega Manilio que le llamaba.

—Lucio, esperad, si sois tan amable.

Censorino no pudo dejar de sorprenderse.

—¡Ah, Marcio! La sesión ya había concluido. Decidme, amigo. ¿Qué os inquieta?

—El Senado ha estado hoy bastante frío. No lo he visto como en otras ocasiones. Más que por el bien de Roma, muchos parecían hablar por sus propios intereses que por los de esta ciudad.

—Estimado Marcio, ¿eso te sorprende? No es la primera vez que en esta cámara nos alarmamos, irritamos o incluso nos indignamos por las apreciaciones de algunos oradores, que juran por los dioses amar

a Roma y declaran ser fieles a unos ideales que después infringen concienzudamente.

—En ese sentido deberíamos ser responsables y promover un rearme de los auténticos valores romanos y retorno a la pureza de las costumbres y a la disciplina. Son principios que han hecho grande a esta ciudad y le han dado poder sobre las demás en el mundo.

—Hablando de los valores romanos, hay un joven del que he escuchado hablar muy bien. Disciplinado, entregado, de una educación exquisita, respetuoso con los mayores. En definitiva, un buen romano. Hace dos mandatos, la guerra en Hispania se tornó muy impopular en Roma. El entonces cónsul Lucio Licinio Lúculo solicitó voluntarios para para el reclutamiento de tropas y tuvo grandes dificultades. Este joven se ofreció a ir a servir donde los cónsules indicaran. Tuvo destacados actos de valentía en varios asaltos a ciudades en la provincia tarraconense. E incluso mató a un cabecilla hispano en combate cuerpo a cuerpo.

—Imagino que eso le haría ganar en respeto ante sus compañeros y ante sus enemigos. ¿Cuál es el nombre de tan destacado joven?

—Publio Cornelio Escipión Emiliano.

—¡Válganme los dioses! El nieto de Escipión el africano.

—Nieto adoptivo.

—No había oído hablar mucho de él.

—Ya sabéis que en este cerrado mundo senatorial solo tenemos conocimiento de tan importantes logros de nuestros jóvenes cuando son algo de sobra consumado.

—¿Formó una familia? ¿Está casado?

—Con su prima Sempronia, hija de Tiberio Sempronio Graco y de una hermana de su padre adoptivo.

—Pues sí que es un valor a tener en cuenta para el futuro. Pero ¿dónde se encuentra sirviendo ahora?

—Fue nombrado tribuno y fue enviado a Numidia para solicitarle a Masinissa elefantes de guerra para la lucha en Iberia. El viejo rey se alegrará de ver al nieto de su amigo y así será más sensible a sus peticiones. Tocamos su fibra sensible.

—De todas formas, el Senado necesita una voz que le haga reaccionar ahora. Y no creo que aumentar la influencia del clan de los Escipiones sea buena idea.

—Yo tampoco —corroboró Censorino y quedó pensativo.

Anduvo unos pasos, sumido en reflexión. De pronto levantó la cabeza, como si fuese un científico que, enfrentado a un complejo problema, hubiese dado con una solución repentina y brillante.

—Hemos hablado —expuso Censorino— de pureza de las costumbres y del retorno a los valores tradicionales romanos. En eso, creo que el Senado solo escucharía a un hombre.

Capítulo 4

El censor

Región de Sabinia. Unos días después

La granja, bien administrada, proporcionaba cualquier bien de necesidad. La campiña se extendía ante él ofreciendo pinos, castaños, abetos y campos sembrados de distintos tipos de cereales. La adecuada gestión de los distintos animales como cerdos, gallinas, perros y conejos consumía también una cantidad importante de tiempo, pero daba, en compensación, muchos bienes para la subsistencia de los que allí vivían e incluso para un respetable comercio.

Los orígenes de Roma habían sido agrícolas. Y Marco Porcio Catón lo sabía. Y lo respetaba. Contaba ya más de ochenta años y siempre había sido fiel a sus principios.

Las personas sencillas tenían necesidades sencillas, y tenían el convencimiento de que para ser feliz era suficiente con no pasar hambre, sed, ni frío.

Una de las frases que más solía repetir era «compra lo necesario, pero no lo superfluo».

Desde muy joven se acostumbró a una vida frugal y austera. Poco después, como buen romano que se preciara, decidió servir a su ciudad e inició su carrera militar. Nombrado tribuno militar y después cuestor, estuvo en varias campañas militares, e incluso cuando contaba veintisiete años participó en la batalla del Metauro, donde rodó la cabeza de Asdrúbal Barca. En las dos campañas contra Cartago se gestó su rivalidad con Escipión el africano, y con el clan de los Escipiones en general.

Frugalidad y austeridad ya no eran sus únicos principios. Lo era también la explotación de los pueblos conquistados. ¿Acaso no era ley de guerra que el vencedor trate al vencido a su antojo?

Catón, cuya afición al ahorro llegaba a la tacañería, reprochaba a

Escipión la inmensa cantidad de dinero que se gastaba, mientras que el africano le respondía que contara las victorias, y no el dinero. Escipión era muy dado también a tomar costumbres griegas como la afición a ciertos lujos y al afeitado, costumbres que para Catón eran innecesarias e incluso poco masculinas.

Pero entre una campaña militar y otra, encontraba tiempo para volver a sus posesiones en Sabinia a ocuparse de sus tierras.

Seguía llevando una vida austera. Vestía como sus esclavos. Trabajaba en el campo con ellos. E incluso comía con ellos.

Cuando ya dio por acabada su carrera militar se desplazó a Roma para iniciarse en la vida pública. Eran muchos los nobles romanos que después de pasar por el ejército desembocaban en la política. Su gran habilidad para la oratoria le abrió puertas en Roma, y la sencillez de su vida le granjeó fama de hombre digno e incorruptible. Consiguió incluso ser cónsul. El dinero conseguido de sus victorias militares iba siempre a parar al erario público.

Su progreso continuaba, y lograba aprender habilidades constantemente. Defendía que el conocimiento no podía ser uniforme. Por lo tanto, argumentaba que los sabios aprendían más de los necios que los necios de los sabios.

Así consiguió uno de los cargos más prestigiosos de la república: el de censor. Era el encargado de hacer el censo en Roma. E incluso de conceder a un solicitante la ciudadanía romana o no. Catón lo tomó como una especie de policía moral que debía velar por el mantenimiento de las buenas costumbres y principios. El consulado solía estar en manos de familias aristocráticas tan sofisticadas y elegantes como corruptas, pero allí estaba Catón para luchar contra ellos hasta convertirse en su pesadilla. Si se perdían los principales valores, se perdería Roma.

Tuvo un hijo, Catón Liciniano, al que inculcó sus mismos valores. Le enseñó a leer él mismo con una historia de Roma. Imitando a su padre, el joven inició también una carrera militar. Su hijo recordó durante mucho tiempo la frase que su padre le decía cuando se negaba a comer: «come, o vendrá Aníbal y te llevará».

Pero, inesperadamente, Catón enviudó.

Se volvió progresivamente más irritable y amargado. Y su mal humor se hizo legendario. Esa amargura endureció las recriminaciones a sus rivales y sus discursos en el Senado.

Sabía que no volvería ya a ser cónsul de nuevo. El sistema rotatorio que imperaba en ese momento prohibía serlo antes de los diez años desde su último mandato. Pero seguía siendo el hombre de mayor influencia en Roma.

Pero el destino no había acabado aún con Marco Porcio Catón, y los dioses le tenían reservado un inesperado giro de los acontecimientos.

A pesar de los cambios sobrevenidos en las vidas de los hombres, sus necesidades y deseos siguen siendo prácticamente los mismos a lo largo de casi toda su vida. Solo, en algunas fases, cambian sus prioridades.

Y Catón era maduro e íntegro, pero no insensible. Y sus ojos fueron a ponerse en una bella esclava llamada Salonia. Trabajar en el campo con ella, compartir tiempo con ella, comer con ella. En la finca todo el mundo evitaba chismorrear sobre el asunto, quizá porque resultaba tan evidente que no parecía ni necesario.

Fue cuestión de tiempo hasta que, una noche, Catón se dirigió al lecho donde dormía Salonia, descorrió el velo, y desde entonces coincidieron en algo más que en el trabajo y en la comida.

La vida a veces se complica más de lo esperado, y en esta ocasión fue así, ya que Salonia era, además, hija de otro esclavo que a su vez había servido a Catón como secretario.

En Roma de seguro que Catón tendría rivales que se frotaban las manos y que no iban a pasar por alto este hecho.

El censor se dio cuenta de forma inequívoca de que los prejuicios existían en todas las culturas, y de que las tentaciones tenían forma de mujer.

Por primera vez en su vida, su honorabilidad se vio en juego. Puede

que en otras sociedades ese hecho se hubiera tolerado o incluso ignorado. Pero Roma tenía sus principios y tradiciones, que el mismo Catón tanto había defendido y en contra de tantos adversarios.

Pero a un pequeño espacio, incluso de unos pocos estadios, si se le añaden prejuicios puede ser una distancia insalvable. Pueden ser auténticas llanuras para algunos. Sobre todo, si se presta atención a algunos principios que inculcaron tiempo atrás personas a las que ya nadie recuerda. Y eso era lo que había hecho el censor cuando recorrió el espacio entre su lecho y el de Salonia y descorrió ese velo.

Su hijo Catón Liciniano lo consideró absolutamente inapropiado y cortó las relaciones con su padre. El censor, tremendamente afectado por la reacción de su hijo, decidió formalizar la relación y se casó con Salonia. Algún tiempo después nació un hijo de esa unión.

Y si alguien insinuaba tan solo ligeramente a Catón su desviación de las tradiciones romanas, esgrimía que, precisamente, porque amaba tanto a su hijo, se había vuelto a casar porque quería tener más hijos como él.

El censor daba un paseo solo por su huerto aprovechando los últimos rayos de sol de aquel día y se detuvo bajo un peral. Contempló sus frutos que parecían estar a punto para ser recogidos. Amarillos en su parte inferior, rojizos por arriba, realmente la naturaleza era sabia y, con solo ayudarla un poco, nos daba lo que necesitábamos.

Le sorprendió la llamada de su esposa, en un tono algo más alto de lo habitual, y con cierto timbre de preocupación.

—¡Marco! Acaba de llegar un mensajero de Roma preguntando por ti. Le envían los cónsules Censorino y Manilio.

Últimamente Catón se había aficionado al juego del calculi. Lo jugaba con sus amigos y vecinos. Se jugaba en un tablero de ocho filas por ocho columnas. Su nombre se derivaba de que se jugaba con piedras. Un contendiente tenía piedras blancas y el otro, negras.

Y colocaban alternativamente una piedra en cada una de las casillas libres del tablero hasta hacer cinco piedras en alguna dirección. A pesar de su sencillez el juego era muy adictivo, y Catón tardó poco en percatarse de que el azar intervenía poco y que lo importante era la estrategia.

Había estrategias más descaradas y otras más sibilinas, unas más arrojadas y otras más prudentes, pero todo buen jugador de calculi, cuando colocaba una piedra sobre el tablero, lo hacía con algún fundamento. Catón se preguntó si algún día se desarrollarían juegos de tablero que fuesen más complejos aún.

¿Qué significaba esa llegada del mensajero de Roma? Probablemente o, mejor dicho, sin ningún género de dudas, que había problemas y que los cónsules necesitaban la intervención del hombre más influyente en Roma.

Arrancó una de las peras y se dirigió hacia la casa.

Capítulo 5

El nieto del africano

Numidia. Palacio de Cirta

Escipión Emiliano había desembarcado unas horas antes en la costa de África. Por su condición de militar era reacio, en principio, a entrar en consideraciones políticas. Para eso estaban los cónsules y el Senado. Su misión estaba clara: conseguir ayuda del rey númida para la guerra en Hispania.

Había sido recibido, por cortesía de Masinissa, por uno de sus hijos, Micipsa. Habían cabalgado legación romana y númida juntas hasta llegar al palacio donde el anciano rey les esperaba. Escipión se vio gratamente sorprendido por la fluidez que Micipsa tenía al expresarse en latín. Le había puesto en antecedentes de la actual situación de Numidia y de sus aspiraciones y se había mostrado amable con el romano, pero guardando cierta distancia.

El palacio de Cirta era impresionante. Su piedra gris parecía eterna, como las pirámides de Egipto, y parecía haber resistido los embates del viento del desierto, de la lluvia y del tiempo. La gran altura de su puerta principal hacía sentirse pequeño al viajero que la atravesaba por primera vez.

El aspecto del rey Masinissa era imponente pese a su avanzada edad. Le esperaba al pie del trono con una sonrisa en su rostro. Más alto aún que Escipión Emiliano, lucía una barba mucho más cana que morena. Tenía la piel muy oscura, y llevaba un traje azul con un faldón blanco, una capa roja que simbolizaba su condición real, y una espada al cinto porque, ante todo, era un guerrero.

—Te saludo, tribuno —dijo en perfecto latín—. Y espero que sea agradable tu estancia en Numidia. He dispuesto ya la comida porque imagino que vendrás hambriento de tan largo viaje desde Roma, y mientras hablaremos de lo que desees. He enviado a recibirte a mi hijo Micipsa porque es muy hábil con los idiomas. Además de lógicamente nuestra lengua, habla el latín y el púnico

con igual destreza. Y ahora está aprendiendo griego.

—Es un honor conocer al rey de Numidia —correspondió Escipión — y a un amigo de Roma. He escuchado muchas cosas de ti que se cuentan en mi familia.

—Quiero presentarte también a otros hijos míos.

—Señaló a dos jóvenes que habían permanecido en segundo plano hasta ese momento. Ambos se adelantaron y saludaron marcialmente al romano—. Este es mi hijo Gulussa, muy hábil con la espada y con grandes dotes de mando. Y este otro es Mastanábal, que siente gran atracción por una disciplina en la que los romanos sois maestros: el Derecho. Se encarga de dirimir cualquier tipo de conflicto y dejar satisfechas a las partes procurando obrar con justicia.

—Os saludo a ambos —dijo Escipión—. Y a ti, Masinissa, salud, prosperidad y larga vida te deseo.

Masinissa dio una gran carcajada.

—Ya te tenido una larga vida, tribuno, como ves por mi aspecto. Pero la naturaleza es amable conmigo y, como ves, me conservo bien. A veces incluso dirijo a mis ejércitos, aunque empiezo a delegar en Gulussa esa función.

Después de la comida, sentados relajadamente, llegó el momento de entrar en materia. Masinissa hizo gala de gran diplomacia y fue introduciendo el tema con delicadeza.

—Tribuno, me vas a permitir una apreciación. Te miro y no hago más que ver a tu abuelo. Me trae muchos y buenos recuerdos. Ya sé que no sois de la misma sangre, pero si el hijo del africano se fijó en ti y te adoptó algo debió de ver en tu persona. Yo soy ya muy viejo, y por lo tanto reconocerás que tengo buenas razones para decir lo que digo. Y puedo asegurarte que la vida te dará ocasiones para demostrar lo que vales independientemente de los apellidos que tengas. Eres tú el que debe aprovecharlas.

—Mi padre me puso un maestro griego. Él me descubrió a

Aristóteles. Ese filósofo afirmaba que la esperanza es el sueño de los despiertos. Es prácticamente lo mismo que acabas de observar.

Masinissa suspiró. Por unos momentos cerró los ojos y sus recuerdos parecieron transportarlo a un lugar muchos años atrás.

—Yo estuve con tu abuelo aquel día en la batalla de Zama, en aquel páramo. Tu abuelo había acabado ya con algunos ejércitos cartagineses en la región y se preparó para enfrentarse contra Aníbal en la batalla decisiva. La que iba a hacer caer la guerra de un lado o de otro.

Escipión escuchó con atención. En muchas ocasiones le habían hablado de la batalla, pero nunca lo había hecho alguien que la había vivido sobre el terreno.

—Aníbal dispuso a sus hombres en tres líneas separadas. Primero colocó a los mercenarios galos, íberos y macedonios. En una segunda línea a soldados de Cartago, y, en la última línea, a sus veteranos. Y, por delante de todos, a ochenta elefantes de guerra, que impresionaban.

Masinissa dio un sorbo al vino antes de proseguir la narración.

—Tu abuelo no contaba con una infantería para contrarrestar esa fuerza, pero le superaba entre la caballería romana y la númida. Aníbal mandó cargar a los elefantes contra nuestras líneas.

Entonces esbozó una sonrisa. Y agitó suavemente sus brazos como señal de asombro.

—Pero tu abuelo estuvo sensacional. Las noches anteriores había ordenado a los legionarios sacar brillo a corazas, cascos y todo lo que pudiera relucir. De esta manera, y gracias a los rayos del sol, intentó deslumbrar a los animales y con muchos de ellos lo consiguió. Colocó en vanguardia a músicos con la única función de hacer un ruido impresionante que inquietara a los animales, y, a una orden suya, los legionarios hicieron pasillos por donde los elefantes pudieran embestir. Algunos elefantes retrocedieron ante el ruido y acabaron entorpeciendo a su propia caballería. Los que no retrocedieron corrieron por esos pasillos y fueron asaeteados con

jabalinas por los flancos. Magistral.

Escipión escuchaba absorto, como si la batalla estuviera teniendo lugar en ese momento.

—Cuando nuestra caballería acabó con la suya, el empuje de la infantería de Aníbal era ya muy fuerte, pero nuestros jinetes desarrollaron una maniobra envolvente y cayeron por detrás de la infantería cartaginesa. La batalla se decidió en ese momento. Y Aníbal huyó. El campo quedó sembrado de cadáveres. Parecía que el mundo se iba a acabar allí.

El rey númida volvió a beber.

—Tribuno, podría estar horas hablando sobre lo que ocurrió. Pero entonces mi historia iba a durar más que la batalla —y soltó una gran carcajada.

—Son muchas las historias que se cuentan en Roma sobre mi abuelo. Pero no recuerdo haber tenido el placer de escucharlas por alguien que estuvo sobre el terreno.

—Entrando en materia, tribuno. No soy tonto. Sé que Roma quiere mi amistad porque significa ponerle las cosas más difíciles a Cartago. Y sé a qué has venido. Quieres elefantes para tu campaña en Hispania. No te preocupes. Llévate cuantos elefantes te plazcan.

—Soy un soldado. Le dejo la política a los políticos. La mayoría de las veces ignoro sus intenciones. No sé si les interesa la guerra contra Cartago o solo pretenden dejarla indefensa y considerarla como una provincia romana más. Y, lo que es más, no es de mi incumbencia. Mi misión ahora no está en Cartago, sino en Hispania, que se está mostrando muy dada a levantamientos contra Roma. Para las decisiones políticas están los cónsules Censorino y Manilio y Catón el censor.

—¡Catón! —dijo sorprendido el rey númida soltando posteriormente una carcajada—. ¿Aún vive? Bueno, es obvio que sí. Es conocido que es un fiero detractor de las costumbres griegas, que es decidido partidario de la vida sencilla y austera, y que tiene un mal humor realmente lamentable. Un auténtico cascarrabias. Sé que es muy

viejo. Debe de tener mi edad —sonrió—. Pero creo que eso es lo único que tenemos en común. Él solo ha tenido dos esposas y dos hijos. Yo tengo algunas esposas más y un número algo mayor de concubinas. En cuanto a hijos aún no he dicho mi última palabra. Espero ser padre de nuevo dentro de poco, ya que una de las concubinas de mi harén está embarazada.

El rey númida carraspeó, como queriendo aclarar su garganta para que no le fallara ninguna de las palabras que iba a pronunciar a continuación.

—Hay una cuestión que quisiera pedirte, tribuno. La fama de tu abuelo, y la del clan de los Escipiones te avalan. Y hay un asunto que me preocupa y que no debo ignorar. Ya soy viejo, como te he dicho, y sé que he vivido mucho más de lo que me espera por vivir. Tengo muchos hijos que me llorarán cuando muera, pero no sé qué será después de mi reino cuando yo ya no esté. Sé que has sido un héroe en Hispania, y que te aguardan grandes cosas. Tribuno, cuando yo muera quiero que te encargues de mi sucesión y de repartir el poder entre mis hijos.

—¡Dioses misericordiosos! No me esperaba en absoluto una petición de tal envergadura. Me siento muy honrado y… cumpliré con tu deseo, Masinissa. Por la hospitalidad que me has brindado y por tu amistad con mi abuelo. Dalo por hecho.

Masinissa se puso en pie.

—Quiero que, cuando yo ya no esté, mi reino llegue a ser el mayor imperio de África. Quiero que este palacio se sostenga cuando las pirámides de Egipto sean polvo. Y ahora, tribuno, te he dispuesto habitaciones a ti y a los tuyos. Puedes retirarte a descansar, si así lo deseas, o puedes acompañarme. Tengo que ocuparme de un asunto que a estas horas ya requiere mi atención.

Hizo una pausa.

—Cartago nos ataca.

Capítulo 6

La batalla

Asdrúbal el Beotarca pasaba revista a la tropa en pleno territorio númida. Sus espías le habían informado ya de la proximidad del ejército enemigo. Dentro de poco su caballería aparecería en el horizonte.

La tropa era muy heterogénea, con soldados cuyo grado de experiencia variaba mucho de unos a otros y, desde la urgente petición del sufete, tampoco había dispuesto de mucho tiempo para coordinar planes concretos ni para su abastecimiento.

Dada la inminencia del enfrentamiento creyó llegado el momento de arengar a la tropa para levantar su moral y prepararla para el combate. Los soldados siempre deben entender la justicia del enfrentamiento y deben estar seguros de la victoria.

—¡Soldados de Cartago! Sois grandes guerreros. Mandaros es para mí un honor. Ha sonado la hora de presentar batalla. ¡La victoria es nuestra! Llevamos mucho soportando las provocaciones númidas, y esperando el día en que se lo haríamos pagar. ¡Ese día ha llegado! Lucharemos con todo el derecho del que ha sido atacado y defiende su dignidad y su patria. Lucharemos contra un ejército bisoño, sin organización y sin disciplina. Lucharemos como hombres libres, contra otros que tienen un rey que les obliga a hacerlo. No son más que un puñado de tribus. Por su culpa les arrebataron las islas de Córcega y Sicilia a nuestros padres. —Desenvainó la espalda y trazó dos círculos con ella sobre su cabeza mientras daba el último grito —. ¡El dios Baal-Ammón y la diosa Tanit están de nuestro lado!

Al otro lado de la llanura, Gulussa se ponía al frente del ejército. Su padre había delegado en él y le había dado indicaciones para la batalla que se preparaba. Sabedores de la trascendencia del resultado del enfrentamiento, las consecuencias que se podrían derivar de la victoria de uno u otro bando eran inciertas. Pero una cosa era segura. La presencia de Escipión Emiliano daba la garantía de que Roma iba a tener conocimiento de las intenciones agresivas

de Cartago sin su permiso.

Gulussa se dirigió a la tropa númida.

—No mostréis temor ante la batalla. Cada uno de vosotros tiene el coraje y la fuerza de diez hombres de ellos. No mostréis piedad con el enemigo, porque él no la tendrá con vosotros. La piedad es para el débil. En el campo de batalla, que ahora pisamos, el hombre que tienes enfrente es el enemigo. Y el enemigo no merece piedad. Nos atacan sin motivo, ni razón. ¡La diosa Neith y el dios Baal nos ayudarán en la batalla y nos darán la victoria!

Masinissa y Escipión se desplazaron hasta un privilegiado puesto de observación en una colina cercana.

—Como habrás escuchado a mi hijo Gulussa, tribuno, siempre es conveniente arengar a los hombres para excitarlos antes de la batalla. Mi hijo suele hacer referencias a los dioses. Le veo muy convencido.

—¿Tú no? —preguntó Escipión.

—Como te decía antes, tribuno, ya soy muy viejo. He conocido muchos pueblos y he visto a los dioses que adoran cada uno. Tengo mis dudas y, sinceramente, he visto ya demasiado como para creer en ninguno. Ahora contemplemos la batalla.

Horas después la batalla había concluido, la llanura estaba sembrada de cadáveres de hombres y caballos, y el ejército cartaginés había sido vencido.

Asdrúbal, con un reducido grupo de cincuenta jinetes, volvía de regreso hacia Cartago. Derrotados y desanimados, el cansancio y el hambre hacía horas que habían hecho su aparición, junto con la debilidad. Su amor propio también estaba herido. Por muy elocuentes que fueran las arengas de los generales, los soldados se volvieron a dar cuenta de que las batallas se ganan y se pierden por fuerzas y por estrategias, y no por las palabras, por muy grandilocuentes que estas sean.

En lugar de parte de un ejército que vuelve de una batalla, parecían

espectros a caballo, entidades insustanciales, sin fuerzas ni siquiera para empuñar sus propias espadas.

Asdrúbal fantaseaba también con cuál iba a ser su futuro una vez llegara a Cartago. Sabía que, tras ese fracaso, iba a ser presa fácil de los senadores del partido pro romano, que probablemente iban a responsabilizarle de cualquier consecuencia e incluso de cualquier conflicto con Roma a partir de ese momento. Siempre era bueno que hubiera alguien a quien los políticos pudieran culpar si algo de lo que ordenan salía mal. Las malas noticias vuelan y probablemente esta ya habría llegado a Cartago.

Uno de los oficiales de confianza de Asdrúbal se le acercó hasta acompasar su montura con la suya. Le llamaban el Estornino. Luchador escurridizo y hábil informante, curiosamente ese apodo tuvo tanta aceptación que ya nadie le llamaba por su nombre ni lo recordaba.

—Mi señor —dijo cuando empezaban a atravesar un estrecho pasaje rocoso, —tanta tranquilidad me inquieta.

—¿Qué te preocupa, Estornino?

—Los animales.

—Hace ya un buen trecho que no vemos animales.

—Por eso mismo, mi señor. Donde no hay animales, puede haber hombres.

La apreciación del Estornino estaba completamente fundada. Pocos segundos después una flecha silbaba en el aire e iba a clavarse en la espalda de uno de sus hombres, que caía al suelo como un fardo.

Los cartagineses se recobraron repentinamente y enarbolaron sus escudos, al mismo tiempo que se sorprendían de que sacaban fuerzas de donde no las tenían.

—¡Nos han emboscado! ¡Todos a cubierto!

Asdrúbal intentó escrutar entre los riscos para localizar la procedencia de la flecha, y estaba temeroso también por si otra se

dirigía hacia él mismo.

Su situación era delicada. Tenía escasos hombres, escasas fuerzas, y no sabía si estaban rodeados por el enemigo desde una posición superior. Su instinto de supervivencia le aconsejaba desmontar del caballo y escabullirse entre las rocas intentando llegar a la mayor altura posible para averiguar dónde estaba él y dónde los enemigos.

Escucharon galopes de caballos tras sus pasos, y, volviendo en un recodo, pudieron contemplar, con horror, la caballería númida, con Gulussa al frente. Vieron también que, según se acercaba a galope tendido, el príncipe númida se hacía con su montura a un lado mientras que el grueso de los jinetes enfilaba hacia ellos.

En esa situación poco valían las estrategias y Asdrúbal gritó.

—¡Cada hombre para sí!

Unos hombres desenvainaron sus espadas. Algunos fueron abatidos por flechas. Otros enarbolaron sus escudos esperando la embestida de los jinetes enemigos en un combate perdido de antemano. Y otros se escabulleron entre las rocas. Asdrúbal fue de estos últimos.

Los supervivientes tenían ahora la necesidad de justificar lo que habían hecho. Algunos lo consideraban una cobardía inteligente, ya que les había hecho conservar la vida, que era lo realmente importante. Lo era más que un acto de heroísmo vacío que nadie recordaría. Otros pensaron que si no hubieran huido no podrían volver a ser útiles a Cartago, donde podrían esconderse, recuperar fuerzas, para poder, en lo venidero, vengar a sus hermanos.

Una de las tareas fundamentales de la mente humana es encontrar alguna justificación a los actos que se realizan. Sean valientes o cobardes. Razonados o impulsivos. Buenos o perjudiciales para alguien.

Cuando Asdrúbal llegó a Cartago fue detenido por la guardia.

El eco de los pasos del príncipe Gulussa y de sus hombres resonaba en los pasillos del palacio de Cirta. Henchido de orgullo, con la mirada altiva y el paso firme, como el que espera una gran

recompensa por haber conseguido un difícil reto, se dirigía al encuentro de su padre, que lo esperaba en pie al fondo de la sala flanqueado por su otro hijo Micipsa y por Escipión Emiliano.

Su mente estallaba de júbilo por haber tomado por él mismo la iniciativa de perseguir y emboscar a los restos de las milicias cartaginesas. Lástima que no hubiera caído la cabeza de Asdrúbal. Hubiera sido un remate definitivo.

Pensaba que se había anotado un gran tanto ante su padre por ese éxito militar, y había aventajado a sus hermanos en la carrera hacia el trono.

Cuando se encontró delante de su padre empezó, exultante, la descripción de los acontecimientos.

—Padre, he perseguido a los enemigos de Numidia hasta…

El comienzo de lo que iba a ser su narración fue interrumpido por una sonora bofetada propinada por Masinissa a su hijo, que sorprendió a todos los allí presentes.

—¿Padre? ¿Por qué haces esto? —preguntó absolutamente sorprendido.

—Lo que has hecho —dijo Masinissa— es motivo de vergüenza para este pueblo. Has atacado a un puñado de hombres vencidos y débiles. Te has aprovechado injustamente de tu superioridad sin ningún fundamento. La batalla ya estaba ganada. ¡No había necesidad!

—Padre, en el campo de batalla el hombre que tienes enfrente es…

—El enemigo —interrumpió Masinissa—. Y el enemigo no merece piedad. Sí, ya lo sé. No me arengues como a tus soldados.

—El hecho de que un hombre esté derrotado no quiere decir que deje de ser enemigo. Cuando el enemigo está en el suelo, sangrando, la única norma es pisarle para que siga sangrando.

—Pero esa es labor de un matarife, no de un príncipe. Que los dioses me asistan. ¡Y llevas mi sangre!

Masinissa se giró hacia Escipión.

—¿Ves para lo que te necesito cuando yo no esté? Hay algo que les puedes enseñar: Nobleza.

Capítulo 7

La propuesta

Año 157 a.C. Senado de Roma

Catón se dirigió a la cámara senatorial al paso que le permitía su viejo esqueleto. Al notar su presencia, algunos de los presentes emitían murmullos. Unos de disconformidad, y otros de admiración, pero nadie se atrevía a abordar en su camino al hombre más influyente de Roma.

A lo largo de su carrera pública Catón había hecho muchos rivales, pero su antipatía hacia el clan de los Escipiones era ya algo que no sorprendía a nadie. Y le llamaban clan porque resultaba ya difícil acordarse del número exacto.

Del primero de quien se tenía registro era Lucio Cornelio Escipión. Fue poco menos que el que inició el clan.

Después estaba Cneo Escipión, que también había tomado parte en la guerra contra Aníbal.

Imposible no acordarse de Escipión el africano, vencedor de Aníbal y con quien Catón sostuvo amargas discusiones sobre la financiación del ejército.

Estaba también Escipión Asiageno, llamado también el asiático, a quien Catón acuso de haberse quedado con parte de la indemnización de guerra pagada por el rey selúcida Antíoco III. Lo cierto es que tras la acusación de Catón corrió a destruir documentos, lo que le valió ser juzgado y condenado a pagar una multa. Catón, el incorruptible, una vez más hacía su trabajo.

La lista de los Escipiones era casi interminable.

Pero en este momento a Catón le preocupaba especialmente Escipión Nasica. Se encontraba en el Senado después de una exitosa campaña militar contra los macedonios, y era poseedor de una sonrisa y frescura que Catón interpretaba como continuas

provocaciones.

—Te saludo, Marco Porcio Catón. Es un honor tenerte aquí en el Senado hoy. ¿Por qué merecemos tal generosidad de contar con tan distinguida presencia en esta cámara?

—Es de noble romano —contestó el censor— el interesarse por los asuntos públicos y aportar soluciones tangibles.

—Creo —dijo Escipión Nasica— que el tema de hoy versará sobre los impuestos. Todos sabemos lo necesarios que son, pero a nadie nos gusta el afrontarlos —dijo con sonrisa maliciosa—. Todo depende de quién gestione los fondos públicos.

—Ejemplos ha habido en la familia de los Escipiones

—respondió Catón a la provocación— de quien ha intentado eludir los impuestos o se ha creído por encima de esas y otras obligaciones para con la república.

Censorino apareció en escena e intentó limar las asperezas cambiando el tema.

—Te saludo, Marco. Te veo con buen aspecto. Los dioses son amables contigo.

—La vida diaria me mantiene a tono. El trabajo del campo es beneficioso para mis músculos y mis huesos.

—También la vida matrimonial debe de resultar beneficiosa —terció Nasica—. Debe de sentar bien el tener una esposa tan joven.

—Para los jóvenes como tú —respondió Catón irritado—, devorados por la lujuria, es bueno que haya prostíbulos en Roma. Así no tenéis que molestar a las esposas de los amigos.

—Por favor, dejad vuestras diferencias personales. El asunto que nos ocupa hoy es tan importante que requiere nuestra atención completa. Manilio está a punto de exponerlo. Acudamos, por favor.

Una vez se sentaron todos en sus ubicaciones, Manilio apareció ante ellos y empezó su exposición.

—Senadores y nobles romanos. Sabedores sois todos de que Cartago nos dio mucho que hacer en el pasado, pero desde nuestra victoria en la segunda guerra se ha comportado en todo momento como pueblo conquistado. Son insistentes ya las veces en que delegaciones cartaginesas han llegado a pedirnos permiso para iniciar una guerra contra Numidia, permiso que nunca hemos concedido. Hemos conocido recientemente que Cartago ha hecho una incursión militar en territorio de Numidia a pesar de eso. Dada la gravedad de los acontecimientos, el noble cónsul Censorino y quien os habla hemos considerado oportuno, dada la trascendencia de los hechos, solicitar vuestra opinión sobre el proyecto de enviar a Cartago una delegación romana que pueda informar a esta cámara de cuál es la situación actual de dicha ciudad, qué intenciones tiene, y de si se está armando para una guerra.

Intervinieron posteriormente varios senadores que mayoritariamente consideraron las ideas de los cónsules muy acertadas y puestas en razón. Más tarde intervino Escipión Nasica, que restó importancia a dicho asunto y defendió que Cartago era un pueblo derrotado al que no había que prestar más atención, y que en cambio, sí podría haber peores problemas en Lusitania o en la Galia.

Sonaban aún las palabras de Nasica cuando, en un rápido movimiento de su brazo, Catón lanzó un objeto al aire. Nasica interrumpió su frase y, al igual que el resto de los senadores, siguió la parábola que describió el objeto en el aire hasta que este cayó al suelo y lo identificaron como una pera.

—¿Sabéis de dónde procede? —preguntó Catón ante la estupefacción general—. De Cartago. De nuestros enemigos. Las frutas, las especias, y otros productos que se producen en Cartago y con los que se comercia aquí, son capaces de llegar al corazón mismo de esta república. ¿Qué más podrán hacer?

—Noble Catón —intervino Censorino—, te ruego expliques lo que le quieres decir a este augusto Senado.

—Augusto y obeso —dijo Catón, despertando murmullos producidos por los comentarios que la mayoría de los asistentes hicieron a sus vecinos de asiento—. Sí, obeso. Lleno de palabrería y

de inactividad. La mayoría de vosotros sois aristócratas y siempre lo habéis sido. No os habéis manchado las manos trabajando con la tierra y con los animales. Y vuestros culos nunca se han subido a un caballo.

El censor ya había conseguido lo que quería. Había logrado que todo el Senado le prestase atención.

—Yo os puedo ilustrar de lo que cuesta cultivar la tierra y lo que supone hacer que frutas como esta lleguen al mercado. ¿Y sabéis lo que le cuesta a Cartago hacer que esos productos lleguen hasta aquí? Muy poco.

—Entonces, Catón, ¿qué es lo que propones? Esta cámara ha tenido conocimiento de que Cartago ha perpetrado una agresión contra Numidia sin la autorización de Roma, infringiendo uno de los compromisos que adquirieron tras la segunda guerra. Este Senado, como representante del pueblo que es, debe tomar una decisión.

—¿Desde cuándo —replicó Catón— el Senado ha representado al pueblo? La mayoría de los aquí presentes venís a cuidar de vuestros negocios y a hacer lo que más os conviene. Pues bien, yo os digo que ahí fuera, al otro lado del mar, puede haber una amenaza para vuestros negocios de telas, de vino, de frutas o de lo que sea que tengáis. En primer lugar, propongo que Cartago sea condenado a pagar una indemnización de guerra a Numidia.

—Me parece que tu demanda contará con la aprobación general, censor —dijo Censorino.

—Y yo apoyo —terció Nasica— la decisión de nuestros cónsules de enviar una delegación romana a Cartago para calibrar exactamente el estado de dicha ciudad y sus intenciones. Si se están armando para la guerra no será difícil averiguarlo. Es más, propongo que nuestro noble Marco Porcio Catón, el hombre que nunca sonríe, sea parte de esa delegación.

—Y yo añado —respondió Catón— que el noble Escipión Nasica sea uno de los miembros de ella. Propongo que vayamos diez senadores.

El Senado guardó silencio ya que era el preludio de la siguiente puya.

—Así tendrá ocasión de aprender algo y enseñarlo al distinguido clan de los Escipiones.

Capítulo 8

El juicio

Sala de justicia de Cartago. Dos semanas después

El Estornino seguía como podía a la comitiva un pasillo tras otro intentando que su presencia pasase desapercibida. La penumbra de los corredores le facilitaba su empresa.

Asdrúbal fue conducido, encadenado y entre dos guardias, desde los estrechos pasadizos en donde se encontraba su celda hasta la Sala de Justicia. Sabía que los sufetes eran la autoridad judicial de Cartago, y los había visto actuar en varias ocasiones a la hora de resolver distinto tipo de conflictos.

Pero ahora él se encontraba en un papel muy distinto. Era el reo. Sus pensamientos volaban veloces estimando que podría hablar mejor por él y defenderle de la pena que le pudiera caer en justicia, para que esta fuera lo más liviana posible. Y su ánimo se ensombreció cuando llegó finalmente a la sala donde se decidiría su destino y, sentado en un sillón, desde cuatro escalones por encima de donde él fue forzado a detener su torpe marcha, vio sentado al sufete Martabón.

El hecho de que su inmediato juez, tras un revés militar, fuera un reconocido miembro del partido pro romano hizo que sus esperanzas de una condena leve se desvanecieran.

El sufete tardó unos segundos en comenzar a hablar. Quería recrearse en la situación. Como si la demora en el comienzo de su discurso le procurase un cierto placer por anticipado.

—Ciudadano Asdrúbal. —El trato que Martabón escogió no era casualidad. Quería que el reo supiera que había sido despojado del título de general.

—Quiero hablar con Tumílcar —pidió Asdrúbal.

—No estáis aquí para pedir, Asdrúbal, sino para oír vuestra

sentencia. Tras la derrota de vuestro ejército en su batalla con los númidas, Roma ha tenido conocimiento del hecho. Y ahora nos obliga a pagar otra indemnización de guerra, ahora a Numidia, cuando ya casi habíamos acabado de pagar la de Roma.

—Comencé el enfrentamiento —se excusó Asdrúbal— obteniendo la victoria en varias escaramuzas. Pero poco después los númidas se retiraron deliberadamente y nos atrajeron hacia un territorio donde la comida y el agua eran difíciles de conseguir. Mis tropas eran insuficientes en un terreno del que el enemigo tenía buena información. Nuestro abastecimiento era deficiente. Pretender el éxito en esas condiciones…

—Por lo tanto —continuó Martabón ignorando las apreciaciones del reo—, y en virtud de las prerrogativas que tengo como sufete, se os condena a la pena de muerte.

Asdrúbal se estremeció.

—Es decir —repuso—, que me condenáis por hacer aquello que se me ordenó hacer antes: atacar a Numidia. ¿Ahora a los asesinatos en Cartago se les llama pena de muerte?

—Por vuestra condición de ciudadano de Cartago y los servicios prestados en el pasado no se empleará la crucifixión. Se procederá a hacerlo de una forma más rápida y honrosa. Esta sentencia se ejecutará dentro de tres días.

Estaba claro que Martabón quería hacerle sufrir todo lo posible. Era la única razón para demorar la ejecución tres días y que, en la mente de Asdrúbal, se agolparan todo tipo de angustiosos pensamientos acerca de su negro futuro. Pero Martabón quiso darle un motivo pretendidamente noble.

—Para que tengáis tiempo de poneros en paz con los dioses. Devolvedlo a la mazmorra.

—¡Infame! —le gritó indignado Asdrúbal mientras era sujetado por los guardias—. ¡Traidor pro romano!

Fue llevado, de nuevo, a la celda desde donde había sido

conducido, mientras gritaba que quería pedir el indulto a Tumílcar.

La voz de Martabón no había temblado al pronunciar la mortal sentencia. No era un hombre creyente en los dioses. Tenía el firme convencimiento de que la vida comenzaba y terminaba aquí, y que había que aprovecharla lo mejor que se pudiera. No obstante, la referencia a las divinidades formó parte de cierta diversión que se quiso permitir al dictar la sentencia.

Aquella noche no lucía la luna sobre Cartago. Por eso era difícil reconocer a las escasas figuras que se aventuraban a esa hora por sus negras calles.

Un hombre embozado con negras vestiduras andaba con paso firme. Por su aspecto parecía un siniestro ángel tallado entre tinieblas. Con frecuencia miraba atrás, para asegurarse de no ser seguido. Iba sin antorcha, porque conocía las calles de memoria y había recorrido el camino en muchas ocasiones. Y hacia el mismo destino. Era un caminar dinámico y a la vez nervioso.

Tras cruzar el umbral de la taberna se dirigió a una discreta mesa en el fondo. Su cara aún estaba oculta. Una camarera que podría tener la cuarentena de años se dirigió hacia él tras poco tiempo. Conservaba una buena figura que de seguro era atractiva para muchos hombres. Y ser camarera no debía de ser su única ocupación allí. Llevaba una jarra de vino en la mano derecha, y al llegar a la mesa donde se había sentado el recién legado la depositó ante él.

—Te saludo, Martabón.

—Me alegra verte, Nubia —respondió el sufete—. Veo que los dioses son amables contigo. Te conservan bien.

—Sí. Y eso lo dices porque ya hace algún tiempo que no te dignabas venir aquí —se sentó frente a él—. Cuando lo haces es porque hay algo que hace que te sientas mal. ¿Ha descubierto tu esposa lo nuestro?

—No. Procuro ser muy cauto.

—Oye, ¿es cierto que va a haber guerra?

—¿Por qué dices eso, Nubia?

—Se rumorea por aquí de una forma cada vez más insistente. Dice que hemos roto el compromiso que teníamos con los romanos y que ahora nos pueden invadir.

—Memeces. Historias de taberna para meter miedo a los borrachos.

—También dicen —Nubia parecía estar bien informada— que hemos atacado a los númidas y que ahora vamos a pagarlo.

—¿De dónde sacas esas historias?

—De compañeros de cama. Los clientes, cuando yacen contigo, toman confianza y te cuentan más cosas que incluso a sus esposas.

—Lo único que ha ocurrido —dijo Martabón— es la acción individual de un general que ya ha sido oportunamente castigado. Un militar cuyas mejores ideas estaban llenas de sueños de grandeza.

—Espero que no hayas ordenado que lo crucifiquen. Se tarda horas en morir. ¿Has condenado tú a Asdrúbal?

—No te he dicho que fuera Asdrúbal.

—No. Pero él y tú tenéis la misma puta hace tiempo.

El sufete la miró irritado por su insolencia.

—Así que te remuerde un poco la conciencia y por eso has venido a verme, ¿verdad?

—Tú no eres una sacerdotisa.

—No. Soy una puta. Y esto no es el templo de Tanit. Es una taberna. Ten cuidado. Tanit mora bajo el velo sagrado del templo, pero también dicen que está en todas partes. Dime, ¿qué va a ocurrir de verdad con los romanos?

—Nada. Guardo buenas relaciones con ellos. Y espero que nadie las deteriore. De hecho, dentro de unos días les recibiré en el puerto. Mandan una delegación de distinguidos nobles a visitarnos.

—Vaya —dijo, mordaz, Nubia—, a lo mejor tengo que poner sábanas nuevas.

—Ve con cuidado porque lo que haces es inmoral, y los romanos son muy celosos de sus tradiciones.

—Claro. Solo las inmoralidades que a una sociedad les parezca oportunas son admisibles. ¿No hay prostíbulos allí? Vaya. Debes de haber visitado una parte de Roma que me es desconocida.

Capítulo 9

La llegada

Puerto de Cartago. Un mes después

La galera romana rompía la espuma de las olas a gran velocidad. El viento soplaba favorable. El sol lucía sobre la embarcación y sus rayos golpeaban la superficie del agua turquesa por donde la quilla se deslizaba. Las gaviotas anunciaban que la tierra africana estaba próxima. Y Catón, poco dado a viajes náuticos, se alegró de que el destino estuviera cercano, y empezaba a encontrarse ansioso de empezar su labor.

Repasó mentalmente. Había que revisar el puerto, las calles de los mercaderes, los sistemas de transportes y la biblioteca. Eso le daría una idea muy exacta de si lo que Cartago planeaba era un comercio o era la traición.

—¡Ya se ve! ¡Ya se ve!

Y en el horizonte se dibujó la línea de la costa africana. El aire cambió de olor. Aunque seguía siendo salino, empezó a tener matices cítricos y florales.

La península cartaginesa se mostraba ante ellos rodeada de un cinturón de blanca espuma en un mar esmeralda. Empezaban a apreciarse desde la lejanía las palmeras primero, y poco después los cipreses y los sicomoros. Más tarde, vieron un incesante hormigueo de movimiento en el puerto al que se dirigían. Principalmente lo constituían dromedarios y mulos que movían cansinamente sus cargas. A una distancia más cercana, vieron en las playas a hombres vestidos con túnicas blancas que intentaban convencer a los camellos de que se movieran y a gigantes de ébano, desnudos de cintura para arriba, que transportaban grandes fardos.

Bajo la cubierta del barco, el contramaestre, hombre alto y de fornidos brazos, basculaba de una punta a otra de la hilera de remeros supervisando el buen compás de los hombres a su cargo. Poco dado a usar las mazas para determinar el ritmo, gustaba de

dar las órdenes de viva voz. Había ordenado boga de combate desde un buen trecho atrás, y, al percibir ya la proximidad del destino a través de una de las angostas ventanas bajo la cubierta, decidió bajar el ritmo para dar descanso a sus hombres.

—Boga larga —gritó— y a compás.

Los remeros dedujeron que el destino del viaje estaba cerca. Había que remar más despacio, y los remos estaban en el agua durante más tiempo, antes de volver a ser impulsados.

La ciudad de Cartago apareció ante su vista. Golpeada por el radiante sol de la mañana, parecía que la galera romana iba a llegar en el mejor momento que un desembarco en esa ciudad podía tener lugar. Protegida por una muralla blanca, que debía de haberles salvado de muchos ataques de piratería, reflejaba los limpios rayos del sol. A medida que la nave se iba acercando a su destino, empezaron a estar de manifiesto otros detalles, como el de un gran torreón que se encontraba junto al puerto, la monumentalidad de otros edificios más lejanos y una ciudadela coronándolo todo.

Pero la idea que al visitante se le formaba en su mente al divisar la ciudad desde la nave cuando estaba a punto de llegar era una: belleza. Cartago, sin duda, era la perla del Mare Nostrum. Era la perla por la que muchos buceadores serían capaces de sumergirse varios palmos bajo el agua para encontrarla. Era la joya que cualquier orgulloso monarca podría lucir en su corona.

Pero Catón, antes de poner pie en tierra, ya sabía la conclusión a la que debía llevarle este viaje. Había que dar un mal informe sobre Cartago. Había que demostrarle al Senado romano que significaba un peligro para la integridad de la república. Por lo tanto, su conclusión ya estaba tomada. La ciudad que tenía enfrente, por hermosa que pudiera parecer, era la ciudad del enemigo. Era el origen de tantos males para Roma desde hacía ya muchos años. Demasiados. Era el peligroso regalo, hermosamente presentado, en cuyo interior habitaba una trampa dañina. Era la mujer bella, pero de tan mal corazón que te podía arrastrar a la condenación.

Sí. Catón estaba plenamente convencido de que no había que dejarse impresionar por la belleza de Cartago, ni por ninguna de las

cosas que fuera a encontrar allí, por útiles, bellas o maravillosas que estas fueran.

Cartago se había levantado contra Roma en dos ocasiones. Y en la segunda había tenido incluso ocasión de alcanzar la victoria. Roma estuvo en serio peligro tras la alianza de Cartago con Macedonia. Su rey Filipo V, en una clara actitud de elegir el caballo ganador, se declaró aliado de Cartago en cuanto tuvo conocimiento de la victoria de Aníbal en la batalla de Cannas. Afortunadamente para Roma, las legiones pudieron neutralizar el control macedonio por tierra. Si no, la historia se hubiese escrito en la lengua púnica, o quién sabe si griega.

Aunque geográficamente ya casi estaba en Cartago, la mente del censor seguía estando en la ciudad que amaba: Roma.

El navío encaró ya la última parte de su viaje y ante él se erigían las dos torres que custodiaban la entrada a puerto, separadas por una distancia que el censor estimó de setenta pies romanos. Las dos hileras horizontales de cadenas que impedían el paso empezaron a bajar hasta hundirse en el agua por completo permitiendo el paso de la nave romana.

—¡Aguantad los remos!

La última orden del contramaestre bajo cubierta quería decir que se debía dejar de remar. La galera llevaba impulso suficiente.

La galera entró en el puerto de Cartago y lo primero que llamó la atención de Catón es que era de forma rectangular. Y descomunal. Según iba avanzando la nave romana empezaron a pasar junto a embarcaderos. Por su aspecto el censor pensó que debían de estar destinados a mercaderes. Nada inusual. Por el momento.

—¡Alzar remos! —gritó el contramaestre.

Según fueron avanzando, los embarcaderos empezaron a poblarse, y el murmullo del que se percataron hacía poco tiempo se tornó en una amalgama de voces que parecían pregonar mercancías. Especias de Oriente, telas de Egipto, joyas de Persia, frutas autóctonas, vino, carne, calzado, esclavos. Sencillamente, todas las mercancías que

pudieran hallarse en cualquier mercado del mundo. Allí podían comprarse. Podían venderse. Y podían transportarse.

Los pasajeros del barco vieron, además, que había un incesante fluir de barcos entrando y saliendo del puerto, y llevando todo ese tipo de mercancías, en lo que daba toda la impresión de ser el ideal de la actividad comercial de cualquier ciudad o reino. El puerto era el corazón de Cartago. Y los pulmones también.

Si hubiesen estado algo más cerca de los amarraderos hubiesen captados los detalles de las conversaciones comerciales que allí estaban teniendo lugar. Pero para ello también hubieran tenido que, además del latín, entender el idioma púnico, el hebreo, el griego y el egipcio. Se encontraban en un lugar de tal cosmopolitismo que parecía una suerte de Babel portuario.

Catón hizo un rápido cálculo y llegó a la conclusión de que habría espacio para unas doscientas naves. Puede que un poco más. Por la construcción de las torres que flanqueaban la entrada se diría que los cartagineses le habrían ganado terreno al mar. Y los amarraderos disponían de un sencillo sistema de sogas, de forma que los barcos podían ser arrastrados un cierto espacio más, de forma que su quilla quedase accesible por si necesitaba reparaciones.

Pero a los visitantes les aguadaba una sorpresa. Cuando llegaron hasta el final de los embarcaderos, se percataron de un estrecho pasaje que a la mayoría de los pasajeros que llegasen en naves, como ellos, les hubiera pasado del todo inadvertido. La galera entró en dicho pasaje y pocos después accedieron, inesperadamente, a otro puerto, siendo completamente interior este último, pero de forma circular.

Un puerto interior que, posiblemente, los cartagineses habían hecho surgir de la nada, excavando en la tierra durante años, y del que ahora se podían sentir orgullosos.

Estaba claro que los cartagineses habían heredado toda la pericia y el conocimiento de la mejor ingeniería naval existente de sus antepasados los fenicios.

Se oyeron exclamaciones de asombro entre los pasajeros, motivadas tanto por la sorpresa de la existencia de este segundo puerto, como por su tamaño. Era igualmente descomunal.

Escipión Nasica se colocó junto a Catón y, al igual que él, seguía con atención los movimientos del barco y no ocultaba la sorpresa con la que se había encontrado. El censor dirigió su vista hacia los navíos que se encontraban amarrados, esta vez de una forma radial. Comprobó que algunos de los barcos tenían en su proa un gran espolón para ser usado arremetiendo contra otras naves. Espolón que, probablemente, después podía desprenderse con facilidad para evitar que la nave quedara unida a la que había sido perforada y estaba a punto de hundirse. Era obvio, y Catón solo pronunció una frase.

—Son naves de guerra.

En el centro de ese puerto circular se alzaba una isla también circular, con un edificio blanco en su centro. Dicho edificio era un privilegiado punto de observación de cualquier movimiento del puerto militar, del comercial e incluso de barcos que navegasen en ese momento por el mar abierto, fueran amigos o enemigos. Y todo sin ser visto.

—Debe de ser el Almirantazgo —dedujo Escipión Nasica.

En una de las pequeñas torres que vieron junto al Almirantazgo un heraldo hizo sonar su trompeta con varios tonos.

—Por los dioses —dijo Escipión Nasica—. Veo que los cartagineses tienen inquietudes musicales. Parece que quieren recibirnos con un concierto a nuestra llegada.

Catón le miró con desdén y superioridad. Con una mirada propia del que sabe que ha captado de la situación más que su interlocutor. Con una mirada de alguien incómodo de la ignorancia ajena.

—Con ese toque de trompeta nos está indicando el amarradero donde debe atracar nuestra nave.

No podía el censor desaprovechar la oportunidad de ridiculizar a un

integrante de clan de los Escipiones.

Pero Catón tenía razón. Los almirantes daban órdenes a heraldos que, al son de trompetas, indicaban a los navíos las rutas para salir y los amarraderos donde atracar. De esa forma, lo que con esa cantidad de naves hubiera sido un caos, se transformaba en una perfecta armonía.

—¡Desarmar remos! —gritó el contramaestre. Y estos fueron introducidos en el buque prácticamente al mismo tiempo.

En el embarcadero aguardaban Martabón y Tumílcar, vestidos con sus mejores túnicas. La actitud de ambos sufetes era bien distinta. Mientras que el primero había susurrado un emocionado «ya vienen» al divisar la nave romana desde su entrada en el puerto militar, el segundo parecía cumplir con su función con una sonrisa de circunstancias. Como el que cumple con la desagradable recomendación que le ha dado su físico para superar una engorrosa enfermedad.

Al desembarcar la delegación romana Catón y Escipión Nasica iban al frente, seguidos por otros nobles patricios y militares que les acompañaban en su cometido, aunque estaba claro que sobre ambos gravitaba el peso de la misión encomendada.

—Bienvenidos a Cartago, nobles romanos —les recibió Martabón con una amabilidad rayana una vez más en la cursilería y en el mejor latín que supo—. Espero que hayáis tenido buen viaje. Somos los sufetes Martabón y Tumílcar. Somos las principales autoridades de Cartago.

—Sed bienvenidos a Cartago —dijo Tumílcar en griego, ya que no deseaba seguir la intención aduladora de Martabón.

—Se quiénes sois —dijo Catón de forma áspera.

—Con mucho gusto —siguió Martabón teatralmente— dispondremos de bajar comida a vuestros galeotes. Deben de estar exhaustos después del esfuerzo realizado durante el viaje.

—No es necesario —replicó Escipión Nasica—. Saldrán ellos. En

contra de lo que muchos piensan, los remeros de las galeras romanas no son esclavos. La mayoría son hombres libres que son reclutados. Los romanos somos duros, pero no inhumanos.

—Imagino —continuó Martabón en el papel que se había trazado— que os habrán sorprendido las dimensiones de nuestro puerto.

—Sí —dijo Catón irónico—. Hay espacio para muchas naves de guerra.

—Las que necesitamos —replicó firme Tumílcar— para defendernos de los piratas.

Tras esta conversación, a ambos sufetes les pareció que el día iba a ser muy largo. Tumílcar se disculpó posteriormente para evitar un enfrentamiento que tanto su patriotismo como la intolerancia de Catón de seguro hubieran podido producir.

Martabón se explayó en contarle a Catón y a la delegación romana todo lo referente a Cartago y a sus inexistentes intenciones bélicas.

Mientras andaban hacia el alojamiento que les habían reservado, Martabón creyó que lo primero que debían saber los visitantes era la historia de la fundación de Cartago.

—Nuestra reina fundadora fue Dido, aunque su nombre original era Elisa. Era esposa de Siqueo, un sacerdote del templo del Melkart, en Tiro. Su esposo fue asesinado por unos sicarios enviados por el hermano de ella, obsesionados en buscar su tesoro. Ella logró huir con parte de su séquito y sus doncellas hasta que llegó a esta tierra.

Catón no tenía especial interés en la narración, pero decidió escucharla hasta el final ya que consideró que una leyenda sobre sus orígenes podría decir mucho sobre ese pueblo.

—Cuando alcanzó estas costas, en el lugar donde estamos vivía una tribu de libios cuyo rey era Jarbas. Ella le pidió un trozo de tierra donde establecerse con los suyos y Jarbas, a modo de burla, dijo que solo le vendería un trozo de tierra que pudiera abarcar con la piel de un buey.

En este punto Martabón no pudo evitar sonreír.

—Pero ella era de gran astucia. Mandó cortar la piel de buey en tiras muy finas y las colocó una a continuación de otra hasta hacer un perímetro realmente considerable. Ese sería el espacio sobre el que se fundó esta ciudad. —Señaló hacia la fortaleza que coronaba la colina—. La llamamos Byrsa. Fue nuestro núcleo principal. Recibió el nombre de Qart Hadast, que en idioma fenicio significa Ciudad Nueva. Ese nombre se latinizó después como Cartago.

—Pero ¿dices que se llamaba Elisa? —preguntó Escipión Nasica.

—Sí. Pero tras esto los habitantes de esta tierra empezaron a llamarla Dido, que es el nombre por el que fue recordada posteriormente. Más tarde Eneas, que llegaba teniendo el honor de haber sido uno de los supervivientes de la guerra de Troya, desembarcó aquí con varias naves. Le contó a Dido las desgracias ocurridas en Troya y entre los dos, personas ambas procedentes de otro lugar por causas de fuerza mayor, empieza a nacer un entendimiento que acaba desembocando en amor. Aunque Dido deseaba ser fiel a su difunto esposo, los dioses tenían dispuesto otro destino. Un día, durante una cacería, ambos montaban a caballo cuando se desató una gran tormenta que les obligó a buscar cobijo en una cueva. Y allí… ejecutaron su amor.

—Es decir —dijo secamente Catón— que la fundación de vuestra ciudad es producto de un engaño. Una estratagema con una piel de buey por instrumento.

—Noble Catón, no debéis de juzgar tan duramente a nuestra ciudad ni a los que la habitamos. Donde vosotros podéis ver engaño, los cartagineses vemos astucia y brillantez. Además, vuestro pueblo y el mío no son tan dispares.

—¿Acaso no lo son? —preguntó irritado el censor.

—Dejad que os explique. Desde que acabó la segunda guerra entre nuestros pueblos, tras la batalla de Zama, donde Aníbal fue derrotado, muchos soldados y oficiales del ejército romano llevaban ya varios años en África. Y tanto apreciaban esta tierra que muchos decidieron dejar el ejército y establecerse aquí, en ciudades cercanas como Bizerta, Útica o en la misma Cartago. Llegaron a tomar esposas cartaginesas y a fundirse con nosotros. También

muchos de nuestros comerciantes fueron a vuestra península a llevar, vino, frutas, telas y especias y volvieron aquí con una esposa romana. Aquí no es raro ver matrimonios mixtos, cuyos hijos hablan el latín y el púnico con igual destreza.

Catón escuchaba con una irritación pareja a su curiosidad. Quería saber a dónde quería llegar el sufete con ese razonamiento.

—Noble Catón, seguro que os estáis dando cuenta de que hoy nuestro mundo conocido se está haciendo más pequeño, más conectado. Más uniforme, en definitiva. Y, personalmente, abrigo la esperanza de que un día, que espero cercano, Roma y Cartago, antaño rivales, sean pueblos hermanos.

Catón no disimuló su malestar por el comentario, celoso que era de las tradiciones romanas, de las que se consideraba protector frente a cualquier intento extranjero de modificarlas.

—Entiendo lo que dices, noble sufete. Y aunque no dudo que estén ocurriendo esas uniones, lo cierto es que hay que mirar el orden en que nos movemos y la historia que ha sucedido. Y el hombre juicioso y prudente sabe en qué mundo vive. Y, en este momento, el mundo es Roma.

Tras el fallido intento de simpatizar con Catón, la visita a la ciudad prosiguió por la tarde.

—Rodeando Byrsa —seguía explicando el sufete— están enclavadas cuatro necrópolis de forma escalonada. Allí están enterrados nuestros padres. Desde las necrópolis hasta las murallas se extienden varios barrios, entre ellos el de Megara, lleno de casas rurales, campos de cultivo y jardines.

—Para ello necesitaréis una gran cantidad de agua

—señaló Escipión Nasica—. ¿Cómo lo conseguís?

—Cisternas —explicó el sufete—. Un sistema de cisternas como almacenamiento de toda el agua necesaria. A Cartago llega un único manantial. Lo llamamos la Fuente de las Mil Ánforas. A todas luces sería insuficiente para abastecer una ciudad como esta, que cuenta

con trecientos mil habitantes en este momento, si no hubiésemos dispuesto cisternas y tuberías.

—¿Tantos? —preguntó Escipión Nasica—. Reconozco que ese número me ha sorprendido.

Catón se quedó pensativo. Desde la perspectiva que tenía de la ciudad junto a Byrsa miró con detenimiento el resto de la ciudad. Vio distintas avenidas que se extendían de una forma radial, desde Byrsa, y bajaban bien en rampas, bien escalonadas, pero en su mayoría dirigiéndose a un punto común: el ágora. Y tras este, a poca distancia, el puerto.

Una observación más minuciosa le llevó a la conclusión de que la mayoría de las avenidas que recorrían la ciudad tenían una proyección clara: el mar.

El azul del mar se destacaba desde la vista de cada calle, y hacía parecer por su perspectiva que las pendientes eran más acusadas que lo que en realidad eran.

Los cartagineses adoraban el mar, y no querían perderlo de vista. Era la fuente de su comercio, la garantía de su prosperidad. Y estaba claro que la estructura de Cartago era absolutamente griega.

Habían aprendido cómo debe distribuirse una ciudad de los griegos. Habían aprendido cómo navegar y comerciar de los fenicios. Y habían logrado una síntesis que les estaba dando el éxito.

La delegación romana tuvo también la ocasión de conocer las bibliotecas, el templo de la diosa Tanit, el templo del dios Baal-Ammón y varios palacios.

Sí, la ciudad tenía una inspiración griega. Primaba el orden, la ciencia con que construían desde las casas hasta los barcos, la estética, la limpieza, el placer de la comida y del vino, la belleza de las mujeres. Comparada con ella, Roma parecía una ciudad que había crecido sin orden, desproporcionadamente, y que olía a humedad y a suciedad. Y la cuestión era que a los romanos no parecía importarles. Pensaban que lo normal era vivir así.

Cuando Martabón llegó a su casa aquella noche se encontraba muy cansado. Había recorrido a pie prácticamente la totalidad de Cartago en la visita con los romanos hasta que estos fueron alojados.

Su casa estaba adornada con columnas lisas, muy del estilo romano, al contrario de las estrías más típicas de las columnas griegas, más habituales en Cartago. Y tenía varios bustos de pequeño tamaño en la estancia principal, que recordaban remotamente a senadores y cónsules romanos.

Ahirom, su hijo de ocho años, le saludó en el vestíbulo de la entrada, y poco después lo hizo su esposa Asherah en la estancia principal. Martabón indicó a la esclava, Madina, que no deseaba nada de cenar. Se encontraba exhausto.

—¿Cómo ha ido el día con los romanos?

—Bien. Yo creo que se han quedado muy convencidos de que somos un pueblo comercial y muy pacífico. Los romanos son muy inteligentes.

—La inteligencia —apreció Asherah— no es suficiente. No divinices tanto a la inteligencia porque no lo es todo.

—¿Qué puede haber más importante? Que no sea el dinero.

—La humanidad. ¿O crees que a los romanos, porque sean inteligentes, les está permitido todo? Hasta donde los cartagineses hemos visto, la inteligencia lo que les ha dado a los romanos es la capacidad para hacernos daño.

—Mujer, ahora las cosas son distintas. Nuestros pueblos pueden hermanarse. Se lo he comentado a ellos. Y parecen receptivos.

Asherah le miró con una mezcla de desdén a incomprensión. No parecía nada convencida de las palabras que salían de su esposo.

—Llevas mucho tiempo en la política, Martabón. No me ocupo de esas cosas porque soy una mujer y parece que mi único cometido es parir a tus hijos y tejer. Pero de sobra sé que la mayor de las mezquindades que pueda surgir en la mente de un hombre puede

tomar forma si se da lugar a ello.

El sufete la miró con extrañeza por la última afirmación.

—Que esta sociedad crea que única función de las mujeres es procrear no significa que no tengamos inteligencia y que no sepamos deducir los propósitos de los demás. Y cuando vas cumpliendo años ves cada vez con más claridad que una cosa es lo que una persona dice y otra es lo que hace. Y yo creo en esto último.

La llegada de la galera romana no pasó desapercibida para un hombre que, al percatarse de su entrada en el puerto, no podía apartar sus ojos de ella. Le despertaba muchos recuerdos. Tan absorto estaba que interrumpió temporalmente su trabajo hasta que una voz de un joven que se dirigía a él le sacó de su breve ensoñación.

—Señor, ¿trabajáis aquí en el puerto? Yo me llamo Bostar, y ella es mi esposa Imilce. Acabamos de llegar a Cartago y estamos buscando trabajo y cobijo.

El hombre se giró hacia ellos y los contempló brevemente.

—¡Qué jóvenes! ¿De dónde venís? —preguntó.

Bostar captó que, aunque el hombre hablaba el púnico correctamente, su acento era algo extraño.

—Vivíamos en los alrededores de Bizerta, pero con los ataques númidas apenas gozábamos de tranquilidad.

—¿Qué sabéis hacer?

—Yo soy habilidoso con las manos. He estado construyendo aldeas. Puedo ayudaros en cualquier cosa. Mi esposa puede ayudar a la vuestra en la casa, cocinar, tejer y cuidar de vuestros hijos.

—Parecéis personas honradas. Tú eres joven y tienes aspecto de ser fuerte. Pero no puedo ofrecerte mucho.

—¿Podría comenzar con diez días a media paga? —propuso Bostar.

—Imposible. No puedo ofrecer tanto y no sé cómo vas a desenvolverte. Yo también he sido joven y de sobra sé con qué ímpetu puede alguien comprometerse a tu edad cuando le hierve la sangre. Aquí, en el puerto, hay que trabajar mucho para tener solo lo básico.

Los rostros de la joven pareja expresaban el anhelo de aprovechar cualquier oportunidad que tuvieran de establecerse y desenvolverse en un ambiente propicio, y tanta actividad del puerto les hacía creer que ese era el sitio indicado.

—Escúchales, Aurelio —dijo una mujer a pocos metros de ellos. Acuérdate cuando tenías su edad.

—Está bien, Meroe —dijo dirigiéndose hacia la mujer.

El hombre reflexionó brevemente.

—Podéis vivir con nosotros y los primeros quince días os daremos solo el alojamiento. Los quince siguientes a media paga. A partir de ahí, y como vayan los ingresos, ya decidiré.

La joven pareja pareció estallar de alegría.

—No os arrepentiréis, señor —dijo Bostar.

—Muchísimas gracias por confiar en nosotros —dijo Imilce.

—Pero, señor…

—Dime, joven.

—Vuestra esposa os ha llamado Aurelio. Con el mayor de los respetos, no lo conozco como nombre púnico.

—No lo es. Yo soy romano.

—¡Romano! —exclamó Bostar ilusionado—. Mi padre era romano. Era carpintero. Vino aquí hace muchos años, con el ejército. Es posible que nosotros dos estemos emparentados.

—¿Quién sabe? —dijo Aurelio un poco ausente—. Roma es una

ciudad muy grande. Vamos, mi esposa os indicará dónde vivimos.

—No os arrepentiréis, señor. Os lo juro.

—Eso espero, joven —dijo sosteniendo una mirada evaluadora—. Dentro de poco llegará una caravana de dromedarios. Traen frutas y vino que necesito que me ayudes a descargar para trasladarlas a los barcos. Id con mi esposa a dejar vuestras pertenencias y te quiero aquí de nuevo de inmediato.

—No os arrepentiréis —repetía Bostar—. Quedaréis contentos con nosotros.

Cuando los jóvenes marcharon Aurelio volvió a sumergirse en sus anteriores pensamientos. El paso de la galera romana le transportó en su mente, a otro tiempo y a otro lugar. No tenía conocimiento exacto del tiempo que habría pasado. Llevaba ya mucho tiempo en Cartago y ese era su hogar. Su mente inició un viaje hacia atrás en el tiempo. ¿Alcanzaría su cerebro a recrear acontecimientos tan lejanos en el tiempo y la memoria? ¿Alcanzaría?

Recordó ir en una galera. Recordó que llevaba una armadura romana. La tarde se había cubierto de nubes cuando habían avistado un barco macedonio enemigo.

El combate era inevitable. El capitán había ordenado arriar las velas. El barco debía ser lo más maniobrable posible en ese momento, por lo tanto debía impulsarse solo con la fuerza de los remeros.

—¡Boga de ariete! ¡Boga de ariete! —gritaba el contramaestre en el fragor del combate.

El ritmo de los remeros era vertiginoso, por no decir inhumano. Algunos de ellos habían perdido el compás por la gran dificultad de la tarea. Recordó evitar flechas y trozos de maderas incandescentes que lanzaba el navío macedonio. El contramaestre intentaba maniobrar para embestir a la nave enemiga.

Recordó que se desplomaron sobre él velas y que el barco había empezado a incendiarse. Después todo fue confuso.

Después se vio flotando en el mar, solo. Estaba agarrado a un gran panel de madera que hacía las veces de balsa. Se encontraba mojado y sentía frio. Tenía una herida en el brazo derecho y otra, menos importante, en la pierna izquierda. No recordaba el tiempo que debía llevar flotando solo, aunque debía ser bastante ya que el hambre le había debilitado.

Con el aturdimiento que acompañaba a la debilidad atisbó a ver un barco. Su nivel de conciencia estaba muy mermado cuando le subieron a la nave. No era un navío de guerra. Llevaba mercancías. Los tripulantes hablaban en una lengua que le resultaba extraña. Hasta que, tras haber recuperado algo las fuerzas gracias a la comida y bebida que le proporcionaron, uno de los tripulantes, de aspecto tosco, con la piel curtida por el trabajo del mar, se le acercó para hablarle.

—Conozco tu lengua —le dijo en latín.

—Libramos batalla —pudo articular— contra unos piratas macedonios.

—¿Piratas dices? —le preguntó su interlocutor—. ¡Vaya! Es curioso. Ellos os dispensan a vosotros idéntica consideración.

—¡Por Marte! ¿Dónde estoy?

—En un trirreme púnico. Nos dirigimos a Cartago.

El rescatado se alarmó.

—Tranquilo. No somos guerreros. Somos marineros. Transportamos mercancías. No tienes nada que temer. Y estás herido. En Cartago te auxiliarán hasta que te recuperes. Después tomarás el rumbo que quieras. Ignoro en qué guerra estabas envuelto, pero de momento ya ha acabado para ti. ¿Cuál es tu nombre?

—Aurelio —dijo al vencerle el sueño.

Para cuando llegaron a Cartago seguía dormido. No tuvo conciencia del tiempo que pudo pasar hasta que despertó. Cuando recobró la conciencia se encontraba en una casa luminosa, y el olor a pescado y a sal indicaba que el mar estaba cerca. Sus heridas habían sido

vendadas. Y al abrir los ojos vio sobre él el rostro aceitunado de una mujer de ojos negros.

Hacía mucho que no veía una mujer. Y aquella visión le cautivó de tal modo que pensó que, si estaba despierto, no quería dormirse. Y que, si estaba dormido, no quería despertarse.

La mujer se señaló a sí misma al pronunciar su primera palabra.

—Meroe.

Ese era el nombre de quien le había estado cuidando.

Los días siguientes sus heridas fueron cicatrizando y sus músculos cobrando vigor. Meroe no entendía el latín. Aurelio tuvo que aprender algunas palabras en púnico. Las primeras fueron las elementales para su supervivencia. Agua, pez, fuego, mar. El estar inmerso en un ambiente donde no escuchaba una sola palabra de su lengua materna hizo que su mente se ejercitara y en pocas semanas era capaz de entender muchas expresiones. Hablar púnico era algo mucho más complicado, pero se puso a la tarea con gran ahínco. Trabajaba con Meroe y comía con ella.

Cuando su destreza con el idioma local era ya considerable podía tener conversaciones con Meroe medianamente complejas.

—¿Tienes marido e hijos?

—No tengo hijos. Y supongo que soy viuda.

—¿Supones?

—Mi marido era pescador. Se perdió en el mar hace ya casi un año. No ha vuelto. He mirado al mar montones de veces esperando que me lo devolviera y ya he dejado de mirarlo. Iba cada día a templo de Tanit a orar para que me ayudara, pero la diosa no me ha concedido mi petición. Nadie sabe lo que fue. No volvió ninguno de los de su nave. Pudo ser una tormenta. Pudieron ser atacados por los piratas. Ya sé que no volverá. Pero la vida sigue.

Aurelio se integró en la vida de la ciudad. En el puerto llegó a moverse como pez en el agua. Compraba, vendía, alquilaba,

transportaba. Sentía que Cartago era una ciudad especial. La sensación del sol sobre la piel y del aire del mar al respirar le hacían sentir vivo.

Aurelio y Meroe se reconfortaban mutuamente. La mujer le hacía sentir en un hogar y él sustituía la ausencia del marido. El duro trabajo en común durante las mañanas les hizo camaradas. El frecuente trato por las tardes desarrolló su complicidad. Y el deseo y el afecto, por las noches, les hicieron amantes.

El deseo es una pasión humana. El sol de Cartago no lo quemaba, y la marea no se lo llevaba. ¿Se pueden dejar de sentir las pasiones? ¿Acaso se puede dejar de sentir frío o calor?

Con su matrimonio él se consideraba ya cartaginés a cualquier efecto, y estaba claro que era en esa ciudad donde iba a estar el resto de su existencia. El dulce cautiverio que había empezado con la primera visión de aquellos ojos negros se dilató mucho más tiempo del que él hubiera esperado al principio. La orientación de su vida había cambiado y ahora le parecía estar tocando la felicidad con la punta de los dedos.

En Cartago se rendía culto a dioses distintos que en Roma, aunque en definitiva los ruegos que se les hacían eran los mismos. Aurelio no tardó en acostumbrarse a los dioses de la cultura que le habían acogido. Pero, lo realmente importante para él era la sacerdotisa que tenía en casa al alcance de su mano.

Los matrimonios entre cónyuges de distintas culturas eran habituales en Cartago. Nadie se extrañaba ni escandalizaba. A pesar de eso, una noche Meroe tuvo un sueño que tardó en confesar a Aurelio. Se había visto a ella misma como a una gaviota volando sobre el mar. Desde su altura vio a su marido sentado en la playa, con las piernas cruzadas. Descendió hasta él y se posó a su lado. Pero alguien vino agitando los brazos para intentar asustarla y tuvo que reemprender el vuelo.

¿En qué consistía la felicidad? Aurelio tuvo un maestro griego que le habló de las enseñanzas de Epicuro. Ese filósofo sostenía que para ser feliz era suficiente con no pasar hambre, sed, ni frío. ¿Podía alcanzarse la felicidad con tan simples consejos? Atendiendo a

Epicuro tendría que reconocer que, si pretendía alcanzar la felicidad, en el ejército romano su vida parecía ir por el camino equivocado.

Pero la felicidad no siempre está presente, como tampoco lo está la adversidad. Y toda nuestra vida puede cambiar en un instante.

Y Roma seguía al otro lado del mar. ¿Volvería a cruzarse en su vida algún día para reclamarlo?

La oscuridad fue interrumpida por las llamas. Martabón no sabía por cuál de las calles correr. Oía aullidos y veía a hombres correr envueltos en llamas. Gritó.

—¡Despierta! —gritó su esposa—. Por todos los dioses, estabas teniendo una pesadilla. Me has asustado.

El sufete se incorporó hasta sentarse en la cama.

—Ha sido un sueño. Pero lo he visto tan real… que he sentido pánico.

—Los sueños siempre parecen reales hasta que despiertas.

—Este sueño fue distinto.

—Los sueños —dijo Asherah— son mensajes que nos mandan los dioses. Nos hablan del pasado y del futuro. ¿Qué te ha sido dado ver?

—Vi el templo del dios Esmún en llamas. Gritos. Personas que ardían como teas en plena calle. Pero, al mismo tiempo, andaba entre tinieblas.

—¿Has visto alguna vez arder el templo de Esmún?

—preguntó su esposa.

—No.

—Entonces —sentenció Asherah— es un sueño del futuro.

Capítulo 10

La huida

Mazmorras de Cartago

Encadenado a la pared de aquella oscura celda, la mente de Asdrúbal luchaba para evitar caer en pensamientos tenebrosos y desesperanzados. Intentaba compensarlos buceando en su memoria para encontrar recuerdos placenteros, pero el pesimismo tenía más fuerza.

Intentó pensar en su esposa, Luida, y en sus dos hijos. No los volvería a ver. Su mente fue aún más atrás en el tiempo y recordó las primeras veces que se vieron. Él era entonces un lugarteniente del ejército y se encontraba en una taberna del suburbio de Megara, junto con varios oficiales y soldados, tras volver de una expedición de reconocimiento en territorios frecuentados por mercenarios libios.

Había visto a Luida varias veces cerca de allí, junto con otras muchachas que había decidido que debían de ser amigas o hermanas.

Pero aquella vez, inesperadamente se percató de que ella estaba a su lado ofreciéndole una pequeña jarra de vino e invitándole a beber. Poco después se retiraba.

Asdrúbal seguía con la vista su caminar con tal atención que la palmada en la espalda de uno de sus camaradas le cogió por sorpresa.

—¿Cuándo es la boda, Asdrúbal? —le preguntó.

—¿Qué boda?

—La vuestra, amigo. Cuando una mujer da de beber a un guerrero le está ofreciendo su lecho.

Desde aquel momento la imagen de Luida había frecuentado sus

sueños. Necesitaba acercarse a ella. Anhelaba poseerla.

Unas voces en el pasillo le sacaron de la recreación de sus recuerdos. Parecía que se había entablado una discusión. Intentó aguzar el oído.

—He dicho —insistía una voz— que vengo a llevarme al prisionero.

—Y yo os he dicho que el prisionero Asdrúbal debe quedarse en esta celda hasta el día en que sea ajusticiado

—replicó el carcelero.

—Te vuelvo a decir que traigo órdenes nuevas. Debo llevarme al prisionero.

—¿En nombre de quién traes esas órdenes?

—En nombre del sufete.

—Debo comprobarlo.

El carcelero, un tanto incordiado por el visitante que tanto demandaba la entrega del prisionero condenado a muerte, se desplazó en la oscuridad del pasillo donde se encontraban las mazmorras hacia una de las antorchas.

No llegó a alcanzarla.

Su cuello se vio preso por un antebrazo que salió de las tinieblas y antes de que pudiera darse cuenta yacía en el suelo completamente aturdido por un golpe en la cabeza. Unas manos rebuscaron en su cinturón, en su indumentaria, en los cajones de una mesa, hasta que dieron con el objeto de sus pesquisas: unas llaves.

Completamente mareado y con su mirada aún borrosa escuchó el tintineo de las llaves, unos pasos, y el resonar de unos goznes.

Las cadenas que mantenían cautivo a Asdrúbal se rompieron tras varios golpes y unos brazos fuertes le ayudaron a incorporarse. Desorientado aún por los acontecimientos, vio una antorcha acercarse a su rostro, y poco a poco se fueron dibujando, aún en la

oscuridad, la silueta de tres hombres. En uno de los rostros apreció una cara conocida.

—¡Eres el Estornino!

—Siempre a tus órdenes, mi señor.

—Nosotros también, señor —dijo el segundo de ellos—. Somos fieles al verdadero general de Cartago. Y queremos librarte de una muerte injusta.

—Lucharemos junto a ti —dijo el tercero— hasta el último aliento.

—Pero —preguntó Asdrúbal, aún confuso— ¿cuántos sois? Llevo tiempo aquí y no sé cuántos pudisteis salvaros tras la batalla con los númidas.

—Mi señor —aclaró el Estornino—, en las afueras de Cartago, cerca de Néferis, esperan veinte mil hombres. Quieren que te pongas al frente de ellos y que decidas lo que sea oportuno.

Se detuvo unos segundos, como si fuera a darle más solemnidad a lo que estaba a punto de decir.

—Y, si ese es tu deseo… tomaremos Cartago. Serás tú el sufete si esa es tu voluntad.

Capítulo 11

El discurso

Senado de Roma. Una semana después

La idea de Catón era clara y sencilla. Había que convencer al Senado de que Cartago era un peligro real. Y el censor, lejos de emplear las sofisticadas técnicas griegas de los discursos, tan del gusto de algunos oradores, especialmente del helenizado clan de los Escipiones, quería ser conciso y claro. Quería que se impusieran sus razones, y no la forma de expresarlas.

Los griegos eran dados a presentar los argumentos de forma almibarada. Maximizando las partes que les fueran provechosas a su exposición y minimizando las contradicciones y ambigüedades. Y lo adobaban todo con inflexiones de la voz, gesticulaciones y movimientos de brazos. Muy helénico. Muy de teatro.

No. Al Senado había que mostrarle descarnadamente lo que él había visto tras su visita a Cartago. Mejor dicho, lo que él interpretaba tras su visita a Cartago.

No eran la primera delegación que había sido enviada a Cartago. Anteriormente la ciudad púnica ya había sido visitada, aunque no con un ánimo tan exhaustivo. Los cartagineses les habían mostrado orgullosos su ciudad, abierta al mar, rebosante de comercio, llena de edificios públicos, con templos cubiertos por láminas de oro, bibliotecas, teatros.

Cuando los delegados romanos volvían a informar veían a Roma como una ciudad subdesarrollada. No había edificios públicos, ni bibliotecas, ni teatros. Sus calles eran estrechas y sucias, y desprendían mal olor. Los pobres mendigaban. Otros se daban al pillaje. Algunos suburbios estaban constituidos por chozas. Las casas de ladrillo habían ido creciendo una junto a la otra, apiñadas, como un tejido enfermo que crece de forma desproporcionada pero sin ningún orden.

El pueblo romano, en su mayoría, se componía de campesinos que

habían sido reconvertidos en soldados. Y la reacción de un campesino cuando ve a un extraño en sus tierras es intentar expulsarlo. Así, día tras día, año tras año, se fue gestando en Roma, como un fuego, el odio hacia Cartago, cuyo principal combustible era la envidia.

El sabio Arquímedes murió asesinado durante el asedio romano a Siracusa, durante la segunda guerra contra Cartago. Llevaba instrumentos matemáticos en sus manos cuando fue atravesado por la espada de un soldado que interpretó que llevaba objetos valiosos.

El soldado de Roma, con un arma en la mano, se cree en posesión de una energía incontestable. Ve la espada o el pilum como un instrumento que le hace sentirse poderoso.

Esa era la forma de proceder de Roma.

—Hecho —afirmaba Catón—. Los cartagineses son como los griegos. Adoran el lujo, la belleza efímera, la degeneración, la superficialidad. Cuestiones todas que esperemos nunca lleguen a Roma.

Catón recordaba el magnífico aspecto de las calles púnicas y el mal olor y el hacinamiento en algunas de las calles romanas, donde el barro estaba casi siempre presente. Pero eso no debía importar ahora ni detenerle en su mensaje.

—Hecho. La ciudad de Cartago se fundó valiéndose de un engaño. Una argucia con una piel de buey por instrumento por la que fueron desalojados pueblos que ya vivían allí con anterioridad a ellos.

Los orígenes de Roma no parecían, para el censor, tener cabida en mencionarlos ahora. Rómulo y Remo fueron cuidados por una loba y un pájaro carpintero. Es decir, por los animales sagrados del dios Marte. El origen de Roma era, por lo tanto, divino en comparación con el de Cartago.

—Los romanos luchan por engrandecer a Roma. Forman legiones, ejércitos. Los cartagineses no lo hacen. Contratan mercenarios. Y les pagan para que luchen en su lugar. He visitado bibliotecas en Cartago. Me he informado de que entre nuestras dos guerras con

ellos Cartago sufrió otra.

El silencio que se creó daba la impresión de que este asunto no era conocido por la mayoría de los miembros del Senado.

—Los púnicos se quedaron sin dinero tras pagarnos la indemnización por la primera guerra. No les quedaron talentos ni para pagar a sus mercenarios. Unos libios. Otros campanios. Y se rebelaron contra ellos intentando tomar Cartago. Tuvieron suerte de que Amílcar Barca les derrotó.

Hizo una pausa.

—Y yo os pregunto, nobles romanos. ¿Somos una república poderosa? ¿O nos vamos a dejar dominar ahora por un puñado de cartagineses? Hay una diferencia entre Roma y Cartago: la disciplina. Mientras que los romanos cultivamos, legislamos y vamos a la guerra, los cartagineses se dedican a deleitarse en los lujos vacíos y el placer de la contemplación. Roma pudo resistir a Aníbal. Pero no podrá resistir la corrupción.

Escipión Nasica pidió la palabra.

—Senadores. Visité con el noble Catón la ciudad de Cartago. Quedé bastante impresionado, sobre todo con su puerto, y con la gran actividad comercial que allí se realiza. Se pueden ver mercancías prácticamente de todas las partes del mundo. Los ciudadanos cartagineses y sus dirigentes fueron amables y hospitalarios. Sinceramente, no he visto en Cartago ningún tipo de preparación bélica. Muy al contrario, los cartagineses han apostado claramente por dedicarse al comercio. Y ahora son una potencia. Probablemente habrían reunido el dinero suficiente como para pagar nuestra indemnización por anticipado. Pero han preferido invertir esos talentos en florecer económicamente. Y la verdad es que lo han conseguido. En época de nuestros padres y de nuestros abuelos los cartagineses se preocuparon de invertir sus riquezas en prepararse para la guerra y contratar mercenarios contra nosotros. Pero eso ocurrió en tiempos pasados, en la dinastía de los Barca. Finalmente, se dieron cuenta de que las guerras contra Roma les resultaron eternas y caras. Y, ahora, han decidido invertir su dinero en su propia ciudad. Por lo tanto, creo que debemos de mantener

sobre ellos una vigilancia periódica sin más preocupaciones.

—Cierto es —intervino el cónsul Censorino— que fueron derrotados por nosotros en dos guerras. No creo que tengan intenciones de preparar una tercera. En la última, Numidia estuvo de nuestra parte. Recordad la batalla decisiva en Zama.

—Noble cónsul —terció Catón—, cuidado con Numidia. Debemos recordar que, aunque su rey fue bastante amigo de Escipión el africano, muchos de cuyos familiares están presentes, el apoyo de los númidas es mercancía fácilmente negociable. Recodemos que Aníbal avanzó por Hispania con apoyo de los númidas y comenzó con ellos la segunda guerra contra nosotros. Y, por mucha amistad que su rey Masinissa tenga ahora con Escipión Emiliano, no debemos olvidar que, en tiempos convulsos, las amistades son muy flexibles. Y los amigos de día se tornan enemigos de noche. Pensad bien, senadores. ¿Creéis que es bueno que el enemigo de Roma rebose de oro? Si se vuelven a alzar contra nosotros y nos derrotan, decidme: ¿dónde criaréis a vuestras familias?

—Pero, noble censor —dijo Escipión Nasica—, no debemos dejar de reconocer que son una nación derrotada. Y que ahora hay muchos intereses de comercio con Roma. Son muchos los productos de Cartago que se adquieren en nuestra ciudad. No dejéis, por Júpiter, que vuestra animadversión por nosotros, los Escipiones, os ciegue en eso.

—De eso estoy hablando —insistió Catón—. Todos estáis aquí por vuestros intereses. Y vuestros negocios peligran si Cartago nos sigue invadiendo a través del comercio. De la forma tan sibilina como lo está haciendo. Así que haremos bien en olvidarnos de pobres venganzas personales entre nosotros, ya que así Cartago seguirá creciendo.

Catón elevó ahora más la voz para transmitir sus conclusiones e indicar al auditorio que estaba a punto de acabar.

—Si no alzamos nuestros brazos y, con un puño en común, golpeamos al enemigo, Roma volverá a ser pequeña. ¿Por qué no os atrevéis a llegar hasta el final de vuestro pensamiento? Si no lo hacéis ahora, mañana tendréis que correr más rápido.

Y llegó el momento de la apreciación final.

—Por todo ello pienso que Cartago debe ser destruida.

Se oyeron numerosos murmullos entre los senadores. La antipatía de Catón hacia los púnicos era conocida pero la mayoría de los senadores no esperaban la severidad de la medida que el censor acababa de proponer. Y, sabedores que era el hombre de mayor influencia en Roma y de que una vez decidiera algo era muy difícil hacerle cambiar de opinión, se avecinaban días de mucha controversia.

—Es necesaria una guerra contra Cartago. Roma no era la única ciudad de esta península. Pero luchó por la hegemonía y derrotó a las demás. La disciplina le dio la victoria. Las guerras son las comadronas que traen al mundo a las naciones. Y así, podremos tener algún día una nación tan grande como la tuvo el mismísimo Alejandro.

Escipión Nasica empezó a sospechar si Catón no se había servido de su visita a Cartago para intentar demostrarle al Senado lo que ya tenía decidido de antemano. Por muy almibaradas que hubieran sido las explicaciones y apreciaciones del sufete Martabón, Catón no había cambiado de criterio ni de decisión.

Los hechos podían ser los mismos, pero la forma de interpretarlos es bien distinta según la óptica en que se vean. No es lo mismo ver el mundo con ojos de niño que de viejo, de amo que de esclavo, de romano que de cartaginés.

—Sabéis —continuó el censor— que regento una granja. Observo mucho la naturaleza. Y en la naturaleza hay una ley elemental: el fuerte domina al débil. Lo masculino domina a lo femenino. Y debemos aprender esas lecciones. Por eso el marido gobierna sobre la esposa. Si ha hecho algo malo, la castiga. Si ha tenido comercio con su cuerpo con otro hombre, la mata. Y el hombre que haga menos que eso, es menos que un hombre.

—Todos sabemos —intervino Escipión Nasica, que intentaba ahora empatizar con el censor— cuánto ama Catón a esta república. Y lo honrado que ha demostrado siempre que es. Yo he tenido el honor

de acompañarle en su viaje a Cartago y, aunque respeto su opinión, no la comparto. Sinceramente, pienso en las consecuencias que traería una completa destrucción de dicha ciudad. Roma, sin un rival claro al que enfrentarse, se relajaría, y perdería la posición de poder que tiene ahora en el mundo. Como bien ha dicho Catón, Roma creció luchando contra los pueblos que la rodeaban. Y eso la hizo crecer. La hizo curtirse. ¿O acaso creéis que Escipión el africano hubiera sido quien fue si no hubiera tenido un Aníbal al que enfrentarse?

Decidió acabar con un rasgo de humor.

—Y eso que yo también escuchaba de pequeño «come o te llevará Aníbal».

El Senado rompió en carcajadas.

—Roma creció pretendiendo superar a otros pueblos. Y creció pretendiendo superar a Cartago. Y fomentó la rivalidad, la disciplina, y el deporte. Cualidades todas de un romano que se precie. A nosotros no nos pasará. Pero sin un enemigo claro al que batir Roma podría caer en una serie de enfrentamiento internos que la debilitarían.

—¡Hay una solución sencilla a este problema! —sonó una voz firme.

Concentrados como estaban en la rivalidad entre Catón y Nasica, esta afirmación sorprendió y todos dirigieron la mirada buscando al dueño de la voz que con tanta convicción había sonado en el Senado. Y no era otro que Marco Emilio Lépido.

—Os suplico que os expliquéis, Marco Emilio —le invitó Censorino.

—En Roma se vive ya el ambiente preparatorio para una guerra, desde la agresión de Cartago a Numidia. Se respira en las calles y ya empieza a respirarse en este augusto Senado. Pero una guerra no debe ser impopular, como lo fue hace unos años, la de Iberia. El pueblo romano debe estar convencido de que es beneficiosa y justa. Una guerra oportunamente planteada y, sobre todo, bien justificada, magnifica los triunfos y minimiza las derrotas que pudieran producirse.

Bajó de la tribuna al rellano para desarrollar su explicación.

—Pero, nobles senadores, para declarar una guerra necesitamos una razón —continuó.

—O un pretexto —terció Nasica.

—Tenemos muchos intereses económicos contra Cartago. Destrozan nuestro mercado de telas, de vinos, de fruta. Logran transportan productos a Roma a precios con los que nos resulta difícil competir. Y ya en Roma se han acordado contratos para fabricar galeras de guerra. Yo mismo he gestionado ayer amistosamente un principio de acuerdo para proveer de material a las legiones.

—Y yo —interrumpió otro senador— tengo ya un acuerdo firmado por el que me corresponden una parte de los esclavos que se obtengan tras la derrota de Cartago.

—Por no hablar —dijo Nasica con sorna— de las obras de arte y las joyas que, durante la conquista, se les quedarían pegadas en las manos a nuestros legionarios.

—El arte púnico —dijo Catón— es muy inferior al romano. He tenido la ocasión de comprobarlo durante mi visita.

—O al griego —dijo Nasica.

—Y vosotros, romanos todos —siguió Catón—, tras escuchar las apreciaciones del noble Marco Emilio Lépido nos quedan a todos claras muchas cosas. Ya sabemos que muchos de vosotros estáis más pendientes de los beneficios del comercio y de la fruta de vuestras villas cerca de Roma y de Campania. En Cartago se comercia con más mercancías. Telas, gemas y perfumes de Oriente, de más allá de Tiro. Con trigo de Sicilia, estaño de la Galia. Incluso en Iberia ya sabéis que fundaron otra ciudad que llamaron Cartago Nova, para gestionar sus minas de hierro y plata.

Catón introdujo ahora uno de sus temas predilectos.

—Ya os dije que he visitado bibliotecas en Cartago. He visto tratados sobre agricultura que he considerado oportuno traerlos conmigo, por su utilidad. Me refiero a los escritos en latín —miró a

Nasica—. He obviado los que estaban en griego.

El censor alzó un poco más la voz.

—Hay también tratados sobre viajes, y mapas. He podido ver que los púnicos han desarrollado rutas bordeando África y en dirección al sur, han llegado a golfos que nadie conoce, habitados por hombres con la piel más negra que hayáis conocido. Han hecho también viajes navales hasta la Galia e incluso Britania. Senadores, ¿qué más pruebas queréis? Allí no se construye una ciudad, sino la traición. Mientras sigáis aquí, ocupándoos solo de vuestros negocios y derramando lágrimas por problemas menores, puede llegar un momento en que no haya república que salvar. No es de las peras de los cartagineses de quien tenéis que tener miedo, sino de ellos. La gran cantidad de dinero que poseen ahora pueden usarla para lo que han hecho en el pasado: contratar mercenarios. ¿Qué os hace pensar que no estén ya dirigiéndose hacia aquí? Cartago está a solo tres días de viaje por mar —exageró—. Y, si este Senado no decide invadir Cartago, ¡lo hará Numidia! Y entonces tendremos que enfrentarnos a una fuerza muy superior a la de Cartago ahora.

—Por lo tanto —apoyó Marco Emilio Lépido— hagamos con Cartago como ellos mismos dicen que hicieron los númidas. Provoquemos una respuesta de agresión.

—¿Qué proponéis? —preguntó Manilio.

—Los niños —contestó Catón.

Se hizo un silencio general.

—Noble Catón —dijo Manilio— os suplico que os expliquéis.

—Que nos entreguen a los niños.

—¿A los niños?

—Pediremos que nos entreguen a trescientos niños. Hijos todos de las familias más nobles de Cartago y de sus dirigentes.

—Se negarán —dijo Nasica—. Ningún padre querrá entregar a sus hijos a un país extranjero.

—Precisamente por eso —aclaró Lépido—. Al negarse a nuestras exigencias tras haber incumplido su acuerdo con nosotros, tendremos una causa lícita para iniciar la guerra. Casus belli.

—Muy agudo —valoró Censorino.

—Y que una vez nos los entreguen —continuó Catón— les esperaremos en Útica, para darles allí las instrucciones definitivas. Se les pedirá el desarme total.

—Manilio y yo mismo —dijo Censorino— dispondremos un reclutamiento que enviaremos a Útica tan pronto esté dispuesto.

—Creo que es un acto excesivamente riguroso —intervino Nasica— introducir a los niños en nuestra pugna con Cartago.

—Pues precisamente, la idea no es mía —expuso Catón, que comenzó a dar a sus palabras un cierto tono irónico—. Tras acabar la segunda guerra contra Cartago a un general romano se le ocurrió la idea de pedir, como garantía, rehenes jóvenes. ¿Recordáis, por ventura, el nombre de dicho general? Es de vuestra familia.

Catón estaba en lo cierto. Era Escipión el africano.

—Cuidado con lo que decís —se recreó Catón—. A nadie perjudicó el haber guardado silencio, y la principal virtud es frenar la lengua.

Capítulo 12

La decisión

Cartago. Casa de Tumílcar

La noticia cayó como un mazazo sobre la ciudad. Las exigencias romanas iban más allá de entregar todo el material bélico. Querían, además, a los niños. Las familias nobles de Cartago quedaron consternadas con la orden.

Tumílcar y Anaid habían perdido el apetito y el sueño. Y la consternación no había sino menor para la esclava Syrtica. Con los años de convivencia sentía muchísimo afecto hacia la hija del matrimonio.

Aún no se lo habían dicho a su hija. ¿Cómo hacerlo sin perder la compostura? Despedirse de una niña tan frágil, en un momento tan delicado de su vida, cuando tanto necesitaba a sus padres, era difícil de encajar.

—¿Qué condiciones han puesto los romanos para el regreso de los niños? —preguntó Anaid.

—Ninguna —contestó Tumílcar.

—¿Ninguna? —gritó indignada—. ¿Quieres decir que se van a llevar a nuestros hijos y nadie en Cartago va a hacer nada? ¿A la hija que he llevado en mis entrañas y que ya nunca voy a volver a ver? ¿Dónde acabará? ¿En un prostíbulo en Roma? ¿Esclava en una casa noble allí? ¿La forzará su amo cada noche?

—Anaid, por todos los dioses. A mí me duele igual que a ti.

—¡No! Tú no la has llevado dentro. No la has amamantado. Yo he estado pendiente cuando estaba enferma de pequeña. Cuando le salieron los dientes. No me digas que te duele igual. No puedes siquiera imaginarte las dimensiones de mi dolor.

—Cierto que es dolorosísimo. Lo es. Y mucho. Pero ¿puedes

imaginarte qué destino le esperaría si no entregamos a los niños y los romanos nos atacan y nos destruyen? Moriríamos casi todos. Eso los más afortunados. Y los supervivientes se convertirían en esclavos. ¿Es ese el destino que le vamos a ofrecer aquí? No tenemos ejército que nos defienda. Tenemos que entregar el poco material bélico que nos queda a Roma. Y, por si esto fuera poco, Asdrúbal el Beotarca está acampado cerca de Cartago esperando su momento para atacar y tomar la ciudad. Sinceramente, nuestra situación no es nada envidiable.

—No hay ninguna garantía de que los romanos no ataquen la ciudad si les entregamos a los niños. Absolutamente ninguna. Y además se reirían de nosotros. ¿Volvió alguno de los que se llevaron de la otra guerra? Ninguno. Además, tu hija dentro de poco se convertirá en una mujer. Me necesitará.

—Sí. Tienes razón.

—¿Y tú? ¿No vas a hacer nada? Eres uno de los sufetes. Una de las autoridades de la ciudad.

Tumílcar se quedó bloqueado. No sabía qué contestar. Su deber público le exigía hacer algo que hacía daño a su corazón. Se sintió vacío, como si una enorme caverna empezara a abrirse en su interior.

—Aledis no se irá de esta casa —sentenció Anaid—. Si alguien intenta arrebatármela la defenderé. Antes tendrán que sacarme de aquí muerta. Mi hija se queda. Tú sabrás lo que haces.

La taberna se encontraba sumida en la penumbra habitual. Quizá esa escasez de luz era algo consustancial al local. Había pocos clientes esa noche. Y la jarra de vino de la mano de Nubia vino a posarse en la mesa en la que estaba sentado Martabón.

—La gente anda muy revuelta con ese asunto de los niños.

—No hay más remedio —se excusó el sufete—. Si no, los romanos nos arrasarían. Por no hablar del maldito Asdrúbal, a quien los dioses maldigan. Se ha fugado y ahora se prepara para ir contra nosotros. Tenía que haberle mandado crucificar cuando tuve

ocasión. Lástima que Esmún no me concediera más sabiduría en ese momento y que las estrellas…

—Olvídate de los dioses y de las estrellas, Martabón. Lo que causa nuestro dolor y nuestro destino son nuestras circunstancias, y la mayoría escapan a nuestro control. Yo sería quien soy aunque la estrella más virginal hubiera aparecido en el cielo el día que mis padres me engendraron.

—Eres una mujer sin fe, Nubia. Estás vacía.

—Algún día espero que te des cuenta de que las estrellas siguen allí arriba, en lo alto, parpadeando, e indiferentes a tus pequeñas tragedias. ¿Y qué has pensado hacer?

—Quiero un niño —respondió Martabón.

Nubia le miró divertida.

—Vamos, Martabón. ¿Crees que yo querría tener un hijo contigo?

—No me refiero a eso. Quiero que me consigas un niño. Y cuanto antes. Mañana. De familia pobre. Pagaré bien.

—Esto es nuevo —dijo con sorna Nubia—. ¿Ahora te dedicas a comprar niños? Cuando los nobles de Cartago se ven obligados a entregar al suyo tú vas a… Ya entiendo. ¡Vas a hacerlo pasar por tuyo!

—Calla. No levantes la voz. ¿Sabes la discusión que acabo de tener con mi esposa? Prometí que lo solucionaría.

—Eres…, eres… —titubeó—. No se me ocurre ni qué calificativo poner. No podía ni siquiera imaginar un plan tan perverso como el que te has trazado. Los nobles de Cartago van a entregar a sus hijos para evitar una guerra. Y tú vas a buscar el truco. El engaño.

—Calla, te digo. Eres una prostituta, no mi conciencia.

—No menosprecies tanto lo que soy. ¿Con quién tenéis los hombres la primera experiencia? ¿O acaso crees que si el yacer con una mujer no fuera tan placentero iba a existir aún la raza humana?

—Muchos respetables ciudadanos lo están haciendo. No seré yo el único que venga a pedírtelo. Y no eres tú quien debe darme lecciones morales precisamente. Mi hijo no acabará esclavo en Roma. Al niño que me traigas lo vestiremos con ropas del mío. Tendrá en Roma cosas que aquí no podría ni imaginar. Yo conservaré a mi hijo. Y todos contentos.

—Ya veo que si lo que se busca es el comercio de favores, la política es el prostíbulo perfecto. ¿Sabe tu esposa de tu maniobra?

—Aún no. Voy a proceder con hechos consumados. No le voy a hablar más del problema. Le brindaré la solución y seguro que lo entenderá.

Se puso en pie.

—Consígueme ese niño. Volveré mañana. También habrá un puñado de talentos para ti.

—Me alegro de que me hayas dicho tus verdaderas intenciones. Se miente mejor cuando se sabe la verdad. ¿En serio crees que los dioses Esmún y Tanit se van a tomar la molestia de ayudarte? —preguntó Nubia.

—¡Qué sabrás tú cuál es la verdad! —dijo despectivamente.

—Todos sabemos cuál es la verdad. Pero con los años nos volvemos más diestros mintiendo.

Pero Martabón ya no la escuchaba. Presa de una gran agitación ya se había levantado de la mesa.

Ocultó de nuevo su rostro, y salió precipitadamente de la taberna. A poca distancia de la salida, en la oscuridad de la calle llegó a ver una figura.

Su primer pensamiento fue que podía ser un asaltante de los que merodeaban por las calles a esa hora. Su mano derecha sujetó la empuñadura del puñal que guardaba bajo la capa. Poco después se tranquilizó ya que, al acercarse con pasos lentos y prudentes, se dio cuenta de que era una figura femenina, aunque con indumentaria masculina.

Al acercarse aún más la figura se descubrió el rostro, y reconoció a su esposa Asherah.

—¿Creías que no lo sabía? —le preguntó.

—Verás. No es lo que parece. He venido a…

—Ya sé a qué has venido. Sé que vienes a ver a esa mujer prácticamente desde que empezaste a hacerlo. Una mujer siempre sabe cuándo ocurre algo así. ¿Es ella tu gran conquista de la edad madura? ¿O quizá solo busca conseguir beneficios gracias a tu cargo?

—¡Maldición, mujer! Va a proporcionarnos un niño.

—Bajó la voz—. Un niño que haremos pasar por nuestro para entregárselo a los romanos.

Asherah se sorprendió. Pero contuvo su reacción. Y no dijo nada. Caminó silenciosamente hasta que llegaron a su casa. Necesitaba asimilar lo que acababa de escuchar. Una vez allí exteriorizó el fruto de sus reflexiones.

—En Cartago hay muchos más niños además del nuestro. Espero que hayas pensado en eso.

—A mí me importa el nuestro —dijo mientras que dejaba su capa sobre la mesa de forma que sobresalía la empuñadura de su arma oculta.

—¿Y qué harás si no pueden proporcionarte a otro niño mañana? ¿Entregarás a los romanos al nuestro?

El sufete guardó silencio. Y se giró para no mostrar su rostro a su esposa. Su silencio lo decía todo.

—No les ocurrirá nada —acertó a decir mientras su mente buscaba a toda velocidad excusas para justificar su decisión—. Además, al tratarse de nobles de Cartago serán distribuidos entre nobles familias de Roma que les cuidarán como hijos suyos hasta que la situación se calme, y vuelvan.

Su esposa le miró con incredulidad. Su rostro le decía, sin mediar palabras, que no había garantías de que el destino de los niños cartagineses fuera ese. También sabía que no se había tratado de condición alguna para su vuelta.

La disconformidad de su esposa le hizo estallar de ira.

—¡No hay nada fuera de la ley en lo que hago! —se defendió el sufete.

—¡Es igual! —gritó ella—. Lo que las leyes no prohíben puede prohibirlo la honradez. Pero eso a ti te da igual. Veo que has eludido mi pregunta.

—¿Y cuál quieres que sea mi respuesta? Las cosas no siempre son como queremos. Y la vida es como es. Atrapa lo que puedas y deja que los filósofos le den vueltas a la cabeza.

Su esposa se situó frente a él.

—¿Entregarías a nuestro hijo para que fuera esclavo en Roma? ¿Estarías dispuesto a consentir que tu hijo acabe luchando en el circo para diversión de los romanos? ¿O arando los campos para ellos hasta que su espalda esté a punto de romperse? ¿Pesan más en ti las decisiones políticas que el amor por tu familia? Yo he entregado mi vida entera a esta familia, Martabón.

El sufete volvió a girarse para no enfrentar el rostro de su esposa. Cuando habló lo hizo con dificultad, como si tuviera que hacer un gran esfuerzo en hacer brotar cada sílaba de sus labios, como si para la articulación de cada palabra tuviese que emplear la misma fuerza que para arrastrar un fardo.

—No tendría más remedio.

Asherah gritó. Lo hizo como si todo el aire de sus pulmones quisiera salir al exterior en un instante. Como si su espíritu abandonase el cuerpo y se situase en un plano superior, incorpóreo, para poder comprobar que, realmente, su marido había contestado como lo había hecho.

Las lágrimas llegaron a sus ojos como si se hubiera roto un dique

interior y, con la mirada turbia por el llanto, y su alma rota por un inmenso dolor, sus ojos fueron a posarse en la empuñadura del arma de su marido, aún dentro de la capa.

Con un movimiento rápido se apoderó de ella. Sintió que su cuerpo ya no le pertenecía, que su mano ya no era su mano. Que en realidad ella no estaba allí y que aquello no estaba sucediendo. Y con toda la fuerza que le permitió su brazo descargó el puñal sobre la parte posterior del hombro derecho de Martabón.

El sufete gritó de dolor. El arma, aunque causante de una herida, no llegó a clavarse y cayó al suelo. No era la primera vez que Martabón era herido. Recordó sus tiempos en la guerra y reaccionó instintivamente. Al sufrir un golpe o herida había que devolverlo inmediatamente e intentar fingir que no se sufría dolor. Era la mejor forma de desmoralizar al enemigo.

Cogió impulso, y con su brazo izquierdo extendido describió un círculo golpeando con fuerza en el rostro de su esposa, que cayó al suelo.

—¡Has intentado asesinarme! —reconoció alterado—. Pagarás por esto.

Salió con rapidez de la habitación. Asherah, tumbada en el suelo y aturdida por el golpe, oyó cómo en la lejanía su esposo gritaba llamando a la esclava.

Martabón llegó al dormitorio de Madina cuando ella ya había despertado por sus gritos y se había incorporado en la cama.

—Mi señor, estáis herido.

—Vístete. Tienes que llevar un mensaje urgente a casa del sufete Tumílcar. ¡Ahora! ¡Y avisa a un físico, por los dioses!

Capítulo 13

De vuelta en Roma

Roma. Varios días después

Escipión Emiliano franqueó la puerta de su casa. Su esposa Sempronia le recibió en el umbral con un beso. Tras ella, en el patio, formaban los esclavos de la casa.

—Te he echado de menos, Publio —dijo Sempronia—. Nunca has estado ausente tanto tiempo de Roma.

—La verdad es que sí. Han sido muchas las ocupaciones y el viaje ha estado lleno de muchas experiencias. Lo cierto es que el primer rostro que quería ver cuando regresara a Roma es uno de los últimos que veo.

—Ya sé que es la vida de un soldado. Lo es desde que me casé contigo. Pero cada vez que te ausentas no puedo evitar sentir la incertidumbre del día de tu vuelta. Hay mujeres que compran amuletos sagrados. Dicen que así se aseguran de que los dioses protegerán a sus esposos y a sus prometidos y volverán vivos del frente.

—¡Por Marte! Yo soy tribuno. Tengo el convencimiento de que las batallas se ganan por la disponibilidad de recursos y el ingenio de los generales. Y, francamente, no creo que tú tengas más fe en esos amuletos que yo en las vísceras de las cabras.

—En cualquier caso, espero que estés en Roma un tiempo antes de que vuelvas a marcharte. Corren muchos rumores por aquí. Hablan de otra guerra con Cartago y de que ya hay un ejército reclutado. Hay muchísima actividad en los comercios.

Sempronia se tomó un respiro para darle importancia a lo que iba a anunciar a continuación.

—Por cierto, hay alguien que ha venido a verte.

Al salir al patio, junto a los esclavos, aunque unos pasos adelantado respecto a ellos, vio a un hombre de barba casi absolutamente blanca, que tendría como sesenta años, vistiendo un traje griego.

—¡Polibio! —dijo Escipión corriendo hacia él.

Ambos se fundieron en un amistoso y fuerte abrazo.

—Este hombre, Sempronia, ha sido mi maestro. Y aún lo sigue siendo. Arte, literatura, geografía. La mayor parte de las cosas que sé se lo debo a él. Por no decir todo.

—Sabía que le apreciabas. He sabido que estaba en Roma y me he puesto en contacto con él. También te aprecia mucho.

—Es una de mis mejores amistades entre los romanos —dijo Polibio —. Con la que espero contar hasta el fin de mis días. Además de un aventajado alumno. No todos los romanos son tan receptivos a las enseñanzas griegas.

—Porque —explicó Escipión—, aunque me duela decirlo, hay romanos con muy poca altura de miras. Unos son agricultores y solo piensan en la tierra. Otros solo lo hacen en la guerra y piensan «yo tengo una espada y tú no». Pero tú eres un hombre sabio. Ahora que estás en Roma contarás con todo el apoyo y reconocimiento de la familia de los Escipiones.

—He observado, Publio, que de todas las disciplinas que has nombrado y de las que compartí contigo mis conocimientos, has omitido la Historia. Ya he escrito tratados de las dos guerras contra Cartago. Dime, ¿tendré ocasión que escribir otro sobre la tercera?

—Polibio, bribón. Yo soy tribuno, y estoy a disposición del ejército de Roma para que me envíen a donde sea oportuno. Esas cuestiones las decide el Senado. Por cierto, ¿se sabe algo de las intenciones de Catón? Creo que era claro partidario de declarar la guerra a Cartago.

—Partidario es poco —dijo Polibio—. Está obcecado ese cascarrabias. Cada vez que habla en el Senado acaba sus intervenciones diciendo «por lo demás pienso que Cartago debe ser

destruida». Ya se hable de urbanismo, de esclavos o de impuestos. Siempre acaba con la misma frase. Creo que también suele decir «las ideas son pacíficas, pero la Historia es violenta».

—Pues ya veremos. A pesar de sus achaques de la edad, cuando al censor se le mete algo en la cabeza es muy testarudo.

—Mi sobrina Octavia —intervino Sempronia— también está aquí.

—Cenará con nosotros.

Octavia era una bonita chica morena de quince años. Lucía un vestido típicamente romano color pálido, y el desparpajo propio de su edad le daba licencia para hacer todo tipo de preguntas, molestaran a sus interlocutores o no.

—Tío Publio —preguntó mientras cenaban los cuatro—, ¿por qué hay hombres y mujeres que son libres y otros que son esclavos?

—Bueno —respondió Escipión—, siempre ha habido amos y esclavos. Cada persona tiene su función en Roma. Si nos fijamos en la naturaleza, en una colmena hay abejas reinas y abejas obreras. Nadie se pregunta por qué. Cada una tiene su trabajo.

—Sí —dijo Octavia—, pero ¿por qué se llega a ser libre o esclavo?

—Pues ya te digo. Hay esclavos fuertes que trabajan en el campo o luchan en el circo. Cuando seas adulta tendrás esclavas que mantendrán tu casa para que tú la disfrutes. Tendrás esclavos cultos que serán los maestros de tus hijos.

—¿Cuánto cuesta un esclavo?

—Depende del tipo. Unos mil quinientos denarios.

—Tío, pero ¿por qué lo son? ¿Nacen esclavos?

—Cuidado, Publio, con lo que contestas —advirtió Polibio sonriendo—. Creo que más es capaz de preguntar esta joven que de responder un sabio.

—¿Acaso está mal —preguntó Octavia con cierta insolencia— que

nos preguntemos las razones de las cosas?

—En absoluto, jovencita —respondió Polibio—. Yo soy griego, y los griegos llevamos siglos reflexionando sobre el porqué de las cosas. En nuestra tierra surgieron hace ya muchos años unos pensadores que llamamos los sofistas. Eran maestros en el arte de la oratoria y de la argumentación. Protágoras, Critias, Gorgias.

—¿Qué hacían? —preguntó Octavia.

—Podrían convencerte —bromeó Polibio— de que Catón es el hombre más simpático de Roma.

Los tres adultos rieron.

—¿Y de qué sirve convencer a alguien de algo? —inquirió la joven.

—De mucho —contestó Polibio—. Una persona nunca es tan decidido ni ferviente partidario de una idea como cuando cree que es suya. Pero tu tío quería hacerte una observación sobre los esclavos.

—Unos nacen esclavos —explicó Escipión— porque sus padres lo fueron. Otros son libres, pero llegan a la esclavitud tras una guerra cuando su país es derrotado. Unos progresan, ganan dinero con un negocio, compran su libertad y se convierten en hombres libres. Hay esclavos públicos, que pertenecen a la República, y privados, como los que nos han hecho esta cena.

—Entonces, si hay esclavos que llegan a serlo por ser prisioneros de guerra, si Aníbal nos hubiera derrotado, ¿seríamos nosotros ahora esclavos de los cartagineses?

Escipión enmudeció. Sempronia no pudo evitar un gesto de auténtico apuro. Polibio intentó relajar la momentánea tensión con una sonrisa encantadora y un comentario para desviar el tema.

—Vaya, vaya. Para ser una chica romana esta joven piensa de una forma absolutamente griega. Se pregunta la razón de las cosas.

—Octavia —terció Sempronia—, hay cosas que ya entenderás cuando seas mayor.

—Pues ya tengo quince —replicó la joven.

—¿Años o pretendientes? —bromeo Escipión, que continuaba intentando alejar el tema espinoso.

—No tiene gracia, tío Publio. Mis padres también me hablan de vez en cuando del tema del matrimonio. Y además tengo amigas que a mi edad ya están casadas. Y no hablan más que de los maridos.

—¿Presentes o futuros? —continuó bromeando Escipión.

—Es natural —concilió Polibio— que a tu edad tengas curiosidad y deseos de conocimiento. De esas y de muchas otras cosas.

—Tampoco fíes siempre en lo que digan las amigas

—aconsejó Sempronia—. Yo he tenido tu edad. Y, al principio, las amigas te aconsejan tener prometido. Y, cuando lo tienes, te aconsejan dejarlo.

Rieron los cuatro.

—Pues, la verdad —concluyó Octavia—, de lo que me habéis dicho aquí lo que he aprendido es que se es amo o esclavo por suerte. O dependiendo de donde nazcas.

—Publio —dijo Sempronia—, en tu ausencia se ha escuchado en Roma la cuestión de la entrega de los niños cartagineses. Creo que eso le ha afectado. Parece que la situación fue muy dramática. Padres que se negaban, otros intentaban convencer a sus hijos de subir a la galera romana, madres que se arrojaban al agua como si pudiesen venir a nado hasta Roma…

—He estado ausente de Roma como dices. Y no he tenido conocimiento. Pero creo que sí, que ha sido muy dramático. Es una de las condiciones que impuso el Senado para evitar la guerra. Además, se les citó a los mandatarios cartagineses en Útica dentro de poco para explicarles el resto de las condiciones.

—¿Crees que habrá guerra?

—No lo sé. Grecia ya fue pacificada. Hispania va por buen camino.

Una vez acabe el asunto de Cartago como los dioses dispongan solo Macedonia podría inquietarnos.

La esclava de la casa pidió permiso respetuosamente anunciando la repentina llegada de Escipión Nasica.

—Hazle pasar —ordenó Escipión Emiliano.

El recién llegado era presa de una ligera excitación.

—Te saludo, primo. Vengo a anticiparte una noticia de la que tendrás conocimiento formalmente más tarde por parte del ejército.

—¿Qué se espera de mí? ¿Es mi nuevo destino?

—Así es. Te envían a Útica, junto con los cónsules Censorino y Manilio a tratar con la delegación cartaginesa. Primo, realmente estás prosperando —dijo sonriendo.

Bostar demostraba ser un buen aprendiz. Suplía su inexperiencia con mucha voluntad y empuje. Y siempre estaba atento a todas las indicaciones de Aurelio. Por su parte, Imilce hacía lo mismo en la casa y, en poco tiempo, era ya capaz de desarrollar todas las labores necesarias casi con la misma destreza que Meroe.

—Cuando tengas que amarrar un barco —aconsejaba Aurelio—, fíjate bien cómo lo hago yo, o cómo lo hace un marino experimentado. Las sogas deben estar firmes. Y, al descargar un navío, debes repartir las cargas de manera uniforme. Una parte para los mercaderes, y es conveniente saber los que usan carro y los que usan dromedarios.

—Procuraré estar atento y aprender bien —decía voluntarioso el joven.

—Observa la naturaleza. Los animales nos dan buenos ejemplos. Los hombres somos cuatro quintas partes simios, y una quinta parte hormigas. Aprendemos por imitación. Y debemos guardar provisiones para cuando llegue el invierno.

—Lo tendré en cuenta. Aunque hay una idea que me ronda por la cabeza.

—¿Qué te preocupa?

—Ese asunto de los niños. Dicen que familias nobles tuvieron que dejar que los romanos se llevasen a sus hijos. Que fue por evitar una guerra. Cuando vivíamos en las afueras de Cartago sufríamos ataques de los númidas. No quiero ni pensar en una guerra, Aurelio.

—Yo he estado en la guerra. Y puedo decirte que no quiero ver ninguna otra. No puedo saber lo que se siente cuando ocurrió lo de los niños. Meroe y yo no tuvimos hijos. Pero seguro que debió de resultar muy doloroso.

—Pero —continuó Bostar—, si nos fijamos en los animales, vemos que ellos también luchan.

—Por razones muy distintas, muchacho. Los animales luchan por su alimento, por su espacio vital. Podría decirse incluso que por razones fundadas. Pero no son crueles en sí mismos. Los hombres, en una guerra, se vuelven bestias. Mienten, traicionan, maldicen aquello en lo que siempre han creído. Y a muchos de ellos les guía la codicia de lo que puedan conseguir.

Aurelio señaló con disimulo a uno de los mercaderes. Vestía túnica blanca y calzaba sandalias, y se encontraba ultimando la carga de un barco que estaba a punto de zarpar.

—Ese hombre que ves ahí es Hiempsal. Lo conozco desde que vine aquí. Tuvo tratos con los númidas y con los griegos. Enriqueció con el comercio de mujeres. Una vez lo encontré en las afueras de la ciudad, en el desierto, haciendo números sobre la arena. Arreglaba su vida por anticipado. Me dijo que sería rico, que tendría concubinas, esclavos, tierras. Después se arruinó en un naufragio. Ahora sobrevive transportando y comerciando. ¿Qué crees que le movió a hacer todo eso? La codicia. —Hizo una breve pausa antes de decir la última frase—. Incluso hay quien dice que de noche habla con los fantasmas.

Capítulo 14

El desarme

Útica. Año 149 a.C.

Los cónsules Censorino y Manilio se hallaban cómodamente instalados en asientos, ubicados sobre una tarima, adornada con las águilas romanas y otros motivos. Aunque estuvieran en África se diría que querían dar la impresión al visitante que se hallaban en territorio romano.

La tarima donde se encontraban estaba localizada en la cima de una colina donde la delegación cartaginesa, capitaneada por el sufete Tumílcar, había sido citada. Martabón estaba ausente, pero nadie preguntó por qué.

No contentos con esa posición de superioridad, donde al visitante le era obligado mirar a los cónsules hacia arriba mientras que ellos les miraban hacia abajo, los soldados romanos se habían dispuesto en dos hileras de soldados formando un larguísimo pasillo hasta donde estaban sentado los cónsules. Era una estrategia para hacer sentir indefensión al adversario y demostrar desde el principio de la conversación quién estaba al mando. También tenía el propósito de disminuir la moral del interlocutor.

El hecho de que se hubieran desplazado ochenta mil soldados romanos a Útica, con el costo que eso suponía, era la evidencia de que la guerra se daba ya por segura. No en vano los comerciantes romanos habían hablado con los senadores que les eran conocidos, con los que les unían lazos de amistad e incluso de parentesco, y les habían convencido de lo beneficiosa que iba a resultar la guerra contra Cartago. Empezaron a circular rumores de los fabulosos tesoros que guardaba la ciudad púnica.

Manilio le cedió la palabra a Censorino, ya que este era más hábil en la oratoria. Y ese último expuso a los cartagineses la siguiente condición, aunque omitió que fuera la última: deberían entregar todo el material bélico que tuvieran.

El sentido último era otra humillación más para los cartagineses. Y hacerlo sin pedir nada a cambio. Fueron acompañados de vuelta a Cartago por varios tribunos romanos para supervisar la entrega de dicho material.

Dichos tribunos se vieron tremendamente sorprendidos cuando los cartagineses les entregaron doscientas mil armaduras, dos mil catapultas y un sinfín de proyectiles, además de sus naves. Les resultó extraño para una ciudad que decía no tener intenciones bélicas. Y tras la sorpresa de los tribunos vino la sospecha de si estaban entregando todo el armamento del que disponían.

Así informaron los tribunos a los cónsules, ya de vuelta en Útica.

Censorino alabó la diligencia de los cartagineses en la entrega de armas. Tras esto, Tumílcar se dirigió a ellos.

—Nobles romanos —dijo en latín—, respetuosamente os solicitamos el poder llegar a una solución lo más pacífica posible. Habéis visto que nuestras intenciones son nobles y que hemos accedido a cuanto nos habéis solicitado. Ya son muchos los años que hace que empezaron las guerras entre nosotros. Nuestros abuelos estuvieron en guerra contra los vuestros. Y después, lo estuvieron nuestros padres contra los vuestros. Creemos llegado el momento de superar nuestras diferencias, y, tras estos gestos, se permita a Cartago florecer libremente para mayor gloria de nuestros dioses.

—Valoramos positivamente vuestra actitud —respondió Censorino —, pero nosotros no hacemos más que transmitiros las decisiones del Senado romano para con vosotros. Es más, esta delegación, que mandamos el noble cónsul Manilio y el que os habla, tiene la función de comunicaros la última exigencia, tras la cual podréis ser libres de obrar como os plazca.

—¿Una condición más? —preguntó Tumílcar—. ¿No os parece ya suficiente que nos hayamos despojado de nuestros hijos, de nuestro dinero y de las armas?

Censorino dilató su respuesta, lo que era el preludio de que la última condición podía ser la más dura y difícil de aceptar.

—Debéis abandonar vuestra ciudad y establecerla a una distancia mínima de ochenta estadios del mar. La ciudad que conocéis va a ser destruida.

La delegación cartaginesa creyó que no podía estar oyendo las palabras que el cónsul romano acababa de pronunciar.

Desplazarse esa distancia tierra adentro suponía perder el contacto con el mar, y por lo tanto la fluidez de sus comunicaciones y de su comercio. Era la ruina.

—Pensamos en el futuro —explicó Manilio—. El mar ha sido fuente de vuestras desgracias. La primera guerra empezó por culpa de intentar controlarlo. Es lo mejor para vosotros. Elegid el lugar que os plazca con esa condición, y allí podréis vivir libremente.

—Noble romano —dijo Tumílcar—. ¿Sabéis dónde están enterrados nuestros padres? En la necrópolis de Byrsa. ¿Crees que podemos abandonarla? ¿Sabéis lo que nos pedís?

—Cartaginés —replicó Manilio—, he sido paciente contigo. He explicado que es lo mejor para vuestro pueblo. Podría haber dicho que es una orden del Senado y que tenéis que cumplir sin más.

—Esa última condición nos parece del todo inaceptable. Tras todo lo que os hemos entregado os hemos dejado claro que no abrigamos intenciones bélicas. Nuestra vida está allí. Llevamos cientos de años allí. El mar es nuestra vida. Somos cartagineses. Amamos nuestra patria. Creemos en su pasado y en su futuro.

—¿Su futuro? —se burló Censorino—. Sois un pueblo derrotado.

—Lo que somos es un pueblo desarmado. ¿Qué nos ocurrirá si Numidia nos ataca ahora?

Censorino contestó con poco convencimiento.

—Desde ahora la seguridad de Cartago es responsabilidad de Roma, como cualquier otra provincia suya.

—No nos parece admisible. Los númidas llevan años provocándonos y nos habéis ignorado. ¿Y ahora decís que vais a defendernos? ¿Qué

garantías tenemos?

—Sufete —repuso Censorino, retador—, cuida tus palabras. Estás hablando con los representantes de Roma y no estás en disposición de poner condiciones. Habéis infringido el tratado que teníais con Roma iniciando una guerra sin nuestro consentimiento. Y si, como vuestro sufete Martabón nos comunicó, fue la acción indisciplinada de varios comandantes, no nos habéis informado de que dichos culpables hayan sido castigados.

Tumílcar reflexionó.

—Os lleváis nuestro oro. Os lleváis nuestras armas. ¡Os habéis llevado a nuestros hijos! ¿Y queréis que nos callemos? Sí, romano. He pensado bien lo que voy a decir. ¡Decimos no!

SEGUNDA PARTE

LA GUERRA

Isaías 23, 14: Llorad, barcos de Cartago,

porque vuestra fortaleza ha sido destruida.

Capítulo 15

Los preparativos

Cartago. Dos días después

Tumílcar llegó de regreso a Cartago con la delegación que le había acompañado. Desde que la ciudad fue vista por ellos en el horizonte empezaron a preguntarse cómo iban a transmitir a sus familias, a sus amigos, a la ciudad en su conjunto, el resultado del encuentro con los romanos.

No fue necesario. Cuando cabalgaban llegando ya a la primera de las tres murallas que bordeaban el recinto sus rostros de consternación lo expresaban todo. En pocas horas la totalidad de la población sabía del fracaso de las conversaciones con los romanos en Útica y se preparaba para una guerra ya inevitable.

La mente de Tumílcar era un hervidero. Se iban a enfrentar al mejor ejército del mundo. El que ya les había derrotado en dos ocasiones. Por el Oeste, Masinissa, en Numidia, probablemente se estaría frotando las manos e incluso pensando si apoyar a los romanos. Por el Este acampaba Asdrúbal, presumiblemente deseoso de hacérselo pagar a Cartago. Había que defender una ciudad que, aunque bien fortificada, estaba desarmada. La situación era muy poco envidiable. Se necesitaban medidas enérgicas y, presumiblemente, no iban a ser del gusto de todos.

Una muchedumbre nerviosa esperaba a las puertas donde estaba ya reunido Senado cartaginés. Tumílcar empezó a exponer los planes que se había ido trazando desde que inició el camino de vuelta a Cartago.

—Nobles senadores. Las malas noticias habrán viajado más rápido que nosotros aún, y ya tenéis conocimiento de nuestra triste situación. Por todo ello, se hacen preciso que tomemos medidas urgentes en lo que a la integridad de esta ciudad se refiere. Quiero informar, antes que pueda surgir ningún tipo de rumor, que el sufete Martabón se ha marchado de Cartago y no contaremos con su

presencia. No haré más comentarios sobre este tema. Como ya conoceréis, las demandas de los romanos han sido del todo inadmisibles. En realidad, lo fueron desde el principio. Roma ha dejado claro que su verdadera intención es destruir Cartago. Fue su deseo desde que enviaron la última delegación, e incluso me atrevería a decir desde antes. El precio de nuestra paz era elevadísimo: abandonar nuestra ciudad para que fuera reducida a polvo. No soy filósofo, pero he de decir que, si existe un camino entre la dolorosa docilidad y la rebelión, Cartago ya lo ha recorrido. La guerra era el objetivo final al que Roma pretendía llegar y ha perseguido esa meta con tal cinismo que, dicho sea de paso, me ha asombrado.

Pudo comprobar cierto número de caras mostrando extrañeza ante su anuncio.

—En primer lugar, decreto la detención y el encarcelamiento inmediato de todos los miembros del partido pro romano.

Ante esta decisión empezaron a escucharse protestas que Tumílcar acalló con su segundo anuncio, demostrando que sus decisiones iban a ser inflexibles.

—Segundo. Se le declara la guerra a Roma. Sus exigencias eran desproporcionadas y humillantes. Tercero. Decido indultar al general Asdrúbal el Beotarca. Su condena queda perdonada. Se le pedirá que vuelva a Cartago con su ejército. Él y el general Imilco Fameas se encargarán de la defensa de la ciudad.

A continuación se recreó en las consecuencias que podían ocurrir a quien decidiera no seguir sus dictados.

—Si alguno de los ilustres senadores no está de acuerdo con las normas que voy dictando es libre de abandonar Cartago. Espero, por su bien, que se entienda con Numidia o con Roma. Y si no, que Esmún lo proteja, porque yo no podré.

Tomó aire para seguir con la exposición de sus planes.

—Cuarto. Decreto la libertad de todos los esclavos de Cartago. Apoyarán la defensa de la ciudad. Quinto. Enviaremos una

embajada a Macedonia. Actualmente están en guerra contra Roma. Se les ofrecerá dinero para que puedan equiparse y tener más recursos en luchar contra los romanos. Mientras más soldados envíe Roma contra Macedonia menos enviarán contra nosotros. Sexto y último. Se fletará de inmediato un barco rumbo a Néferis. Es ciudad amiga nuestra y se le informará de que podrá seguir negociando en el puerto de Cartago como lo ha hecho hasta ahora. Nuestras relaciones con Néferis deben ser fluidas.

El Senado, a pesar de lo molesto que podía suponer para ellos el decreto sobre la liberación de los esclavos, no pudo menos que reconocer la perspicacia del sufete y cómo sabía desenvolverse en horas bajas. Aunque el reto era inmenso. Descomunal.

La situación era desesperada. Pero el remedio contra la desesperación es el coraje. Nadie sabe con seguridad lo que traerá el futuro. Por lo tanto, se debe actuar a pesar de la incertidumbre.

—A veces —apostilló Tumílcar— el hombre debe enfrentarse a lo imposible.

Ni el único sufete que permanecía en Cartago, ni su esposa Anaid podrían sospechar que, por la noche, la puerta de su casa recibiera tres golpes secos y firmes. Syrtica acababa de retirarse. Ya no ostentaba la condición de esclava, pero le habían pedido que se quedase a ayudar en la casa bajo salario. Los golpes sufridos por la puerta interrumpieron momentáneamente el dolor de la ausencia de la pequeña Aledis, que sufrían cada noche.

—Ve con cuidado —dijo Anaid—. Los ánimos están revueltos en la ciudad después de las detenciones.

En la puerta, a pesar de la oscuridad de la noche, Tumílcar se percató de la identidad del recién llegado. Ante él se erguía el atlético cuerpo de Asdrúbal el Beotarca. Tras él, como una sombra, estaba el Estornino.

—Te saludo, noble señor —dijo el militar.

—Pasad, Asdrúbal —le condujo hasta la estancia principal—. Tomad asiento. Esta es mi esposa, Anaid.

—Os saludo, mi señora. Mi más sincero apoyo por la ausencia de los hijos que hayáis tenido que entregarles a los romanos cuya ausencia estaréis sufriendo. No estará siendo fácil para esta noble familia. Espero que vuelvan pronto.

—Os lo agradecemos, general —dijo Anaid.

—Ante todo —siguió Asdrúbal—, expresaros, noble Tumílcar, mi más sincero agradecimiento por el perdón que tan generosamente me habéis concedido. Fui injustamente condenado por el otro sufete, al que deseo que los dioses nublen el juicio. Mi brazo siempre será fuerte a vuestro servicio. ¿Con qué contamos para defendernos?

—Bajo la tercera de nuestras murallas hay, como sabéis, establos para los elefantes. Ahora están vacíos ya que tuvimos que entregarlos. Pero aún queda caballería. Como los romanos habrán sospechado, no se les ha entregado todo el material bélico. Aún tenemos armaduras. Pero habría que forjar muchas más. Y espadas.

—Pondremos a trabajar a todos los herreros de Cartago para eso. Haremos turnos de día, tarde y noche. Se trabajará sin interrupciones.

—Tenemos madera suficiente para fabricar catapultas. Habría que procurarse proyectiles. La cuestión son las sogas y las cuerdas. Va a ser un problema conseguirlas.

—Convenceré —dijo Anaid— a las mujeres de Cartago. Daremos nuestro pelo para que se puedan fabricar cuerdas con él. Empezaré yo misma para dar ejemplo.

—Brillante, mi señora —agradeció Asdrúbal.

—Pues entonces, general, a trabajar. Nos queda mucho que hacer.

—Que tengáis buenas noches —se despidió Asdrúbal— y los dioses velen vuestro sueño. Yo velaré las murallas.

A la salida de la casa esperaba, fielmente, el Estornino.

—Mi señor, un mensajero me ha comunicado que ya han sido

prendidos todos los miembros del partido pro romano. Quiero decir… todos los miembros que han sido encontrados. Unos habían huido de Cartago y otros ya habían sido linchados por el gentío.

—Magnífico. No podremos fiarnos de ellos en el futuro. Matadlos.

Capítulo 16

La preocupación

Cartago. Suburbio de Megara.

En esos momentos la vida en Cartago tenía escaso valor. Pero el tiempo muchísimo. La ciudad empezó una constante actividad esa misma noche, sobre todo en las fraguas y herrerías. En todas las calles se oía a cualquier hora del día el repiqueteo de los golpes de los martillos sobre los yunques. Y Asdrúbal, mientras las inspeccionaba, se dirigió a la taberna de Nubia, a quien llegó a pensar que no volvería a ver tras su condena a muerte.

Una vez la jarra de vino fuera depositada sobre la mesa y Nubia se sentara, las primeras palabras de la mujer no ocultaban su asombro.

—No sé si estoy contemplando esta noche a Asdrúbal o si tú eres su fantasma.

—Yo soy Asdrúbal. Y soy la única aparición que vas a ver esta noche. No ha sonado aún mi hora. El barquero Caronte se ha quedado esperando. Que sean otras las almas que lleve por el río de la muerte.

—¿Qué te propones, Asdrúbal?

El militar fijó su mirada en un punto vacío, como si pudiera atravesar las paredes con ella. En sus ojos se reflejaba odio y determinación a partes iguales.

—Los romanos no entrarán.

—¿Seguro? ¿Sabes bien a lo que te enfrentas? Dicen que son el mejor ejército del mundo. Ni siquiera Aníbal pudo con ellos.

—Los romanos no traspasarán las murallas de Cartago. El sufete me ha confiado la defensa junto con Imilco Fameas.

—¿Y para qué me necesitas a mí? ¿Vas a enseñarme a manejar la

espada? No. Déjame adivinar. Ya sé. Las mujeres que somos poseedoras de tanto encanto somos buscadas por sufetes y generales. Casi siempre como compañeras de lecho. El largo hábito de hacerlo os ha convencido de que esto no es inmoral. Mientras que vuestra esposa no lo sepa, por supuesto. Hasta ahora nadie se ha acordado de mí como compañera para placeres matrimoniales.

—¿Dónde está Martabón?

Nubia rio descaradamente.

—Así que lo que buscas es una venganza personal. No lo sabemos. Dicen que ha huido de Cartago.

—¿Se ha pasado al bando romano? ¿Ha sido tal vil?

—No creo. Dicen que fue atacado por su esposa. Algo serio. Recibió una puñalada. Parece que fue algo más que una simple discusión de enamorados. Puede que ella te dé más detalles.

—Iré a verla cuando pueda. La defensa de la ciudad va a tomar mucho tiempo. Creo que se avecina la mayor guerra a la que nos hayamos enfrentado tras más de cien años de batallas contra los romanos. Esta puede ser la definitiva.

—Veo que te gusta el lenguaje grandilocuente, general. Pero otros tenemos distinta visión de la situación. Cuando esta guerra acabe, gane quien gane, los esclavos volverán a ser esclavos. Y las putas, putas.

Aquella tarde Aurelio y Meroe paseaban por la avenida de los cipreses. El cielo sobre ellos había adoptado un color sonrosado. La avenida estaba tan solitaria que parecía alargarse. Esporádicamente en su trayecto despuntaba alguna palmera. A lo lejos oyeron el sonido de los cascos de un caballo chocando contra el suelo.

Pero la mente de la esposa de Aurelio estaba en otra parte.

—La diosa Tanit nos proteja, Aurelio —se lamentaba Meroe—. En el puerto hablan de que se avecina guerra. En las calles hablan de guerra. Los comerciantes hablan de guerra. ¿Qué haremos?

—Mujer, demos un margen de confianza. La guerra no ha estallado aún.

—Pero todo el mundo habla de que estallará pronto —dijo presa de un gran nerviosismo—. Y tú eres romano. Aunque ahora vives aquí. ¡Tú corazón estará dividido! ¡No quiero perderte! —Se abrazó a él sollozando.

—Yo dejé de ser romano. Ahora soy cartaginés. Esta tierra me acogió hace mucho. Para mí acabó la guerra en que estaba envuelto. Aquí te conocí. Aquí he echado mis raíces. Y aquí me quiero quedar.

—Los romanos volverán a reclamarte. Intentarán apelar a tu patriotismo. Te perderé —seguía sollozando.

—Yo no me iré de aquí. Nací en Roma por accidente. O por voluntad de los dioses, si quieres verlo así. ¿Acaso un hombre decide el lugar donde nace? ¿Acaso decide quiénes van a ser sus padres? ¿Si será plebeyo o patricio? Esas circunstancias no dependen de la voluntad de un hombre. Lo importante son las decisiones que se toman. Y yo no me arrepiento de la decisión que tomé al quedarme.

—Yo ya perdí a un marido. No quiero perderte a ti.

—Hizo un breve silencio—. Cuando yo era más joven veía la belleza del mundo. Ahora veo la verdad. Mucha gente no quiere ver la verdad. Es amarga. No deja dormir.

—Yo me quedaré contigo —insistió su esposo.

Inexplicablemente la mente de Aurelio fue hacia atrás, hasta llegar al día de su boda, al momento en que formalizó el giro que había tomado su vida desde el naufragio. Recordó los cabellos de Meroe hechos trenzas desde sus sienes hasta las comisuras de su boca, que parecía una jugosa fruta entreabierta.

Sobre su pecho lucía un collar de conchas. El mar siempre estaba presente. Vestía una túnica de pálido color amarillo jalonada de flores rojas de la que surgían sus brazos desnudos, luciendo finas

pulseras de plata en sus muñecas.

Meroe se movía inquieta en el lecho aquella noche. Todo el amor que su marido quiso transmitirle en sus palabras no pudo hacer que conciliara el sueño.

Se levantó. Decidió ir a dar un paseo por el puerto en espera de que el frescor del mar y la quietud de la noche la tranquilizaran.

La luna se elevaba sobre las olas y sobre la ciudad. Su resplandor caía sobre las aguas del lago de Túnez, rodeado de montañas.

No era la única persona que no podía dormir. Aurelio sintió su ausencia y siguió sus pasos a distancia. Se recreó en el hecho de observarla sin que ella advirtiera su presencia.

La vio caminando en la oscuridad del puerto con un andar solemne, pensativo, casi majestuoso. Y Aurelio pensó que las piedras temblaban bajo sus sandalias y que las estrellas se habían asomado para verla.

Tumílcar intentaba en vano conciliar el sueño. Luchaba contra el miedo que se instaura en el alma inquieta en las horas que siguen a la medianoche.

Había llegado a un punto de no retorno. Al igual que el que dudando en cruzar un rio, cuando ha llegado a la mitad, decide que ya lo que realmente merece la pena es intentar llegar a la otra orilla.

Pero el camino no era fácil. Se sentía como un marinero que había ido más allá de las columnas de Hércules, donde los cartógrafos habían dibujado monstruos terribles y el fin del mundo.

Las prerrogativas de las que disfrutaba por ostentar el cargo de sufete se revelaban ahora una pesada carga. Y más difícil se hacía de llevar aún al haberse convertido, por los giros de los acontecimientos, en el único sufete de Cartago.

Tuvo una breve ensoñación. Se vio en un prado en las afueras de Cartago. Su casa, inexplicablemente, estaba allí. Y junto a una roca se abría un pasadizo subterráneo. Entraba en él y, tras andar un

trecho a oscuras llegaba a una amplia cámara, en cuyo centro había un trono. Escuchaba una voz que le preguntaba: «¿Cuál es el secreto de este trono? ¿A quién sirve?».

Volvió a la conciencia. El auténtico sueño reparador no llegaba. Se lo impedía uno de los monstruos que habían dibujado los cartógrafos, y que hacía guardia bajo su lecho.

Capítulo 17

El asedio

Afueras de Cartago

Amanecía.

Un haz luminoso se elevó por el este. Al paso de la luz las calles del barrio de Megara se recortaron entre los verdes jardines. A medida que el haz de luz se iba ensanchando en el cielo, parecía que las casas más altas se erguían sobre el terreno. Se alzaban también las palmeras sin balancearse. Y las placas de oro del templo de Esmún empezaron a rechazar los rayos del sol dando la impresión de que estaba envuelto en llamas.

Parecía que iba a transcurrir un día más en la historia de Cartago, pero no iba a ser así. Un ejército estaba a punto de aparecer en su horizonte.

Cuando el ejército romano se pone en marcha arrasa lo que encuentra a su paso. Los soldados eran hábiles gimnastas, corredores, nadadores, y se habían preparado concienzudamente para cualquier tipo de enfrentamiento, bien con armas, bien con sus propias manos. Habían educado su cuerpo para hacerlo menos sensible al dolor. Se habían depilado ya que, en caso de sufrir heridas, era más fácil limpiarlas y evitar infecciones. Y ante todo sabían que la guerra era un negocio y que, si conservaban la vida, podrían volver a Roma más ricos de lo que habían salido. ¿Quién sabe cuántos tesoros podrían esconderse tras las murallas de Cartago? ¿Quién podía siquiera suponer las gemas, el oro y la plata que podría haber en una ciudad que tanto florecía económicamente?

Pero había otros factores importantes que hacían el reclutamiento para esta causa muy atractivo. Se preveía una campaña rápida. Los cartagineses se habían allanado a todo y posiblemente no iban a presentar apenas batalla.

Y también era algo glorioso luchar contra el eterno enemigo de Roma: Cartago. No era lo mismo volver victorioso de una rica ciudad donde se esperaba un gran saqueo, que volver mutilado tras haber luchado contra una tribu de impronunciable nombre en Hispania, que nadie recordaría poco después.

Todo estaba listo para la batalla.

Las ofrendas a los dioses habían sido hechas. En el momento de las ofrendas cada romano expresaba sus peticiones, y prometía a los dioses lo que harían si les concedían sus deseos. Era una especie de contrato bilateral, similar al comercial. Tú me das, y yo te doy. Y eso les parecía justo.

Los filósofos decían que los hombres empiezan a creer en los dioses cuando tienen necesidades. Bien necesidad de obtener respuestas, o bien necesidad de obtener beneficios. Y quienes viajaban, se percataban de que las peticiones que se hacían a los dioses eran similares en muchas sociedades. Ya se fuera selúcida, griego, romano, galo o judío, las inquietudes eran las mismas.

¿Quién soy? ¿Cuánto tiempo me queda? ¿Será ella una buena esposa? ¿Lloverá para mis cosechas?

Ahora romanos y cartagineses preguntaban a sus respectivos dioses: ¿ganaremos la guerra?

Hace ya mucho tiempo, esa necesidad de saber hizo surgir a los adivinos, y a pretendidos iluminados, que decían conocer con garantías la voluntad de los dioses y los acontecimientos futuros. En ocasiones la voluntad de los dioses tenía un sospechoso paralelismo con los beneficios de los adivinos, pero, escudados en el misticismo y fórmulas arcanas a las que no les faltaba ambigüedad, ese colectivo se hizo sitio en muchas culturas. En algunas llegó a alcanzar un estatus considerable.

A veces los adivinos se jactaban de ser una autoridad moral, y amenazaban con terribles castigos sobrenaturales si no se seguían sus indicaciones. Los éxitos y fracasos que ocurrían eran oportunamente interpretados de forma que la autoridad de profetas y adivinadores se tornaba incuestionable.

Había incluso quien sostenía que, cuando no había razones para poder convencer al pueblo de algo, se decía que era la voluntad de los dioses.

Pero no todo el mundo creía en oráculos, amuletos, orientación del vuelo de los pájaros o vísceras de animales.

Hacía ya cientos de años que Grecia vio nacer a Protágoras. El gran maestro de la oratoria consideraba el relativismo como la verdad última de todas las cosas. Y, cuando fue preguntado por la existencia de los dioses dijo que «no sé si existen o no; creo que es un problema sumamente complejo, y la vida del hombre es demasiado corta para solucionarlo». A algunos les pareció una forma de evitar la pregunta y a otros una postura de refinado ateísmo.

No obstante, lo que sostenía el número de creyentes era el deseo de que muchas personas necesitaban dejar de creer que el mundo era un lugar extraño, cruel y caótico, donde casi nadie tiene lo que merece, y lo que es peor, donde casi nada depende de nosotros.

Roma no fue ajena a esto. Tenían multitud de dioses, al igual que los griegos. Y también comprobaron que, a veces, las ambiciones de los gobernantes coincidían con la voluntad de los dioses. Incluso se edificó un templo al dios desconocido. Por si acaso.

Otros, en cambio, creían que lo que nos desliga de la realidad tendía a la mistificación. Y de ahí a la confusión había poca distancia.

Los cónsules Censorino y Manilio y el tribuno Escipión Emiliano cabalgaban por la llanura precediendo a los soldados cuando en el horizonte la silueta de Cartago se recortó sobre el cielo.

Acababan de tener conocimiento de la muerte de Catón, el censor. Por ironías de las circunstancias, el principal instigador de la guerra que había comenzado no llegaría a ver el final, ni a saberlo de boca de los mensajeros.

El sol había aparecido y subía sobre el horizonte, como si no quisiera perderse detalle del enfrentamiento que podría ocurrir en

cuestión de horas. La luna en forma de C también se había reservado un espacio en lo celeste porque quería ser, igualmente, testigo de los acontecimientos inmediatamente venideros.

—Va a ser un paseo militar —dijo Manilio—. Es posible que incluso se rindan antes de empezar a luchar.

—Cartago es ahora una hermosa mujer desnuda esperando al hombre que va a yacer con ella —poetizó Censorino.

En las calles de Cartago algunas mujeres lloraban aún las muertes de los pro romanos. Se escuchaban ruidos metálicos provenientes de todas las fraguas y herrerías, que no habían tenido descanso la noche anterior. Y Asdrúbal llegaba a casa del hombre que le había condenado a muerte. Desenvainó su espada, dispuesto a ejecutar la sentencia que él mismo ya había dictado en su mente y traspasó el umbral de la vivienda. Se había otorgado ser juez y verdugo al mismo tiempo.

Asherah estaba sentada en la habitación principal. Su mirada se perdía en el vacío, en algún punto inexistente. El aspecto de su rostro era el de una mujer que apenas había dormido esa noche. Por sus mejillas corría una lágrima, fruto de la ausencia de su hijo. Su pelo lo había entregado, junto con el de tantas mujeres de Cartago, para la confección de cuerdas para las catapultas.

En su mente solo había dos pensamientos. No tengo hijo. No tengo marido.

Al notar la presencia del intruso, al que creyó reconocer, no hizo el menor movimiento. ¿Qué más le podían arrebatar? ¿Su vida? Quizá ese fuera un modo de poner fin a su sufrimiento.

—Tú debes de ser Asdrúbal el Beotarca—intuyó Asherah—. ¿Quién, si no, iba a entrar en una casa espada en mano si no pensara atravesar a alguien con ella? Se dicen muchas cosas de ti.

—Todas son ciertas —dijo Asdrúbal.

—Sobrevivisteis a la batalla contra los númidas. Sobrevivisteis a la emboscada que os tendieron. Y ahora escapáis a la pena de muerte

a que se os sentenció. Los dioses os cuidan. No he conocido a nadie con más derecho a estar muerto.

—Disculpad, pero no he venido a hablar de mí. Busco a vuestro esposo.

—No está aquí, general.

Asdrúbal volvió la espada al cinto.

—Sé que le buscáis para vengaros. Y no puedo decir que no os entienda.

—¿Dónde está?

—Perdéis el tiempo. Creo que ha abandonado Cartago. Lo conozco bien. En lugar de enfrentar los problemas, los elude. O busca hacer un truco. No creo que se haya quedado a afrontar el combate.

—Mi señora, sé bien que te ha hecho daño. Y lo que ocurra entre esposo y esposa, es asunto de ellos y de los dioses. Pero permitidme que hagamos causa común, y nos venguemos del que nos ha hecho daño a ambos.

—Os digo, por Tanit, que no sé dónde está. Y no creo que vuelva.

—Debéis tener cuidado, si me permitís decirlo, con vuestra actual circunstancia. Lo que él diga puede pesar más que lo que diga vuestra persona. Él es hombre, y tú mujer. Él es sufete, y tú solo su esposa. Le habéis herido, y él a ti no.

Asherah giró su cabeza y miró por primera vez a los ojos de Asdrúbal para transmitirle con claridad su reflexión.

—Las heridas que no se ven son las más profundas.

Los romanos comenzaron a instalarse a una cierta distancia de las murallas de Cartago. Todos los comienzos son esperanzadores y la victoria se daba por segura ante un rival tan inferior. Llegaría un momento, que sería cercano, que los cartagineses se darían cuenta de a quien se estaban enfrentando: al mejor ejército del mundo desde Alejandro el macedonio.

Cierto es que la incursión de los cartagineses contra Numidia fue interpretada en Roma como preocupante rebrote de militarismo púnico, y un ataque preventivo parecía a todas luces lo más indicado.

Cartago no debía de ser rival para Roma. Hasta el momento había recurrido al uso de mercenarios y ahora no los tenía y era la propia población la encargada de defenderse, y de forma activa.

Considerando esto, los romanos no se daban prisa en comenzar el ataque, y empezaron a establecerse cómodamente.

Cierto era que, tras perder dos guerras contra Roma, los cartagineses no habían caído en las lamentaciones y no se habían hundido en el victimismo. Y que, si no podían progresar militarmente, lo habían hecho comercialmente.

El viejo rey Masinissa, viendo próxima la derrota de Cartago, pensó qué parte del pastel podría corresponderle, y mandó emisarios a los cónsules ofreciéndoles ayuda militar. Censorino, intuyendo las intenciones del númida, respondió con cierto desdén que lo agradecía, pero que Roma no necesitaba la ayuda de nadie y que ya la pediría cuando lo estimase oportuno.

Aun desarmada, Cartago contaba con excelentes fortificaciones. Y los habitantes habían cifrado sus esperanzas en que las murallas pudieran detener a los romanos.

—Dicen —comentó Manilio— que son las mejores murallas del mundo. Y que tenemos a la Historia en contra. Nunca ningún ejército ha podido entrar en Cartago.

—¿Y qué decían de Troya antes de que cayera?

—comentó Censorino muy ufano.

Los soldados romanos empezaron a montar catapultas, torres de asalto, trazaban dibujos de la triple muralla de Cartago e incluso algunos trazaban planes de cómo superarla por el centro, por los costados o abriendo una brecha.

Escipión Emiliano seguía la febril actividad con gran atención,

como si no quisiera perderse el más insignificante detalle.

Una vez los cónsules Censorino y Manilio se reunieron, le mandaron llamar para decidir las siguientes actuaciones.

—Tribuno, te rogamos nos informes de los progresos.

—Nobles cónsules, la operativa marcha a buen ritmo. He mandado exploradores que se han acercado a las murallas tanto como las flechas enemigas les han permitido. Cartago está defendida por una triple muralla. Salvo, lógicamente, su acceso al mar. El perímetro completo de la muralla mide doscientos estadios. Es una gran longitud. Para hacernos una idea, Roma está a cien estadios de distancia del mar. En un primer nivel, solo consta de una zanja sobre la que se ha cavado un simple muro. No hay soldados defendiendo esa muralla. Da la impresión de que solo se trata de un puesto de vigilancia y de que la guardia que allí se forme debe refugiarse rápidamente más atrás en caso de ataque masivo. El segundo muro está construido en piedra y domina visualmente las defensas exteriores. Pero, tras estos, está el tercer nivel. Es una muralla mucho más difícil de penetrar. También debe de ser de piedra maciza. Mide regularmente unos cuarenta y cuatro pies de altura. La anchura la hemos estimado en treinta pies. Posiblemente haya guarnición viviendo dentro de dicha muralla para estar alerta en caso de ataque. Es lo suficientemente ancha. En su recorrido, cada seiscientos ocho pies se levanta una torre con centinelas, hasta un total de quince. Quien haya construido estas murallas tiene gran conocimiento, aunque contra el ejército de Roma van a poner a prueba su fama.

—Magnífico, tribuno. Que continúen los montajes de torres de asalto y catapultas.

Aunque en el interior de Cartago causó cierta sorpresa que los romanos no iniciaran el ataque de inmediato, decidieron seguir con su incesante actividad. Pescadores, herreros, labradores e incluso ancianos acudieron solicitando ser armados en un alarde de determinación. Las mujeres continuaban entregando su pelo. Y esta situación se prolongó durante dos meses sin iniciar las hostilidades.

—¿Qué hacen, mi señor? —preguntaba el Estornino.

—Aguardan —contestaba Asdrúbal—. Quieren ponernos nerviosos. Es parte de su estrategia.

Tumílcar mandó llamar a Asdrúbal para que le informara tanto a él como al Senado de los progresos en la preparación de la defensa.

—General, es mi impresión que los romanos se muestran en exceso confiados. No han procedido todavía a ningún ataque. Ni siquiera han intentado interceptar vuestra vuelta a Cartago. O bien dan esta guerra por ganada fácilmente, o bien desconocen vuestro indulto. En este último caso, sus sistemas de información deben de estar muy deteriorados. No debe de haber espías romanos ya en Cartago.

—Nobles senadores y noble sufete, en estos dos meses que estamos cercados hemos aprovechado la inactividad del ejército romano, lo que entendemos es una argucia para inquietarnos, en desarrollar armas defensivas a la mayor velocidad que las fraguas nos han permitido.

—¿Y cuál ha ido el fruto de esos esfuerzos? —preguntó uno de los senadores.

—Mi señor —contestó Asdrúbal—, disponemos de seis mil escudos, dieciocho mil espadas, treinta mil lanzas, ciento veinte barcos y sesenta mil proyectiles para las catapultas.

—¿Qué valoración hacéis de la situación, general? —preguntó Tumílcar.

—Nuestras fortificaciones son sólidas y nos hemos rearmado en lo posible. Y todo militar que se precie debe hacer una correcta medida de las fuerzas del oponente. Y he de decir, en honor a la verdad, que la superioridad romana sigue siendo incuestionable. Estamos necesitados de bronce y de hierro para hacer armas.

—Que se fundan el oro y la plata en su lugar —ordenó Tumílcar—. ¿Alguna apreciación más, general?

—Sí, mi señor. Quiero decir que, mientras mayor es la dificultad en una empresa, mayor gloria hay en conseguirla.

Asdrúbal irguió entonces su cabeza marcialmente, y dijo con

determinación una frase que sonó como promesa.

—Los romanos no entrarán.

Bostar adoraba el cuerpo ágil y flexible de Imilce en el lecho. Después de un duro día de trabajo y de los esfuerzos amatorios nocturnos ella dormía plácidamente. Y soñaba.

En su sueño se vio junto con su esposo a bordo de un barco. No sabían de dónde procedían ni cuál era su destino. Dos esfinges flotaban sobre la superficie del mar y movían lentamente y horizontalmente sus brazos como invitando a la nave a seguir su ruta. Súbitamente el mar, hasta entonces en calma, empezó a moverse y a sacudir el barco de una forma cada vez más violenta.

Se hizo de noche, y al mirar hacia las encrespadas olas, que parecían manejar el barco a voluntad, le pareció ver bajo ellas figuras de extraños y enormes animales marinos.

Miró hacia el cielo, preguntándose cuál podía ser el motivo de la falta de luz. Y vio una multitud de fantasmas en la atmósfera, moviéndose, y entrecruzándose entre ellos.

Poco después se vio en un pasillo, con paredes y techo de madera. Su marido avanzaba por él, espada en mano, insensible a los ruegos de ella que, desde atrás, le pedía que se detuviera. Pero no la escuchaba.

Imilce despertó sobresaltada. Bostar dormía. ¿Qué quería decir ese sueño? ¿Estaría la diosa Tanit intentando enviarle un mensaje que ella habría de descifrar? ¿O no era más que una amalgama de imágenes? Quizá habría que tener cuidado. Estuvo tentada de despertar a su marido para decirle que quizá no fue buena idea venir a Cartago. Quizá el sueño más hermoso pueda preceder a las peores pesadillas.

Capítulo 18

El primer ataque

Afueras de Cartago. Campamento romano

—¡Soldados de Roma! —arengaba Censorino, en quien Manilio había delegado esa función—. Ha llegado el momento de tomar Cartago. Lo haremos porque es nuestro objetivo. Porque representa el final definitivo de una contienda que dura ya más de cien años. Lo haremos, además, para mayor gloria de Roma. Gloria de la que todos vosotros formáis parte. Marte, dios de la guerra, estará con nosotros y nos dará la victoria. En marcha, soldados. En marcha, catapultas y torres de asalto. Hombres a los arietes.

Y se pusieron en marcha hacia las murallas.

—¡Luchemos hasta la última gota de nuestra sangre!

—gritó mientras disminuía el paso de su caballo y se dirigía hacia la retaguardia—. Mañana estaremos cenando en los jardines de Cartago.

Tan convencidos estaban de una victoria sencilla y rápida que ambos cónsules reservaron dos destacamentos de soldados para que no entraran en combate en principio. Serían los que desfilarían por las avenidas de Cartago una vez hubiera sido conquistada. Había que demostrar que el poderío romano era incontestable.

Era importante el efecto propagandístico. Los cónsules imaginaban ya a sus soldados menos castigados avanzando por las principales vías públicas cartagineses en perfecta formación, sin permitirse un traspié que alterara la marcialidad de su paso. Irían afeitados, depilados, con uniforme y calzado impecables.

Desde una de las torres que rodeaban la ciudad, el Estornino y Asdrúbal contemplaban la lenta pero inexorable marcha de los rectángulos de soldados romanos y de sus máquinas de guerra. Estaba claro que habían decidido que ese era el día del asalto.

—Mi señor —dijo el Estornino con preocupación—, el enemigo se ha puesto en marcha. ¿Qué ordenas?

Asdrúbal contempló la situación desde su privilegiada atalaya. Impresionaba. Estaban absolutamente rodeados y una desproporcionada tropa se dirigía contra ellos. Pero no era momento de dejarse abrumar. Había que tomar medidas. Cuando el enemigo se acerca en ese número, la más elemental lógica era no dejarle acercarse demasiado. Su primer movimiento era básico. Era elemental.

—Que se preparen los arqueros —ordenó.

El Estornino, antes de transmitir la orden miró a Asdrúbal con satisfacción. Su rostro parecía decir «has acertado a la primera».

—¡Soldados de Cartago! —arengó el Beotarca—. Vamos a demostrarles a esos romanos qué clase de hombres nacen en esta tierra. Ninguno de los soldados del gran ejército que se aproxima lo sabe aún. Pero lo van a saber. Van a probar los proyectiles de nuestras catapultas. Y van a escuchar el sonido de nuestros aceros. Y van a saber de lo que somos capaces. Sabemos lo que somos, pero no en lo que podemos convertirnos. Recordad que, por muy pequeña que sea la porción de suelo donde estáis luchando, estáis defendiendo Cartago. Y, si el barquero Caronte espera para llevarnos por el río de la muerte —desenvainó su espada y la levantó gritando— ¡hagámosle esperar!

Los romanos accionaron en marcha sus catapultas. Sobre las murallas de Cartago empezaron a sobrevolar piedras y maderas incandescentes. Esperaban de esta forma debilitar las murallas e impresionar a los habitantes.

—¡Formación de testudo! —grito Escipión Emiliano.

Al oír esta orden, los soldados romanos de primera línea, como un solo hombre, se solaparon colocando sus escudos uno junto con otro y continuaron avanzando. Parecían tortugas metálicas por donde asomaban lanzas.

Se acercaban torres de asalto. Se acercaban los hombres con arietes,

deseosos de arremeter ya contra las murallas. Justo entonces, recibieron una lluvia de flechas desde las murallas y empezaron a caer al suelo los hombres del primer ariete.

—¡No entrarán! —se desgañitaba Asdrúbal—. ¡No entrarán!

Algunos soldados romanos lograron llegar al pie de las murallas y empezaron a colocar largas escalas y a ascender por ellas. Los cartagineses lanzaron piedras, brasas, flechas, y los primeros hombres de las escalas caían al vacío.

—¡No entrarán! —gritaba el Estornino.

Uno de los soldados romanos llegó a coronar la escala y se introdujo de un salto dentro de la muralla. Fue el primero que llegó a franquearla. Se torció el pie derecho y cayó rodando, llegando a poca distancia de donde se encontraba Bostar.

El romano se puso en pie de un salto. Bostar y él se miraron. Estimó que debía de tener aproximadamente su misma edad. El cartaginés portaba espada y escudo, mientras que el romano una espada corta y su armadura. Los primeros golpes que se intercambiaron hicieron saltar chispas de las espadas y aceleraron el corazón de ambos. Los ataques y fintas de ambos contendientes parecían una especie de danza macabra y aterradora.

El dolor en el pie del romano fue mermando su movilidad, y empezó a encontrar dificultad en apoyarse sobre él y mantener el equilibrio. Quizá se lo hubiera fracturado. Con gran torpeza, aunque con mucho brío, Bostar aprovecho esa desventaja del rival y logró hundir parte de su espada en el costado izquierdo del romano. Oyó el alarido. El romano cayó al suelo.

Pero se seguía moviendo. Se retorcía, maldecía en su lengua, y tenía aún fuerzas para hacer que su espada trazara círculos en el aire intentando herir a Bostar. Este último, admirado por esa demostración de instinto de supervivencia, se preguntó qué más tendría que hacer para acabar definitivamente con tan enconado enemigo. No era fácil matar a alguien. Poco más tarde, otro cartaginés arrojaba al romano desde la muralla al vacío.

Se quedó mirando a Bostar. Tenía sangre en los brazos, que debía de ser ajena. Levantó la espada, y gritó con la mirada puesta en el joven.

—¡No entrarán!

En pocos minutos el combate era ya sangriento. Allí caía desde la muralla hasta el suelo un romano, allí caía un cartaginés. Calor, fuego, humo. Para un combatiente inmerso en el fragor de una batalla resulta muy difícil saber cómo esta se está desarrollando. Toda su atención está puesta en mirar al rostro del adversario y en estudiar sus movimientos. Y, si logras predecirlos, la victoria está cercana. En definitiva, intentar seguir con vida y, si se puede, auxiliar a algún compañero que pase apuros.

De la evolución de la batalla en su conjunto están pendientes los generales. Y lo cierto es que la batalla se alargaba. Al cabo de varias horas los soldados de ambos bandos daban ya muestras de cansancio. Parecía que el levantar las espadas les suponía un esfuerzo que no todos podían culminar con la misma facilidad. Tan largo había sido el desarrollo de la batalla, que los romanos se percataron de que los cartagineses estaban presentando mucha más resistencia de la que esperaban.

Censorino pasaba revista junto con sus ayudantes a los distintos lugares donde los enfrentamientos estaban siendo más intensos. Le llamó la atención que los defensores habían hecho uso de largos troncos de madera en forma de «Y» con los que habían ido empujando cada una de las escalas que los romanos tendieron para intentar acceder a las murallas. No quedaba ninguna en pie.

Llegaban de vuelta gran número de soldados heridos, unos caminando por su pie, otros traídos por compañeros que reclamaban la presencia de físicos. También era evidente que los arqueros cartagineses habían asaeteado concienzudamente a los hombres que empujaban los arietes.

Por lo tanto, no hacían falta muchos conocimientos de estrategia militar para saber que el ejército romano estaba recibiendo más daño del que estaba infligiendo.

Entonces dio la orden que nunca habría esperado hacer cuando empezó la refriega. Mandó al heraldo tocar retirada.

Los soldados romanos iniciaron el retroceso hasta el campamento. Unos corrieron a pie, y los más afortunados atraparon un caballo huérfano de jinete.

Los cartagineses se quedaron boquiabiertos. Los romanos estaban huyendo. Habían sido capaces de detener a las águilas. Unos simples ciudadanos con arrojo le habían plantado cara al mejor ejército del mundo. Su determinación y su coraje habían valido más que la preparación de los militares.

Los romanos empezaron a escuchar gritos provenientes de las murallas. Gritos que, poco a poco, se fueron transformando en una especie de cánticos. Al principio solo escuchaban pronunciar tres sílabas, pero no captaban su sentido.

—Están rezando —aventuró Manilio.

—No rezan —afirmó Escipión Emiliano—. Corean un nombre.

Efectivamente. Los cartagineses recordaban gestas pasadas que sus padres les habían narrado. Y, espontáneamente, habían empezado a gritar, enfervorizados, el nombre de quien una vez hizo temblar a Roma.

Aníbal.

Capítulo 19

Reflexiones

Aquella noche, en el campamento romano, había algunas apreciaciones pesimistas, pero, sobre todo, muchos silencios.

—Han tenido mucha suerte —decía un soldado.

—Yo creo que estaban mejor preparados de lo que esperábamos —decía otro.

—Yo pienso que Marte no nos ha ayudado tanto como necesitábamos —aventuró un tercero.

—La cuestión —intervino un cuarto— es el pobre rancho que comemos. ¿Creéis que se puede tener energía con esto? Ya os digo, se están ahorrando la comida del ejército. Y después querrán victorias.

—Pues yo creo —dijo el primero— que los cónsules no se esperaban una resistencia tan fuerte.

—¿No se esperaban —preguntó el cuarto— que defendieran su ciudad?

—He oído al cónsul Manilio decir que esto no es más que un leve contratiempo —aportó el tercero.

—Yo creo —aventuró el segundo— que esta guerra no es más que un ajuste de cuentas entre políticos.

—¡Silencio! ¡No es noble hablar mal de la república!

—interrumpió Escipión Emiliano irritado, apareciendo de la oscuridad—. Yo me alimento de lo mismo que vosotros. Y también pasaré hambre si vosotros la pasáis.

Sonaron tan auténticas sus palabras que los soldados callaron de inmediato.

—La toma de Cartago llevará más tiempo —explicó Escipión Emiliano—. Mañana se iniciará un sitio en regla.

En el interior de Cartago se respiraba alivio y una alegría contenida. Todos felicitaban a Asdrúbal.

—No me felicitéis solo a mí. El éxito es de todos. Como habéis podido comprobar, los romanos solo dejan tras de sí muerte y destrucción. Pero si hemos resistido hoy, podremos hacerlo mañana. Y el día siguiente. No entregaremos jamás la ciudad. ¡Cartago no se rinde!

—Creo que estos aquí hay suficiente número de troncos que pueden servir —decía uno de los soldados que acababa de entrar en un pequeño bosque.

—Necesitamos más hachas —comentó su compañero—. ¿Para qué ha establecido el cónsul Censorino el campamento junto a la laguna?

—Quiere más madera. Se necesita mucha madera para reparar las torres de asalto que han sido dañadas.

El grupo de soldados avanzaba internándose poco a poco en el territorio boscoso. Era curioso que, aunque a bastante distancia en muchas direcciones lo único que se veía era desierto, allí, junto a la laguna, hubiera surgido un bosque. La verdad es que el agua dulce debía de ser un bien muy preciado por los alrededores.

—¿Qué te parece este árbol?

Pero no hubo respuesta de su compañero. Solo el ruido de un cuerpo al caer.

—¿Lucio? —le llamó.

En ese momento una flecha voló hasta clavarse en el árbol que él, justo antes, pretendía talar.

—¡Nos atacan! —gritó—. ¡Nos han emboscado!

Aquel destacamento romano que Censorino había mandado, casi

inocentemente, a recoger leña, habría sufrido una emboscada. Empezaron a sufrir bajas. Las flechas cartaginesas salían de la nada, y los jinetes púnicos, espada en mano, iban abatiendo un soldado romano tras otro. Y, montando un brioso caballo blando y dando órdenes, pudieron ver al general Imilco Fameas.

—Esto se pone muy mal —empezaron a repetir los soldados romanos.

Cuando ya casi habían perdido toda esperanza y veían próximo el momento de echarse las manos al bolsillo para darle una moneda a Caronte, un grupo de jinetes romanos apareció galopando en su auxilio. Al frente de todos ellos iba el tribuno Escipión Emiliano.

Los cartagineses se retiraron a la ciudad de nuevo. Para los romanos que sobrevivieron al ataque la aparición del tribuno había sido providencial. De no haber sido por él, la guerra ya habría acabado para ellos. El tribuno podría ser un hombre duro, pero la estimación en que los soldados lo tenían creció ese día. Del mismo modo, Censorino agradeció su rápida intervención que evitó un desastre aún mayor del que su error podía haber provocado. Calculó después haber perdido cerca de quinientos hombres.

—Me las pagarán —rumiaba Manilio. Y empezó a dar órdenes disponiendo un nuevo intento de asalto a las murallas.

Las torres, los arietes, los caballos, las escalas. Todo se empezó a mover a base de gritos de un enfurecido Manilio y por obra de los músculos de los soldados.

Escipión, montado a caballo, indicó a un destacamento de soldados que formaran en rectángulo y esperaran órdenes suyas.

El visceral intento de asalto del cónsul Manilio se volvió a medir contra la dura defensa de los púnicos. Las escalas volvieron a ser empujadas antes de que ningún soldado romano coronase su escalada con éxito.

Y entonces los romanos vieron algo insólito. Los cartagineses lanzaron al vacío varias cajas de madera que tenían la altura de dos hombres. Los romanos se apartaron para evitar verse aplastados,

aunque a la mayoría lo que acababan de ver les parecía una pobre defensa.

Las cajas saltaron hechas añicos tras su impacto en el suelo y entonces pudo verse su contenido. En unas había escorpiones, y en otras serpientes venenosas. Y en cantidades de cientos.

Los animales, tras verse liberados después de la limitación de movimientos que tuvieron durante su encierro, empezaron a desplazarse con rapidez. Y a buscar presas.

Se escucharon gritos de pánico.

—¡Me han mordido! Por Júpiter. ¡Que alguien nos ayude!

Asdrúbal el Beotarca reía desde lo alto de una de las torres.

Escipión ya se había puesto en marcha. Ordenó a cada soldado que tenía junto a él que acudieran al frente a caballo y recogieran a los soldados que hubiesen sufrido mordeduras que podían ser letales. Mandó también que se acercaran los físicos y que una formación de testudo les cubriera de flechas y jabalinas.

Para la mayoría del ejército empezaba a quedar patente que el tribuno se conducía con más acierto, racionalidad y prudencia que sus superiores, los cónsules.

Los días siguientes no fueron mejores para los romanos. La laguna no debía tener sus aguas en buen estado, y los soldados allí acampados empezaron a presentar enfermedades y a causar bajas para el ataque.

Los cartagineses, en cambio, crecidos, decidieron incluso pasar al contrataque. Y una noche atacaron inesperadamente el campamento romano incendiando gran cantidad de arietes y torres de asalto.

Una vez más, el tribuno Escipión intervino ante la incompetencia de los cónsules. Decidió hacer tres grupos de jinetes de forma que uno atacaba a los asaltantes, otro se mantenía a distancia a medio galope y otro descansaba. Después el primero se replegaba y entraba en acción otro de los grupos alternativamente. Así los púnicos tenían la sensación de que el hostigamiento era constante.

Una vez más los romanos tuvieron que alabar el ingenio y buen hacer del tribuno.

La incursión de los cartagineses no llegó a causar todo el daño que hubieran esperado por la rápida actuación de Escipión.

Asdrúbal, siempre pensando en devolver el golpe, decidió que había que mandar a los romanos el mensaje de que se, si seguían con el asedio, se lo iban a hacer pasar lo peor posible. Si los romanos recurrían a la guerra psicológica les iban a corresponder de la misma manera.

—Mi señor —le decía el Estornino conocedor de sus pensamientos —, deja correr a tu cólera como si de tu caballo se tratara. Destruye y grita si ese es tu deseo. El dolor se apaga con sangre.

Una mañana, ante los ojos del ejército romano, aparecieron en las murallas de Cartago algunos prisioneros desnudos y crucificados, aunque aún vivos. A una orden de Asdrúbal los infelices empezaron a ser torturados y mutilados.

El exceso de sangre y la sensación de triunfo había disparado la excitación del Beotarca y la adrenalina multiplicaba los latidos de su corazón y ampliaba sus pupilas. Ciego de un macabro júbilo, gritaba a sus soldados que los buitres se saciarían de carne romana.

Capítulo 20

La interrupción

Una mañana llegó una delegación desde Roma.

—Venimos a informar al Senado de los progresos en el asedio a Cartago.

—Podéis decir al Senado —dijo Censorino irritado— que los progresos son precarios.

—Traemos también un mensaje para el tribuno Escipión Emiliano. Y otra indicación del Senado.

—Yo soy Escipión. ¿Qué mensaje es ese? —dijo el aludido.

—El rey númida Masinissa se muere. Y reclama vuestra presencia.

—Me pondré en marcha de inmediato hacia Numidia. Le prometí que acudiría en este momento.

—¿Y qué otra indicación traéis del Senado? —preguntó Manilio.

—El asedio a Cartago —respondió el delegado— debe interrumpirse por razones logísticas. Y los nobles Censorino y Manilio deben volver a Roma para preparar los comicios para elegir a los próximos cónsules.

—Los barcos romanos intentan bloquear el puerto —observó Bostar —. ¿Qué haremos si no dejan entras provisiones?

—Usar nuestra imaginación —le contestó Aurelio.

Empezó a dar órdenes a los jóvenes pescadores y marineros del puerto. Les pidió que trajeran botes, cables, cuerdas, ganchos. Mandó a las mujeres coser distintos trozos de tejidos a modo de pequeñas velas.

No podían evitar, cada cierto tiempo, mirar hacia el mar abierto. Las galeras romanas se habían instalado a cierta distancia unas de

otras, expectantes. La proa de todas ellas miraba a la entrada del puerto.

Aurelio indicó en qué partes del puerto debían ser instalados sólidamente los ganchos y a través de ellos pasaron cuerdas y cables que, a su vez, fueron amarradas a los botes. Parecía que parte del puerto púnico fuera un gigantesco instrumento musical necesitado de que le afinasen las cuerdas.

No hicieron nada más ese día. Ni el siguiente.

Una mañana, Aurelio comprobó que el viento soplaba desde la tierra hacia el mar.

Pidió urgentemente estopa y azufre y mandó colocar las pequeñas velas en los botes. Prendió un poco de fuego en el interior de cada bote y, con el sistema de cuerdas y cables los manejó de forma que salieron a mar abierto al encuentro de los barcos romanos.

Algunos de los botes alcanzaron a navíos romanos y causaron desperfectos con el fuego. No era algo rotundo, pero sí que fue muy válido para dar a conocer que iban a poner el asalto al puerto realmente difícil.

Lo cierto es que, para tener capacidad de reacción, las naves romanas se retiraron a una distancia que permitía a los barcos púnicos burlar el bloqueo y seguir en lo posible con sus actividades comerciales.

—¿Has pensado alguna vez qué podría pasarte si los romanos descubren el daño que les has hecho? —le preguntó esa tarde Meroe con preocupación.

Para Aurelio su esposa no solo era la más bella de Cartago, sino del mundo. Había conocido bellezas romanas en la primera parte de su vida, pero no guardaba recuerdo de ninguna como lo hacía de la poseedora de aquellos ojos negros en aquel rostro aceitunado que vio al despertar aquella mañana. Para él, su esposa nunca sería más bella de lo que lo era ahora. Nunca se marchitaría.

—Más peligro hay en tus ojos —contestó— que en cien espadas

romanas.

—Esto te ayudará en tu empresa —dijo Luida a su esposo tendiéndole un objeto oculto en su mano derecha cerrada.

Sus dos hijos pequeños miraban.

—¿De qué se trata? —preguntó Asdrúbal recogiéndolo.

Abrió la mano y observó un objeto peculiar. Tenía la forma de una mano. El dedo medio era el más largo, y los dedos anular e índice, que eran algo más cortos que el anterior, tenían la misma longitud. En lugar de tener un dedo meñique tenía dos dedos pulgares, que estaban algo curvados hacia el exterior de la mano. Así se completaba la simetría en toda la figura.

En la base del objeto había un círculo y en su interior un ojo abierto. Y en los dedos distintos motivos de hojas y corazones.

—Es una jamsa —explicó su esposa—. Si la llevas, la diosa Tanit te protegerá en el frente. Muchas mujeres de Cartago se lo están dando a sus maridos y prometidos para que vuelvan vivos de la lucha. Yo quiero que te proteja a ti. Quiero que te mantengas vivo.

El Beotarca aceptó el objeto por respeto a su esposa. Como si, cuando llegara el día en que se demostrara que el objeto era inútil, no supondría para él ningún disgusto ni decepción.

Pensó que los vendedores de amuletos podrían estar encontrando cierto mercado con la guerra. El comercio es el comercio y en eso cada mercader utiliza sus tácticas.

—Te agradezco que lo aceptes —dijo su esposa—. Bien sabido tengo que no crees mucho en dioses ni amuletos. Pero de sobra sé que hay muchas mujeres en Cartago que estarán en sus casas estos días esperando a hombres que no volverán nunca.

Capítulo 21

La sucesión del rey

Palacio de Cirta. Varios días después

Escipión desmontó del caballo al llegar a la puerta del palacio. Recordó que su maestro Polibio le había hablado en varias ocasiones de la cultura judía. Eran un pueblo peculiar, y muy extendido por todos los rincones del Mare Nostrum. En uno de sus libros sagrados estaba escrito que el hombre no era más que un puñado de barro al que alguien había prestado vida, y que en algún momento había que devolver el préstamo. Y para Masinissa había llegado ese momento.

Al entrar en el palacio se encontró con Micipsa, el hijo mayor, que se echó en sus brazos y empezó a sollozar.

—Mi padre acaba de morir, tribuno. ¡Qué lástima que no haya podido verte antes de marcharse! Te apreciaba mucho.

En efecto. El gran rey númida, que había logrado reunir un grupo de tribus diseminadas por la región, que había conseguido forjar una unidad entre ellas, y hacer que se sintieran pertenecientes a un proyecto, yacía ahora en su cama y no era más que un humilde cadáver.

Escipión pensó que el hombre podía ser rico o pobre, rey o mendigo, pero su final siempre era el mismo. La muerte era la suprema igualadora.

Dado que la voluntad de Masinissa era que Escipión gestionase la herencia, se puso manos a la obra tras el sepelio. Había que evitar enfrentamientos entre los tres hijos, que, aunque sabedores de la voluntad de su padre, podían ser fáciles víctimas de la codicia. Y, además, había que dividir el reino númida de forma favorable a los intereses de Roma. Para nada convenía crear otra fuerza en África que pudiera hacerles sombra de nuevo.

Repartió una generosa cantidad de dinero y bienes entre sus hijos

ilegítimos. Entregó a Micipsa el palacio de Cirta. A Mastanábal, tan versado en leyes, le nombró juez supremo ante cualquier conflicto. Y, sabedor de las inquietudes militares de Gulussa, le nombro jefe del ejército, con potestad para declarar la guerra y la paz. Del mismo modo, pidió a Gulussa ayuda contra la caballería cartaginesa, que este le proporcionó de inmediato.

A su partida el reino de Numidia, lejos de estallar en guerra por la sucesión del rey, quedó en gran estabilidad, y Roma no sería ajena a las gestiones del tribuno.

—Mi señor —expuso Asdrúbal a Tumílcar—, vengo a informaros de que hemos tenido una importante deserción. El general Imilco Fameas, a cuyo cuidado dejaste la defensa de esta ciudad junto conmigo, ha desertado al enemigo.

—¿Cómo ha sido posible eso, general? ¿No confiaba en nuestros recursos? ¿O ha dado ya nuestra situación por perdida?

—Corren rumores de que, tras una escaramuza, fue visto hablando con un tribuno romano. La reunión se desarrolló con mucha discreción y él lo negó todo cuando le pregunté. Lo cierto es que también tenemos la deserción de unos dos mil quinientos jinetes. Casi con toda seguridad se habrán ido con Fameas.

—Esto es un acto de traición sin precedentes —dijo el sufete indignado—. Es impropio de alguien que ame a su patria. Impropio como general y como hombre. La defensa va a exigir aún más esfuerzo.

Capítulo 22

Los comicios

Roma. Campo de Marte. Año 148 a.C.

El cursus honorum regulaba que no se podía ocupar un determinado nivel de magistratura sin haber ostentado antes el anterior. Un ciudadano romano aspiraba primero a ser cuestor, luego edil o tribuno, más adelante pretor, y finalmente cónsul, el escalafón máximo.

Al tener lugar comicios cada año, podía dar la impresión de que Roma estaba en una campaña electoral casi continuamente. Los candidatos debían tener una amplia fortuna. Los cargos no eran remunerados ya que se consideraban un honor. Luego la solvencia económica era la única forma de sufragar una campaña.

Algunos lo consideraban como una especie de inversión ya que, una vez conseguido el cargo de gobernador en alguna provincia, podrían resarcirse de los gastos gravando impuestos, especialmente a los ciudadanos no romanos.

Cada ciudadano votaba en su tribu o centuria, es decir, en conjuntos de cien ciudadanos varones en edad militar. Una vez recontados los votos de esta, se emitía un voto hacia uno de los candidatos según la mayoría de dicha centuria; ese era su candidato. Al haber centurias más numerosas que otras hacía que el voto de los ciudadanos no contase por igual. De la misma forma, había centurias con más potencial económico que otras, y era las que solían recibir más atención por parte de los candidatos.

Así funcionaba esa especie de alquimia electoral que los romanos habían diseñado convencidos de que sintetizaba la voluntad popular.

El hecho de que hubiera cierta cantidad de cargos públicos, pero solo dos plazas para ser cónsul, hacía de estas elecciones las más duras. No solo las competencias, sino el linaje de cada candidato podía ser puesto en entredicho por sus adversarios con tal de

triunfar en las elecciones.

En algunos comicios varios candidatos fueron acusados de corrupción al intentar la compra de votos. Cualquier sistema político, por mucho esmero con que sea diseñado, siempre hay quien intenta burlarlo.

Hacía una semana, ya que esa era la duración habitual de la campaña electoral, que los candidatos habían hablado en el foro, luciendo la toga blanca que les caracterizaba como tales.

No había faltado quien se había acercado a los candidatos ofreciendo amistad y a la espera de conseguir futuros beneficios si prosperaba su elección.

Las mujeres no podían votar, pero tenían su ámbito de influencia en el seno de las familias, y en las relaciones laborales daban su opinión a clientes sobre quién podía ser mejor candidato que otro.

Los candidatos tenían mucho cuidado de hacer promesas. Pensaban que, después, tendrían que cumplirlas. Y ponían todos sus esfuerzos en mostrar una buena imagen y en mandar mensajes lo más ambiguos posible intentando contentar a todos.

El tribuno encargado, tras una tensa espera, iba a dar a conocer los nombres de los vencedores de los comicios.

—Tras el recuento final, y como segundo cónsul, ha resultado elegido el candidato Lucio Calpurnio Pisón Cesorino.

Se escucharon murmullos, unos de aprobación, y otros de sorpresa. Y se hizo de nuevo el silencio para conocer el nombre del otro afortunado.

—Y como primer cónsul, ha resultado elegido el candidato Espurio Postumio Albino Magno.

Roma ya tenía sus dos nuevos cónsules para el siguiente mandato anual. Quedaba por saber qué actitud tendrían respecto a las mejoras que la ciudad necesitaba y si podrían resolver el problema logístico surgido durante el asedio a Cartago.

Sempronia se despertó y se percató de que se encontraba sola en el lecho. En los múltiples viajes que su marido había hecho se había acostumbrado a despertarse y a acostarse sola, pero sabía que él estaba en casa ahora.

Se incorporó en la oscuridad de la noche y salió al pasillo. Los esclavos dormían. Lo único que se podía escuchar era el sonido del viento que se filtraba por las hojas de los arbustos del jardín.

Cuando salió al patio le llamó.

—Publio.

—Estoy aquí —le contestó desde la azotea—. Sube.

Sempronia subió hasta donde se encontraba su marido. Este le señaló un resplandor lejano.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Un incendio. Una parte de Roma se está quemando.

—¿Crees que pueda llegar hasta aquí?

—No lo creo. Está muy lejano. Es en un suburbio. En esos sitios las casas están apiñadas. Si se produce un incendio en una es muy fácil que se propague a la de al lado, y de esta a las demás. Los destrozos serán importantes. Allí la gente vive como ratas. Dicen vivir en Roma, en el centro del mundo, y lo que tienen es una mísera vivienda que puede convertirse en una trampa mortal.

Sempronia le acarició el brazo.

—Esta mañana ha sido espectacular el desfile. He convencido al general Imilco Fameas de que se pase a nuestro bando en el conflicto de Cartago. Lo he presentado y ha sido recibido con honores. El Senado le ha recompensado con un caballo de pura raza, una tienda y una considerable suma de dinero. Se le ha pedido que se sume a nosotros en la lucha contra los cartagineses y ha aceptado. Su información nos va a ser muy valiosa.

—Otro logro gracias a ti. Cuando seas cónsul podrás hacer grandes

cosas. Seguro que serás un buen cónsul.

—¿Cónsul yo? —rio Escipión—. Me faltan aún seis años para tener la edad mínima. En todo caso podría aspirar a presentarme a edil el próximo año.

—Buena idea. Hazlo. Quizá si iniciaras una carrera política podríamos tenerte más tiempo en Roma. Y sería menos peligroso para ti. Sé lo que es la familia de los Escipiones porque pertenezco a ella. Ya sé que el ejército es tu vida, pero cada vez que sales de Roma le pido a los dioses que te vuelvan a traer con vida. Sé que la búsqueda de la grandeza y de la gloria obsesiona a muchos hombres a embarcarse en guerras y aventuras. Y eso hace que muchos no vuelvan a casa. Vemos la gloria de los que regresaron, pero no de los que lo intentaron y no volvieron. Y creo que estos últimos son muchos más.

—Sé que es un riesgo. Y que es un motivo de inquietud para ti. Pero créeme, en el campo de batalla llega un momento en que el riesgo lo ves como algo relativo. La vida cotidiana supone un riesgo. A caer, a enfermar, a ser traicionado por alguien en quien confías. Pero tengo el convencimiento de que milito en el mejor ejército del mundo.

Reflexionó durante unos instantes, como si quisiera encontrar las palabras justas que reflejaran una fiel expresión de sus pensamientos. Como si el lenguaje fuera escurridizo para sus emociones.

—A veces me hago preguntas. ¿Resonarán nuestros actos en el futuro? ¿Nos recordarán cuando ya no estemos? ¿Habrá niños que pregunten a sus padres quiénes fuimos? ¿Preguntarán cómo luchamos, vivimos, rezamos o amamos? ¿Sabes? Polibio cuenta una historia de los judíos.

—Ya. Siempre el maestro Polibio.

—Dice que en uno de los libros sagrados de ese pueblo se cuenta la historia del primer hombre y de la primera mujer. Vivían felices en el jardín del Edén, en algún lugar en Mesopotamia, con todos los placeres posibles y todas las necesidades resueltas. Pero decidieron

probar una fruta de un árbol prohibido. Buscaban el conocimiento y lo consiguieron. Pero a cambio pagaron el precio de su ingenuidad.

—¿Qué quiere decir la historia?

—Que es algo humano cometer errores. Que, a veces, nos asalta el deseo de probar algo que sabemos que nos puede perjudicar. Que, en ciertos momentos, hay motivos irracionales que llegan a ser irresistibles para nosotros.

—Bueno. Lo único que tiene que ser irresistible ahora para ti soy yo —le besó y le atrajo hacia el dormitorio.

En la mente de Imilco Fameas nunca había surgido la idea de convertirse en un traidor. De pequeño siempre escuchaba de la boca de sus mayores que los hombres tienen que ser fieles a sus ideas y a sí mismos.

Pero la conversación secreta con Escipión Emiliano le había cambiado. O bien, más que cambiar, le había dado elementos que exigían cierta reflexión. Eran muchas las consecuencias que podían desprenderse de esa decisión. El tribuno romano estaba en lo cierto en lo que le decía. Roma podría mandar contra Cartago un ejército tras otro, mientras que los sitiados no podrían multiplicarse. La ciudad sería, tarde o temprano, cercada y estrangulada de forma que no pudiera respirar ni abastecerse.

El resultado de la contienda estaba claro, a no ser que Roma renunciara unilateralmente a continuar el acoso. Era evidente que lo mejor era estar en el bando ganador.

Y lo importante era ganar. Repasó brevemente la historia bélica que conocía y llegó a la conclusión de que traidor era la palabra que los vencidos le decían al vencedor.

La recompensa era grande. Dinero, tierras, reconocimiento, premios. Y todo lo necesario para acallar la conciencia. ¿O quizá la conciencia no se podría acallar del todo? Puede que durante un periodo de tiempo, pero no para siempre. Quizá llegara una vez un día en que tuviera que explicar a sus hijos lo que era un proceder honesto. Quizá en el momento de su muerte el remordimiento por

el acto de su traición danzara aún en su mente.

Jamás pensó antes en ser un traidor. Pero ocurrió. De la misma forma en que alguien no piensa en la enfermedad, pero una noche se acuesta sano y a la mañana siguiente se levanta enfermo.

Lo áspero de la traición es que requiere la imprescindible condición de la confianza de la víctima. Tumílcar le había encomendado a él, junto con Asdrúbal, la defensa de la ciudad. Pero precisamente, la traición lo es porque nunca es esperada por el traicionado.

Era un consuelo pensar que no había sido el primero en tomar esa decisión. Recordaba a Efialtes de Tesalia. Traicionó al rey espartano Leónidas que resistía heroicamente en el desfiladero de las Termópilas cuando les indicó a los persas un paso alternativo para caerles por la espalda. Con total seguridad el rey Jerjes le habría prometido una gran recompensa.

Los hebreos contaban la traición de Caín sobre Abel. Contaban también la traición que sufrió José. El undécimo hijo de Jacob fue traicionado por sus propios hermanos, que, movidos por la envidia de verle favorito del padre, fue vendido como esclavo al faraón de Egipto. ¿Puede haber algo más execrable que una traición entre hermanos?

El mismo Jacob, padre de esos doce hijos, también se aprovechó de un momento de debilidad cuando tuvo ocasión. Su hermano mellizo Esaú era el primogénito porque había nacido pocos minutos antes. Pero un día que Esaú volvió agotado tras una dura jornada de caza, Jacob consiguió los derechos de primogenitura tras venderle el guiso que estaba a punto de comerse.

Fameas pensó que los judíos debían ser un pueblo peculiar. Tenían un libro sagrado que gustaba de narrar traiciones entre hermanos.

Sabía que debía tener mucho cuidado en el futuro, porque las traiciones no se olvidan y fluyen en todas direcciones. Podía acabar como Aníbal, que tuvo que apurar el veneno que guardaba en el anillo que siempre llevaba consigo cuando supo que el rey de Bitinia le había traicionado e iba a entregarle a los romanos.

Pero en la mente de Imilco Fameas no reinaba la maldad. Solo había habido un conflicto de intereses entre sus principios y sus beneficios. Y ese combate ya tenía un ganador.

Muy distinta eran las sensaciones de los traicionados, que iniciaban un viaje hacia su interior buscando respuestas que casi nunca encontraban. La única respuesta era que había que aceptar la evidencia.

En las mentes de Tumílcar y de Asdrúbal surgió una exagerada necesidad de escuchar explicaciones. Pero no las había.

—Lo más triste de la traición —decía el sufete al general— es que no viene de tus enemigos. Pero en este crítico momento debemos de creer que la traición, aunque es dolor, no significa derrota.

—Mi señor —dijo Asdrúbal—, no soy hombre en exceso confiado y he visto en el campo de batalla y en los salones de los palacios lo suficiente como para saber que no todo el que te abraza te aprecia. Pero sigo diciendo lo que ya os dije. Los romanos no entrarán.

—Aprecio vuestro coraje, general. Pero debemos ser cautos. La lealtad nunca tiene una muerte natural.

Capítulo 23

De vuelta a África

Roma. Campo de Marte. Año 147 a.C.

—Primo, tienes auténticas posibilidades de conseguir ser nombrado edil —decía excitado Escipión Nasica—. Pesan mucho en tu favor los logros que has conseguido en los últimos años. El auxilio a las víctimas del incendio, tu campaña en Libia, tu campaña anterior en Hispania, las vidas que salvaste en el sitio de Cartago ante la incompetencia de tus superiores. Pero resolver el problema de la sucesión de Masinissa, evitando enfrentamientos internos y consiguiendo que Numidia siga siendo amiga de Roma, fue genial.

—En este momento —dijo Escipión Emiliano— lo que me pregunto es de qué forma puedo servir mejor a la república.

—El pueblo sabe de sobra que tu educación tuvo una gran influencia helenística, y que Polibio es gran amigo tuyo y fue tu maestro. Pero también reconocen que eres un firme defensor del tradicionalismo romano. Has logrado hacer una buena mezcla.

—¿Quién está ahora —preguntó Sempronia— al mando de las tropas contra Cartago?

—El cónsul Pisón. Dicen que es un desastre. El avance es nulo. Las murallas de Cartago parecen impenetrables. La falta de éxito en las operaciones militares de Pisón es obvia.

—Imagino que eso va a pesar para que Pisón pueda acceder a otro cargo público. Yo, concretamente, no siento ninguna afinidad por los extremismos del partido conservador. Ahora debaten sobre el reparto de las tierras.

—Primo —le echó las manos a los hombros afectuosamente—, la campaña de Cartago lleva camino de quedar bloqueada. Se pierde dinero. Se pierden vidas. Las mujeres empiezan a preguntarse cuándo volverán sus hombres. Existe ya la creencia de que solo un descendiente de Escipión el africano podrá entrar en Cartago. El

pueblo ha empezado a llamarte «Escipión africano el joven».

—Como he dicho otras veces, yo serviré a los cónsules donde crean conveniente.

El gentío esperaba, expectante, el resultado de las elecciones para saber los nombres de los nuevos cónsules. Los cónsules salientes, muchos miembros del Senado y los tribunos de la plebe se encontraban presentes. Los aspirantes se habían paseado entre la muchedumbre los días anteriores ofreciendo la imagen más amable posible.

Llegó el momento en que uno de los tribunos de la plebe iba a dar el resultado de los comicios.

—Ciudadanos de Roma, tras el recuento final, ha sido elegido como segundo cónsul Cayo Livio Druso.

Se escucharon murmullos entre los presentes que hacían valoraciones de lo que el nombramiento suponía.

—Y ha obtenido votos para ser nombrado primer cónsul… Publio Cornelio Escipión Emiliano.

La sorpresa fue general. Algunos mostraron cierto reparo y otros, incluso indignación. Los rostros de Sempronia y de Polibio rezumaban alegría que no se esforzaron en contener.

—¡Serenaos todos! —dijo Pisón, ya cónsul saliente—. Escipión Emiliano no puede ser nombrado cónsul. No tiene aún la edad suficiente. Esta elección no es válida.

—¡El pueblo ha votado! —gritó Nasica defendiendo calurosamente a su primo—. Y si el pueblo romano vota y expresa su voluntad, justo es respetarla.

—La ley debe cumplirse —insistió Pisón— y hay un impedimento legal y formal para el resultado de esta elección.

—Como tribuno de la plebe apelo también a la ley. Y sabedores somos que, a petición del pueblo, una ley puede suspenderse temporalmente en circunstancias excepcionales si se estima

oportuno. Ya volveremos a observar el límite de edad en las próximas elecciones.

Pisón se vio realmente sorprendido. Y lo cierto es que no tenía argumentos en contra lo que el tribuno había expuesto. Miró al recién elegido Cayo Livio Druso. Pensó que se quedaría más tranquilo y el otro cónsul daba su consentimiento. Druso evitó mirar a nadie.

—Por lo tanto —zanjó el tribuno— que las leyes de Roma duerman esta noche. Ya tenemos nuestros dos nuevos cónsules.

—Me sentiré muy honrado —intervino Druso— en ostentar el cargo de cónsul con un ciudadano tan estimado como Publio. Y quisiera decir, ante todo, que la guerra que Roma sostiene en África contra Cartago se torna larga y exige ya una solución. Me ofrezco para ir a África a ponerme al frente del ejército.

Druso procedía de una familia plebeya, aunque de situación muy acomodada. Quizá pensara que con dinero se podía solucionar casi todo.

—Y si Escipión Emiliano —invitó— desea también ese honor, propongo que lo echemos a suertes.

—No estoy de acuerdo —terció el tribuno de la plebe—. Si ambos cónsules desean el mando del ejército en dicha campaña, lo correcto es que lo sometamos a votación.

Escipión Emiliano ganó la votación por un margen aplastante.

Se sintió momentáneamente abrumado por el curso de los últimos acontecimientos. Era cónsul y volvería a África. Las felicitaciones de su esposa, de Polibio y del resto de los amigos y familiares parecían haberle transportado a otra dimensión. Veía los sucesos como imágenes en un sueño.

—Publio —le felicitaba Polibio—. Magnífico, magnífico. Si me permites una pequeña broma, creo incluso que el ausente Catón, a quien guarden los dioses, estaría satisfecho. Eres la persona indicada. Ven, hay alguien que tiene interés en conocerte.

El individuo en cuestión tendría unos cuarenta años, y su aspecto era griego. Vestía como tal con prendas amplias de colores ocres y verdes y estaba tocado por un gorro rojo.

—Se llama Panecio. Es griego, como yo. De la isla de Rodas.

—Me alegra conocerte —dijo Escipión aún abrumado—. Un amigo de Polibio me tendrá a mí como amigo. ¿Cuál es tu oficio? ¿También maestro?

—Algo similar. Soy filósofo.

Cuando se recobró encontró también junto a él a Druso, que se acercó sonriente y con evidentes intenciones de abrazarlo, cosa que hizo.

—Enhorabuena —le dijo en tono neutro—. Magnífico. Ser nombrado cónsul cuando todavía no tienes la edad suficiente. Gran logro. No creas que deben ser muchos los romanos que lo han conseguido.

—Será un honor ostentar este cargo contigo, Druso.

—Dentro de poco te pondrás en marcha y sustituirás a Pisón en el mando. Pero hoy es un día de celebrar.

Escipión Emiliano se alegró. Aunque el reconocimiento de Druso lo interpretó más como una cortesía después de su infructuoso intento.

—El pueblo cree que solo un Escipión, solo un descendiente del «africano», será capaz de entrar en Cartago. Y tú lo conseguirás. Lo harás para mayor gloria de Roma, y para honrar el nombre de tu abuelo, a quien guarden los dioses. Tú eres africano el joven».

El sueño de Escipión aquella noche no fue tranquilo. Se había acostado contento tras los acontecimientos del día. Pero en su sueño apareció la ciudad de Cartago. Pero no de una forma cualquiera. Era una ciudad submarina. Toda la tierra a su alrededor, hasta donde alcanzaba la vista, estaba bajo agua. Pero no era un agua quieta. Veía una gran ola de color amarillo ocre que se dirigía en dirección a las murallas a las que iba a golpear inevitablemente. Al mirar con más atención vio que la ola iba llena de restos. Había

trozos de árboles, animales, casas, ropa, y después cuerpos humanos inertes. El número de cuerpos humanos empezó a crecer hasta alcanzar los millares. Y, de repente, el color de la ola cambió y se volvió rojo. Rojo sangre.

Capítulo 24

El relevo

Campamento romano. Afueras de Cartago

Escipión Emiliano se dirigía cabalgando al campamento romano. Además del destacamento romano que le acompañaba, Polibio y Panecio de Rodas habían decidido ir con él. Si iba a tener lugar el final de la guerra querían vivirlo y poder contarlo en primera persona. Y también representaba una ocasión para ambos de volver a hablar en griego después de cierto tiempo.

—¿Tuviste conocimiento de la muerte de Catón? —preguntó Polibio a su compatriota.

—Sí —dijo Panecio—. El viejo Catón tuvo fama de gran político. Aunque siempre miró con mucho desdén todo lo griego. A pesar de ello me parece muy acertada su convicción de llevar una vida sencilla y evitar lo superfluo.

—¿Por qué crees que se conducía de esa forma tan austera? ¿O, por decirlo de una forma más griega, tan estoica? —preguntó sonriendo.

—Porque al austero Catón, al ver la suntuosidad de Cartago en su visita, decidió que eso no era bueno ni conveniente para Roma. Imagino que Catón no quería que llegasen esas ideas ni esa forma de vida a Roma. Creo que Catón se llegó a dar cuenta, en algún momento, de la fuerza de los deseos en nuestra vida. Deseamos algo, y nuestro ser parece que conjura para recordarnos continuamente que debemos obtenerlo. Una vez obtenido, pierde el valor para nosotros y volvemos a desear otra cosa. Y así sucesivamente. De esta forma, nuestra vida se va convirtiendo en una búsqueda de metas parciales que finalmente nos destina a una constante insatisfacción. Pero adoptando una actitud estoica, apreciando de cada cosa y de cada momento lo que es esencial, podemos alcanzar ese estado de satisfacción.

—¿Y qué papel jugarían los dioses en ello? —preguntó Polibio

ligeramente divertido.

Panecio reflexionó largamente sobre esa pregunta. Su rostro expresó la imagen de un hombre enfrentado a descifrar un misterio délfico cuya solución estaba lejos de ser fácil.

—Uno muy relativo —dijo finalmente—. Si revisas a los poetas podrás comprobar que, en muchas ocasiones, se les han atribuido a los dioses acciones indignas de un simple hombre de bien.

Ambos rieron.

—Ahora que hablamos de los dioses —continuó Polibio—, hay aristócratas romanos que afirman descender de ellos. Dicen tener un blasón que demuestra su linaje divino.

—Y yo afirmo —explicó Panecio— que he visto a la venta en el mercado de Roma esos blasones por tres denarios.

Volvieron a reír.

—No puedo afirmar con seguridad que existan los dioses —siguió Panecio ya con más seriedad—. Aunque sabemos que hay quien necesita de su existencia para pedirles fuerzas para culminar sus empresas. No obstante, sobre eso bien puedo decir que absurdo es pedirle a los dioses lo que cada uno es capaz de procurarse a sí mismo.

—He escuchado —recordó Polibio— a guerreros decir que los dioses nos envidian porque somos mortales. Porque nuestra vida puede acabar de forma gloriosa en un acto digno que proporcione sentido a toda nuestra existencia. Y eso no está al alcance de ninguna divinidad.

—Pues, precisamente, dentro de poco veremos a Escipión luchando por conquistar Cartago y a Asdrúbal luchando por defenderla. Ya veremos a cuál de los dos otorgan los dioses la gloria de la victoria. Pero estoy convencido de que, en el caso de que existan, los dioses no reparten igualitariamente los dones ni aceptan por igual todas las ofrendas.

Caía la noche cuando llegaban a su destino, y al nuevo cónsul le

resultó extraño la falta de vigilancia en el campamento. Tanto que le pareció vulnerable. Percibía algunos fuegos, que eran alimentados por algunos soldados, y al llegar cerca del primero de ellos desmontó.

Empezó escuchando lejanas risas, y algunas de un timbre tan agudo que le parecieron femeninas. Se acercó por detrás a tres soldados que vio sentados en el suelo hasta percatarse de que estaban jugando a los dados y apostando pertenencias.

—¡Soldados! —les gritó—. Por si no habéis tenido conocimiento soy uno de los nuevos cónsules. ¿Qué clase de vigilancia estáis ejecutando que he llegado hasta vuestra espalda sin ser visto? Si yo hubiera sido un enemigo ya estaríais muertos.

Los soldados giraron la cabeza hacia él. Se pusieron en pie tambaleantes.

—Disculpad, noble cónsul —dijo el primero con la lengua pastosa —. Os prometo por mis ancestros que no volverá a ocurrir.

La palabra «ancestros» fue articulada de forma bastante dificultosa.

El segundo de los soldados no fue capaz de articular nada y su mayor esfuerzo lo empleaba en contener una risita, empresa que no le resultaba fácil.

El tercero, desorientado y aturdido, comenzó una especie de monólogo victimista.

—Necesitábamos descansar. ¿Cuándo vamos a descansar? ¿Cuando acabemos como los que crucificaron en las murallas? ¿Cuando nos quiten la cota de malla y nos echen a los buitres para que den cuenta de nosotros?

Escipión estaba asombrado e indignado a partes iguales.

—¡Por Marte! Están ebrios —dijo—. Llevad a estos hombres a dormir. Mañana, cuando se despierten y sean más conscientes de lo que han hecho, serán castigados. ¿Quién está a cargo de esta guardia?

—El tribuno Flavio. Podéis encontrarlo en aquella tienda.

—¿Qué es ese carro de allí? —preguntó al percatarse de que no tenía aspecto de ser del ejército—. ¿Un buhonero?

—Bueno, noble cónsul…, es de un amigo.

—¿Cuál es el oficio de vuestro amigo?

—Hace malabarismos con fuego y prestidigitación. En esta campaña contra Cartago son muchos los ratos de tedio.

Escipión se indignaba. Se dirigió a grandes zancadas a la tienda del tribuno y descorrió la lona. Siguió un grito femenino de sorpresa. Poco después una mujer desnuda salió apresuradamente tratando torpemente de ocultarse con una manta.

El tribuno Flavio nunca podía imaginar que iban a sorprenderle en esos menesteres. Los recién llegados empezaron a percatarse de que la costumbre había familiarizado a ese destacamento con ciertos entretenimientos placenteros.

—¡Tribuno! ¿Esto es un asedio en regla o un prostíbulo de Roma? Cuando se sirve a la República se hace con la cota de malla puesta. Quiero que buhoneros, prostitutas y jugadores sean expulsados de inmediato del campamento.

Polibio y Panecio observaban la escena a cierta distancia. Quedaba claro que el sitio a Cartago iba a tomar un cariz muy distinto a partir de ahora.

A la mañana siguiente Escipión se encontraba rodeado de los que iban a ser sus inmediatos asesores y confidentes. Le informaron que una cierta de cantidad de romanos habían desertado y se habían refugiado en Cartago.

Escipión empezó a exponerles sus determinaciones y les quedó claro que el asedio a Cartago se iba a reiniciar y con un brío redoblado.

—De las medidas que estoy a punto de dictaros sois los únicos destinatarios, y no deben trascender más allá de este círculo de confianza. Primero. Útica se pasó a nuestro bando. Necesitamos

refuerzos y no sabemos cuándo Roma estará en disposición de enviarlos. Por lo tanto, he determinado que una delegación de soldados se dirija a Útica para reclutar soldados uticenses. Todos los aspirantes deberán ser hombres de armas o capaces de blandirlas. Segundo. Bajo mi supervisión una parte del ejército se dirigirá a Néferis. Esa ciudad es aliada de Cartago y sigue comerciando con ella por mar. Es preciso tomar Néferis para asestar un serio golpe a Cartago. Tercero. Hay que cortar la cadena de abastecimiento marítima que siguen teniendo los cartagineses. Su puerto son sus pulmones. Enviaremos nuestra flota que bloqueará su puerto e impedirá que los barcos entren y salgan libremente como hasta ahora lo están haciendo. Pero les engañaremos. Dispondremos a dos prisioneros que, en una conversación de nuestros soldados, oirán que Escipión Emiliano atacará de nuevo por tierra contra las murallas. Poco después dejaremos huir a esos prisioneros en un aparente descuido nuestro. Cuarto. A partir de este momento expulsaré del ejército de Roma a cualquier integrante que haya venido hasta aquí deseoso solo de saquear y no de luchar. Y, por último, no habrá perdón para los que han desertado del ejército de Roma.

—¿Y si pidieran clemencia? —preguntó el tribuno Flavio.

—No se les concederá —fue la tajante respuesta.

Los días siguientes fueron de una actividad incesante para el nuevo cónsul. Pero dicha actividad fue más viajera que bélica. Se desplazó personalmente a Néferis a dirigir el asalto. Las murallas de esta ciudad no podían compararse con las de Cartago, y el general Diógenes sostenía la defensa como podía.

Escipión dejó el asedio a Néferis a cargo de su lugarteniente Cayo Lelio Sapiens y pidió a Gulussa que le apoyase con la caballería. Volvió a Cartago a supervisar las medidas que había indicado. Pero unas semanas después estaba de vuelta en Néferis hasta que la ciudad finalmente se rendía. Aunque algunos habían sido capaces de huir, se había asestado a Cartago un serio golpe. Ahora estaban completamente aislados.

Asdrúbal montó en cólera al conocer la caída de Néferis en manos romanas. Su esposa y el Estornino escuchaban sus maldiciones.

—¡Malditos sean los romanos! ¡Malditos sean sus dioses, su Rómulo, su Remo y su loba! Llevamos ya dos años resistiendo, pero ahora hemos perdido Néferis. Sin duda es una mala noticia. Quieren bloquearnos para que no recibamos comida.

—El puerto de Cartago ya está bloqueado por completo, mi señor. Y estamos en invierno. Necesitamos provisiones. Y hace unos días llegaron dos de nuestros soldados que lograron escapar del campamento romano informando de que preparan un nuevo ataque por tierra.

—¡Engaños! ¿Crees que los romanos van a dejar escapar a los prisioneros para darnos información de por dónde van a atacar? Se trata de una trampa. Van a golpearnos desde el mar.

—Asdrúbal —intervino su esposa—, vamos a quedarnos sin comunicaciones y sin comida. ¿Cómo vamos a sobrevivir? ¿Qué van a comer nuestros dos hijos? Has rechazado ya muchas veces a los romanos, pero siempre parecen tener hombres que enviar contra nosotros. Mientras que los cartagineses, aquí dentro, no podemos multiplicarnos. ¿No sería mejor —propuso con timidez y bajando la voz— negociar una rendición honrosa?

La yugular del Beotarca parecía estallar.

—¡Antes muerto que entregarme a los romanos!

—Hemos torturado y mutilado a prisioneros romanos ante sus ojos —recordó el Estornino—. Mi señora, ¿qué creéis que nos harían si nos rendimos? ¿Qué espantosas torturas nos esperarían? Los romanos no lo han olvidado.

—Tomaremos la siguiente medida, Estornino. En nombre de la buena defensa de Cartago, vamos a requisar todos los víveres y agua y se le proporcionarán al ejército. Los ciudadanos que no participen activamente tendrán que procurarse su sustento como puedan. Nuestra seguridad depende del número de hombres que puedan sostener una espada y no podrán hacerlo si tienen hambre o están pensando en comida. Por lo tanto, vamos a intentar romper el bloqueo por mar. ¡Que se hagan al mar cincuenta trirremes!

Miro a su esposa anticipándose a su pregunta.

—No te preocupes. Para ti y para mis dos hijos habrá comida. Y si nos vemos en problemas y los romanos logran entrar subiremos colina arriba y nos refugiaremos en Byrsa.

—¿Crees que los dioses nos protegerán mejor allí arriba en el templo?

—Los dioses —contestó Asdrúbal— no se tomarán esa molestia. Seremos nosotros. Yo recurro a mi voluntad y no suplico a los dioses. Ellos ignoran las invocaciones de los hombres. Y si quieres su intervención, mención y mención a Esmún o a Tanit hay que dar un mandoble de espada.

Las cadenas del puerto de Cartago bajaron de nuevo hasta sumergirse en el agua para dejar paso a los cincuenta trirremes y a otros barcos más pequeños. La flota romana, comandada por Lucio Hostilio Mancino, bloqueaba cualquier salida.

Comenzó la batalla y los cartagineses, como hábiles marineros que habían heredado prácticas técnicas navales de sus parientes los fenicios, no lo pusieron fácil.

Con astutas maniobras lograron causar más daño a las naves romanas del que recibieron.

No obstante, al momento de volver al puerto, una descoordinación de las naves pequeñas hizo que la entrada se bloqueara al intentar pasar al mismo tiempo. Ese hecho fue aprovechado por los romanos para atacar y hundir algunos de dichos navíos.

La victoria de esa batalla naval se la había anotado Cartago, pero tenía un sabor amargo. El puerto seguía bloqueado.

Los alimentos no podían entrar. Los cartagineses no podían salir. Era invierno. Las enfermedades amenazaban con hacer su aparición.

¿Cuánto tiempo más podría aguantar Cartago en esa situación?

A aquella temprana hora de la mañana el templo de Esmún estaba desierto. El santuario consistía en un patio cubierto que estaba

limitado por terrazas exteriores hechas de piedra caliza.

En una de sus capillas descansaba junto a una pared el trono de la diosa Astarté, flanqueado por dos esfinges y dos esculturas de leones.

En los laterales se habían dispuesto varias cisternas para las abluciones rituales que eran alimentadas convenientemente por canales de agua. Los fines terapéuticos y de purificación eran característicos del culto que se desarrollaba en ese lugar.

El eco marcial de los pasos de Asdrúbal resonaba en el recinto. Tras el frustrado intento de desbloquear el puerto la situación de Cartago había pasado de ser preocupante a convertirse en grave. Necesitaban provisiones y apoyo. Y el Beotarca, siempre poco dado a teogonías ni relaciones entre los dioses, se encontraba en un estado de irritación previa a caer en la desesperanza. Había jugado muy fuerte contra los romanos y sabía lo que la derrota significaría para él.

¿Por qué no le ayudaban los dioses? ¿Habían determinado los dioses apoyar a los romanos? ¿No podían actuar? ¿O no querían actuar?

¿O acaso los dioses púnicos no eran tan poderosos como los romanos? ¿No podían actuar? ¿O no querían actuar?

Desde que era un joven guerrero se quejaba de que los filósofos y pretendidos profetas usaban palabras difíciles y ampulosas para expresar ideas sencillas. Ahora entendía la razón. Mientras más recargada estuviera la palaba usada, mayor era la magia que se creaba. Y mejor quedaba disfrazada la ignorancia humana. Con el uso en los ritos la palabra se convertía en sagrada. Por lo tanto, hablar contra ella se convertía en herejía, cuando no en blasfemia.

Al llegar frente a la figura se detuvo. Observó la imagen del dios, recostado sobre el suelo, apoyando ambas manos sobre él y con el tronco torcido hacia el costado izquierdo. Tenía un humilde lienzo sobre sus piernas por toda indumentaria.

—¿No eres tú —le reprochó a la imagen— el dios de la curación y

de la renovación de la vida? ¿No vienen a diario a este templo enfermos de cuerpo y de alma a pedir que les sanes? ¿Por qué no nos escuchas? Los romanos nos han rodeado. ¡Quieren matarnos por asfixia! ¿Y qué es lo que haces tú? Te quedas ahí sentado. Inerte. Son muchas ya las veces, que he dudado que hagas algo. E incluso a veces dudo de que existas.

Extrajo la jamsa que su esposa le había dado como amuleto protector y se lo arrojó intentando que golpeara en la cabeza de la figura. Erró el tiro.

—¡La religión es algo para que los pobres no se subleven contra los ricos! Habrá de llegar un día en que el pueblo sea maduro. Habrá de llegar un día en que no necesite dioses. ¡Habrá de llegar un día en que se den cuenta de que le están rezando a un trozo de piedra!

Desanimado y cabizbajo, aunque el desahogo le había aliviado, Asdrúbal salió del templo. Ante de comenzar a bajar las escaleras el Estornino subía los escalones de dos en dos a su encuentro.

—Mi señor, traigo una magnífica noticia. Uno de los lugartenientes númidas de Gulussa ha desertado junto con ochocientos hombres y se ha pasado a nuestro lado. Están convencidos de que nunca caerá Cartago. Han traído sus provisiones, que compartirán con nosotros. Es algo espléndido, señor. Magnífico.

Asdrúbal escuchó estupefacto. Poco después se recobró. Evidentemente era un poco de esperanza. Si había desertores del bando contrario, ¿quién sabe si podría haber más en un futuro próximo?

—Esto no es cosa del azar, mi señor.

—¿Qué quieres decir, Estornino?

—Cuando la situación era desesperada, un hombre entró en este templo para orar. Después de que lo hubiera hecho, tenemos un millar menos de enemigos y más provisiones. El dios Esmún te ha escuchado, general.

Y acabó concluyendo.

—Y te ha elegido como nuestro caudillo.

Capítulo 25

Se acerca el final

Roma. Campo de Marte. Año 146 a.C.

—Ha obtenido los votos suficientes para ser nombrado segundo cónsul el candidato Lucio Mumio Acaico.

Se produjeron las habituales valoraciones y comentarios tras el anuncio.

—Y, como primer cónsul, ha sido elegido para este año el noble Cneo Cornelio Léntulo.

Se produjeron las habituales felicitaciones y la mal disimulada alegría de los vencedores, que inmediatamente tuvieron su primera entrevista con su recién conseguido cargo.

—Una cosa es clara —apreció Léntulo—. Escipión Emiliano debe seguir en África. Roma no es su sitio en este momento.

—Totalmente de acuerdo —apreció Acaico—. Está consiguiendo progresos en el asedio a Cartago. Los informes dicen que los ha bloqueado y quiere hacer rendir la ciudad por hambre. Y que va a conseguirlo.

—Sea cual sea el método que use, está claro que va a acabar el trabajo que inició hace ya mucho su abuelo el «africano».

—El fin de la guerra se acerca. Cartago es un pastel a punto de ser cortado y muchos querrán posicionarse para coger un trozo. Joyas, oro, esclavos…, y otra provincia romana para administrar.

—Lucio, amigo —dijo sonriendo—. Creo que en las próximas semanas nos van a hacer gran cantidad de propuestas y nos van a surgir muchas personas que desearán ser amigos nuestros.

Las enfermedades se habían extendido en Cartago. Al pasear por la ciudad se escuchaban gritos de dolor por las mañanas,

lamentaciones por las tardes, y ruegos a los dioses por las noches. Se diría que un siniestro ángel de la muerte, invisible a los ojos, paseaba por las calles.

Los soldados romanos, siguiendo órdenes de Escipión, habían logrado construir un terraplén que llegaba al antepuerto y de ahí, en un pequeño salto, podían colocarse encima de las murallas.

Los púnicos no solo luchaban contra los invasores. Tenían en el interior de Cartago un enemigo igual de temible, que atacaba día y noche sin miramiento ni compasión. Era el hambre.

La falta de alimento con garantías hacía que soldados fornidos y temibles en cualquier batalla tuvieran dificultades en blandir una espada corta. El estómago pedía alimento una y otra vez, a todas horas. Intentaban engañarlo con agua, con migajas de pan. Pero era inútil.

El ser humano es difícil que muera de hambre. Cuando el organismo no recibe el aporte adecuado empieza a consumir sus propios tejidos y comienza la debilidad. Descoordinación, mareos, somnolencia. Si se sigue sin aporte alimenticio, lo que sigue es una lenta agonía. Cartago estaba sufriendo ahora las siete vacas flacas del sueño que José le había interpretado al faraón egipcio hacía ya mucho. Y ya habían devorado a las gordas por completo.

—Bostar —le dijo Imilce—, espero un hijo.

—Dioses misericordiosos —exclamó el futuro padre—. ¿Qué clase de mundo va a ver nuestro hijo cuándo llegue? No podemos ofrecerle más que miseria, desolación. O guerra.

—Apenas podemos conseguir comida. Y cuando alguien nos la puede dar tengo miedo de que nos la roben. Los soldados de Asdrúbal lo registran todo.

—Huyamos —dijo Bostar de repente.

—¿Cómo? La ciudad está rodeada. No podremos conseguir caballos ni un barco.

—Tendremos que hallar el modo. Quédate en casa. Iré a

inspeccionar el puerto.

Cuando Bostar llegó al puerto vio que los romanos habían comenzado a tomar la parte de la muralla junto a este. Escipión ya había ordenado el asalto final.

La noche tenía un aspecto irreal, como una visión surgida en un sueño febril. En el cielo, la luna afilaba su guadaña.

Algunos púnicos les hicieron frente con valentía y murieron con rapidez. El empuje de los romanos, bien pertrechados y mejor alimentados, enardecidos por el éxito de llegar a conquistar las tanto tiempo ansiadas murallas, era algo con que los cartagineses, exhaustos y famélicos, no podían competir.

El oficio de soldado no está hecho para quien necesita un descanso cada hora. Y el hambre había robado muchas horas de sueño y de descanso a los púnicos.

Y en el oficio de soldado un descuido o una debilidad pueden llevar a la muerte.

Empezaron a retirarse, incapaces de defender ya la plaza. Los romanos tomaron el control del puerto y bajaron las cadenas de la entrada. La primera galera romana surcaba ya las aguas del puerto púnico.

—Esto es el fin —pensó Bostar.

Con espanto se percató de que se acercaba, lenta pero inexorablemente, una de las torres de asalto. Sintió temblar el suelo bajo sus pies. Un golpe. Luego otro. Y otro más. Los arietes romanos volvían a golpear las murallas y posiblemente ya habrían abierto brecha.

Cuando cayó la noche, los romanos eran ya dueños del puerto y habían acampado en el ágora. El cansancio y la inanición de los cartagineses impedían el contrataque.

A la mañana siguiente Escipión ordenó continuar la ofensiva. Asdrúbal ordenó retroceder e ir subiendo la escarpada colina, abandonando el suburbio de Megara.

—¡Hacia arriba! —gritaba—. Nos haremos fuertes en Byrsa. Antes en manos de Caronte que de los romanos.

Era el único refugio seguro que quedaba en Cartago, si es que había ya alguno tras ceder las murallas. Tras el episodio del templo de Esmún a Asdrúbal le había quedado muy claro que un caudillo no es más que un repartidor de esperanza. Y ahora él tenía muy poca de esa mercancía que ofrecer a nadie.

Los romanos enfilaban las calles sin ningún tipo de alineación militar. La ciudadela de Byrsa estaba a apenas tres manzanas de donde se encontraban. Las calles eran casi paralelas en su ascensión y estaban flanqueadas por edificios de seis plantas.

Pero al comenzar a subir las cuestas a los soldados romanos se les vino encima una lluvia de objetos. Flechas, escudos, espadas. Cuando algunos tuvieron la ocasión de levantar la vista, pudieron ver que tanto hombres como mujeres habían escalado hasta la azotea de sus casas y lanzaban macetas y tejas a los soldados romanos. Cualquier objeto con peso y que pudiera lanzarse se había convertido en un arma arrojadiza contra los invasores en un combate sin esperanza.

—¡Entrad en las casas si es preciso! —gritaba Escipión—. Venced toda resistencia.

El cónsul sabía que su ejército no podía continuar subiendo las empinadas calles dejando enemigos a sus espaldas, y más si estaban colocados en una posición superior.

—¡Casa por casa!

—Señor —le informó Flavio—, están cerrando las puertas de las casas con todo lo que tienen dentro.

—En las casas que hemos podido penetrar, subid a las azoteas y tended tablones para pasar a la casa siguiente

—ingenió Escipión.

No era fácil asaltar las azoteas contiguas. Pero era necesario. La mayoría de los objetos que eran arrojados a los romanos provenían

de allí. Los tablones fueron tendidos a modo de puente de una azotea a otra. Los romanos eran sabedores de que cuantas más casas tomaran, menos proyectiles recibirían los que combatían en las calles.

Y así acabó otro día de batalla.

Al día siguiente la lucha de casa por casa se convirtió en otra de estancia por estancia, palmo por palmo. Y los romanos seguían ganando terreno. Escipión había preparado grupos de soldados de refresco y el ataque continuó con el mismo brío.

Las calles empezaron a llenarse de cadáveres y comenzaron a fluir riachuelos de sangre. Cuando cayó la tarde el acceso de las calles era ya casi imposible por la cantidad de cuerpos.

—Tribuno —volvió a ordenar Escipión—, organiza una brigada de hombres que dispongan barras con ganchos. Que se retiren los cuerpos de las calles. Necesitamos paso libre y no quiero epidemias.

Escipión organizó distintos grupos de hombres para que fueran relevándose entre el ataque, la limpieza, y otros estuvieran de refresco. Irían rotando alternativamente. Ante tan agotadora y sangrienta tarea era una forma de conservar las fuerzas. Y la cordura.

Las calles eran un griterío. Aurelio corría como podía en dirección a Byrsa. Con una espada en su mano derecha y la muñeca de su esposa en la izquierda su correr revestía dificultad. Apenas pudo jadear unas palabras.

—Si al ejército romano que yo conocí le quedaba dignidad y nobleza la ha perdido hoy aquí.

Al llegar a una confluencia de calles un soldado romano, inesperadamente, les salió al paso. Debía de tener poco más de veinte años, y en sus ojos se reflejaba la fiereza de quien ha entrado en combate y su fogosidad le hace sentirse invencible. Blandía en su mano derecha una espada, deseoso de luchar. Había matado y quería repetir.

Hacía años que Aurelio no entraba en combate, pero el trabajo del mar había mantenido sus músculos a tono. Con la mano izquierda apartó delicadamente a Meroe hacia atrás.

El soldado atacó con brío y a punto estuvo de herir a Aurelio si no hubiera fintado a tiempo. En su mente empezaron a bullir todas las ideas y recursos que usaba cuando estuvo en el ejército romano. Es decir, en su otra vida.

Aurelio recordó las lejanas palabras de su instructor en el ejército.

«Se lucha con las piernas un poco separadas. Tienes que repartir uniformemente el peso del cuerpo. Busca el equilibrio».

Un segundo ataque del joven romano fue más defectuoso, y Aurelio paró el golpe con su espada, le ganó la espalda a su adversario y lanzó un repentino golpe con su arma que alcanzó al rival en el brazo izquierdo.

El joven soldado aulló. Pero se recobró y volvió a plantar cara. Sus ojos, llenos de odio, clamaban devolver el golpe.

«Al enemigo herido le pueden quedar fuerzas para matarte. Ganarás el combate si lo mantienes a distancia y lo cansas».

Pero Meroe y él no tenían mucho tiempo. Debían llegar a Byrsa cuanto antes.

—¡No quedará recuerdo alguno de vuestra ciudad!

—clamaba el herido—. Será demolida hasta la última piedra. Arrasaremos todo. El futuro nunca sabrá que exististeis.

—Sois asesinos —dijo Aurelio dándose cuenta de que eran las primeras palabras en latín que pronunciaba en mucho tiempo—. Entráis en las casas a matar a ciudadanos inocentes. No hay nobleza en lo que hacéis.

«Tratad de irritar al adversario. La cólera nubla el juicio y así podréis provocar un error».

—¿Esa es la mejor forma en que sabes luchar? —preguntó irónico

Aurelio—. Mi madre lo hubiera hecho mejor.

Tras un grito, el adversario intentó un tercer ataque, aún más defectuoso que el anterior. Aurelio aprovechó ese error para hundirle su espada en el pecho.

El rival cayó al suelo, inerme.

«Nunca ataquéis con cólera. Tened la mente fría», recordó que decía su instructor. No era el primer soldado al que la fantasía de la invencibilidad le había jugado una mala pasada.

Aurelio quedó de pie junto a él, sosteniendo aún la espada ensangrentada. Ahora sentía lástima.

—Mírate. ¿A quién no recordará nadie ahora?

Se dirigió a Meroe, que se encontraba acurrucada en la esquina de la calle ocultando su rostro entre las ropas. No pudo soportar ver el desarrollo del enfrentamiento.

Su esposa le abrazó, dando gracias a la diosa Tanit, a quien había rogado. Pero Aurelio le urgió que debían seguir su camino. Debían seguir ascendiendo hasta Byrsa.

El resentimiento acumulado entre dos ciudades durante más de cien años había estallado allí.

Asdrúbal, con un importante número de soldados y de ciudadanos, aunque ya no había distinción entre ambas condiciones, lograron refugiarse en el templo de Esmún.

Cuando los romanos lo alcanzaron se quedaron perplejos por la cantidad de placas de oro que rodeaban el templo. Allí tenían su primer botín de guerra. El templo, como la mayoría de los edificios de Cartago, iba a ser pronto contagiado por las llamas. No había tiempo que perder.

Sin pensarlo más, usaron sus espadas manchadas de grasa y sangre como herramientas para arrancar las placas que pretendían llevarse.

—¡Dejad el oro! —gritaba Escipión—. Ya habrá tiempo después.

Pero los soldados no escuchaban. La fiebre del oro había sustituido a la fiebre de la sangre.

Ni Escipión ni ninguno de sus oficiales pudieron convencer a aquellos hombres de que dejasen de arrancar placas de oro hasta que dejaron el templo completamente desprovisto de ellas. Las órdenes que Escipión gritaba, indignado, llamando a la disciplina tenían ya en los soldados el mismo efecto que el sonido de la lluvia.

Desafortunadamente para los púnicos, su delicada situación hizo que no pudieran sacar provecho alguno de la temporal indisciplina de los romanos. Sus fuerzas eran ya limitadísimas.

Seis días pudieron resistir los cartagineses en el templo. Después de ese tiempo algunos comenzaron a salir llevando ramas de olivo, en señal de rendición, a entregarse. Primero fueron decenas, luego cientos, más tarde miles. La posible muerte o la probable esclavitud serían mejores sin duda que los horrores que estaban viviendo. Tampoco habría vida más allá del esfuerzo que estaban haciendo. Sin provisiones ni agua no había resistencia posible. Escipión aceptó la rendición de estos.

Las esperanzas de rearmar una defensa eficiente eran nulas.

Una mañana, el Estornino acudió a Asdrúbal. El general se encontraba sentado en un sillón, ausente, con la mirada perdida. Su mente parecía haber iniciado un viaje indeterminado, y haberse proyectado fuera del cuerpo, a alguna dimensión desconocida. El fiel soldado dudó si su general podría escucharle con garantías.

—Mi señor —le abordó—, os traigo la ingrata noticia de que hemos sufrido nuevas bajas. Los desertores que se pasaron a nuestro lado han decidido que nuestra situación no podrá sostenerse mucho tiempo.

Asdrúbal giró la cabeza hacia su siempre fiel guerrero. Aunque su cuerpo estaba allí, por la expresión de su rostro se diría que su alma parecía flotar, ingrávida, en un lejano lugar, a punto de desplomarse al suelo.

—Y han decidido —continuó—… arrebatarles a los romanos la

posibilidad de victoria. Se han quitado la vida. Y les entiendo. Saben los dioses qué tormentos les esperaban si eran capturados.

Asdrúbal se empezó a mover, lentamente, en su asiento. Se puso en pie con dificultad, como si llevase a su espalda un gran fardo del que no pudiera desprenderse. Se acercó al Estornino y dijo unas palabras en su oído. Poco después, salió del templo. Su compañero de armas quedó perplejo ante la actitud que había mostrado. Cuando, minutos más tarde, la esposa de Asdrúbal llegó a donde él se encontraba, el Estornino se dirigió a ella.

—No entiendo lo que vuestro esposo me ha dicho. Me ha resultado extraño.

—¿Qué te ha transmitido?

—Me ha dicho —explicó el luchador— que se puede hacer más por el pueblo con una postura aparentemente complaciente.

La mujer gritó. Era un sonido de indignación sin concesiones.

—¿Su postura? —preguntó irónica—. Su postura no es más que un cinismo inadmisible.

Asdrúbal fue prendido sin resistencia por dos soldados romanos. Iba sucio, con sus ropas ajadas donde podían verse varios cortes, y manchas de sangre que podía ser tanto propia como ajena. O quizá ambas.

Musitaba con una voz apenas audible que sus ganas de vivir eran más fuertes aún que su odio. Musitaba también que Imilco Fameas ya había hecho antes lo mismo. Al articular esas palabras en púnico nadie a su alrededor le entendía.

Escipión indicó con un movimiento de cabeza que lo llevasen a su presencia.

—General —comenzó Asdrúbal agotado y en un tosco latín—, vengo a rendir la ciudad de Cartago. Y a suplicarte que me perdones la vida.

Se hizo un silencio en el que solo se escuchaba el crepitar de los

incendios en las casas y en el templo.

—Recordarás —dijo Escipión— tan bien como yo que, cuando capturaste prisioneros romanos, los crucificaste en las murallas y después los torturaste y mutilaste.

Las lágrimas empezaron a rodar por el rostro de Asdrúbal. Escipión no iba a tener piedad. ¿Cómo convencer al general rival de que le conserve con vida? En su mente se originó un torbellino de pensamientos que se empujaban por abrirse paso unos a otros. ¿Podría ofrecerse como asesor militar? ¿Acabaría sus días en luchando en el circo romano? ¿O era ese el último día de su vida?

Se escucharon zancadas de alguien correr. Era el Estornino que se dirigía hacia ellos desarmado. Escipión indicó con una seña que le permitieran el paso. Polibio, detrás de varias filas de soldados, observaba con atención. Estaba claro de que ese momento iba a ser emotivo.

—Traidor —le espetó a Asdrúbal con resentimiento—. Eres el más afeminado de los hombres. Vas a tener el castigo que te han preparado los dioses.

Los presentes se miraron con extrañeza. El Estornino no portaba ningún arma con la que pudiera herir a Asdrúbal.

—Tu esposa —informó el recién llegado— ha cogido a tus dos hijos y se han arrojado los tres al fuego.

Asdrúbal cayó al suelo gritando y retorciéndose presa de un dolor infinito. Lloró sobre el suelo de la ciudad que había defendido con tanto ahínco hasta que la empresa se había revelado del todo imposible. Lloró sobre el barro del suelo que a veces se mezclaba con una película de sangre coagulada. Lloró porque en ese momento sintió dolor en partes del cuerpo que no sabía ni que tenía.

A fuego fueron hechas las armas para defender Cartago que él mandó forjar en un arranque de pasión y heroísmo.

A fuego se consumían su ciudad, sus guerreros, y su familia. Gritaba

que ya los dioses no podían castigarle más.

Cuando ya no tuvo fuerzas para el llanto quedó tendido ante todos los presentes.

En el silencio se escucharon sollozos. Nadie que se preciara de ser humano podía ser insensible. El tribuno Flavio, Polibio, y los soldados, levantaron sus cabezas buscando el origen de los sollozos.

El que sollozaba era Escipión. El gran general, el flamante cónsul, el comandante en jefe que en los últimos seis días había demostrado una implacable frialdad y una tremenda eficacia en acabar el trabajo que se le había encomendado, estaba ahora atrapado por un humilde llanto.

Harto de tanta sangre y de tanto dolor, recordó aquella remota tarde en el Palacio de Cirta en que Masinissa le reprochaba a su hijo Gulussa la diferencia entre la labor de carnicero y la de príncipe. Y los últimos días lo que había visto era una carnicería en donde los ojos de sus sentimientos parecían tener una venda puesta.

Tal cantidad de sangre, de horror y de sufrimiento también fue demasiado para él, y su entereza se acabó derrumbando. ¿Y qué se podía esperar? También era humano.

Capítulo 26

La victoria y la derrota

Reza el Salmo 144 que la vida del hombre es un suspiro, y que sus días son como una sombra pasajera.

Y esa era la sensación que tenían la mayoría de los cartagineses supervivientes el día después de que su ciudad cayera.

El nacimiento es dolor. La muerte es dolor. Entre ambos puntos se sitúa nuestra vida. Y el desarrollo de ella consiste en un bascular entre el Escila de la búsqueda del placer, y el Caribdis de evitar el dolor. Y la vida de los asaltantes romanos y de los defensores púnicos en los últimos tres años había consistido íntegramente en lo segundo.

El asedio había acabado. Y Cartago había sido destruida. El asalto final se había coronado con éxito gracias a la gran cantidad de maquinaria de asedio que fue fabricada con gran esfuerzo por una importante mano de obra durante meses y contra unos adversarios muy debilitados.

Escipión dio a sus hombres varios días para que saquearan libremente lo que quisieran de los restos de la ciudad.

—Quiero —pidió— que se separen el oro, la plata y las ofrendas votivas de los templos. El botín final será repartido entre todos. Salvo los hombres que saquearon las placas de oro del templo a pesar de mi orden. Estos últimos quedan excluidos.

Las noticias de la victoria llegaron a Roma en forma de un barco cargado con parte del botín. Súbitamente se desató una gran alegría, que los días siguientes dieron lugar a festejos más organizados. La victoria militar suponía un gran aumento del patrimonio para muchos romanos.

El ferviente deseo de Catón se había cumplido al fin. Había tardado mucho más de lo previsto y el difunto censor no vivió lo suficiente para verlo.

Había acabado una guerra que una buena parte de los romanos se había tomado como cuestión de vida o muerte, y habían obligado a luchar a unos cartagineses que nunca desearon hacerlo.

También hubo voces en Roma que se preguntaban cómo se había tratado a Cartago con tanto rigor.

Antes de que los soldados volvieran definitivamente a Roma, empezaron a circular todo tipo de rumores en dicha ciudad. Decían de la invencibilidad de «Africano el joven».

Hablaban también de que el mismísimo Marte, dios de la guerra, había abandonado el Olimpo para ir, expresamente, hasta África y había golpeado las murallas de Cartago hasta hacer que se fracturaran. Sabido es que el pensamiento humano es libre, y la imaginación es de naturaleza caprichosa.

En breve se dispuso otra comisión senatorial de diez miembros que partió hacia Cartago a supervisar la destrucción.

Escipión Emiliano volvió a Roma celebrando el triunfo de forma espectacular. Su apodo de «Africano el joven» quedó definitivamente consagrado. La comitiva que transportaba el botín fue descrita como la más rica que había sido vista en Roma hasta el momento.

El comandante de la flota, Lucio Hostilio Mancino, también había regresado a Roma. Incansablemente enseñaba dibujos y pinturas sobre las batallas de Cartago y sobre el papel que él había desempeñado en la toma de la ciudad. Algunos oyentes quedaron convencidos de que, si no hubiera sido por él, la guerra no se hubiera ganado. Había emprendido una campaña electoral cuyo objetivo final era ser nombrado cónsul.

Cuando la comisión del Senado llegó a Cartago encontró una ciudad espectral. Muchos de los supervivientes, ya convertidos en esclavos, habían sido evacuados a distintos destinos con claras intenciones de evitar reorganizaciones.

Apenas algunos muros se sostenían de pie, e iban siendo derribados paulatinamente por los soldados. La mayor parte de la ciudad

estaba cubierta por una capa de materia quemada. Era un entorno donde ni las cucarachas se podrían adaptar a vivir.

La perla del Mare Nostrum había sido pisoteada una y otra vez hasta solo quedar polvo. La ciudad que había vivido setecientos años y había alcanzado su momento de gloria, había acabado su existencia pasto del humilde fuego.

—Subid a la galera, esclavos —gritaba el que parecía haberse autoconcedido el título de capataz.

Tenía un fuerte acento romano, era alto, de complexión atlética y bien musculado. Desnudo de cintura para arriba, blandía un látigo en la mano.

—Os suplico —pidió Bostar— que no hagáis daño a mi esposa. Esperamos un hijo.

—Entonces ya podéis embarcar pronto si sabéis lo que os conviene.

Se habían dispuesto sendas rampas para que los prisioneros fueran embarcando en las galeras. No había un destino común para los navíos. La población derrotada debía ser repartida entre distintas regiones de administración romana y, una vez allí, ser vendidos como esclavos. Sicilia, Cerdeña, Galia, Hispania. A los que recientemente habían adquirido la condición de esclavo no se les informaba de sus destinos. Con la población púnica convenientemente diseminada no habría peligro de que volvieran a suponer una amenaza para Roma.

Bostar e Imilce fueron obligados a bajar a la bodega. El aire que se respiraba era denso. Había cientos de personas que se acomodaban como podían. Sería un viaje previsiblemente largo. Allí encontraron a Aurelio y Meroe.

—¡Imilce! —la llamó Meroe—. Muchacha, ¿cómo te encuentras en tu estado?

—Estoy bien.

—Tienes que cuidarte mucho a partir de ahora. Vamos todos a tener días duros. Sé fuerte. Busca el apoyo de tu esposo. Y, en lo que

podamos, Aurelio y yo os ayudaremos. Nos ha parecido escuchar que este barco irá a Roma.

—Ahora lo que estoy es muy asustada.

—Todos lo estamos —dijo Meroe—. Nunca nos hemos visto en la esclavitud.

—Yo milité en el ejército romano —recordó Aurelio—. Fue hace muchos años. Antes de llegar a Cartago y encontrar buenas razones que me hicieron quedarme. —Miró a su esposa—. Y te puedo hablar sobre el miedo, muchacha. Cuando tienes un enemigo ante ti, y tu vida está en juego, se siente miedo. Pero lo importante es dominarlo, y no salir corriendo. El temor siempre está presente, pero asumirlo te hace más fuerte. Si llega el momento en que decidan vendernos, hay que convencerles de que vayamos juntos. Pero, por encima de todo, lo más importante ahora es mantenerse con vida.

—¿Habéis visto a alguien conocido? —preguntó Bostar.

—Hace un rato creí ver al sufete Tumílcar —dijo Meroe—. Pero no estoy segura. Le vi tan sucio, más delgado de lo que yo recordaba, que realmente he tenido dudas de que fuera él.

—Nos rebelaremos —se escuchó a otro de los prisioneros—. Esperaremos un descuido de los romanos. Entonces organizaremos un motín y nos haremos con el barco. Iremos a algún puerto amigo.

Los prisioneros más cercanos le escuchaban con incredulidad. El hombre parecía estar divagando y tener expectativas, a todas luces, irreales.

—Esto no ha acabado aquí —continuaba esperanzado—. Crearemos otra ciudad dentro de unos años. Le haremos sombra a Roma, y volveremos a entablar guerra contra ella. Y con la victoria podremos restituir el honor perdido. ¡Debemos mantener vivo el recuerdo de Cartago! En el infortunio no debemos perder la dignidad.

El improvisado orador calló. Quizá porque se quedó sin contendido

en su oratoria. Notaron que el barco comenzaba a moverse y, por los huecos de la madera, vieron que empezaban a abandonar el puerto y se hacían a mar abierto. Les invadió a todos una cierta sensación de tristeza. Como si un imaginario cordón umbilical que les uniera a su ciudad madre se hubiera roto para siempre.

Salían de su patria, probablemente para no volver nunca.

Bostar se acomodó junto a Aurelio.

—Nunca he sido esclavo de nadie —dijo el joven—. Me será difícil.

—Puedo decirte —dijo Aurelio— que hay muchas formas de esclavitud.

—Creo que lo decís por consolarme.

—Lo digo porque así lo creo. ¿De qué vale el consuelo siendo nuestra situación la que es?

—¿No es preferible ser libre a esclavo?

—Todos los hombres prefieren ser libres a esclavos.

—¿Para hacer lo que les plazca?

—Muchacho, he conocido en Roma esclavos que han hecho su voluntad, y he conocido hombres libres prisioneros de sus ideas, de sus familias o de sus circunstancias. Hay muchas formas de esclavitud como te digo.

—Necesito que me deis consejo. Sois un hombre mayor que yo y habéis tenido muchas experiencias. ¿Qué debo hacer a partir de ahora?

—Es sencillo —contestó Aurelio—. Reza a los dioses, ama a tu esposa, y defiende a tu hijo cuando llegue a este mundo. Es el valor de seguir adelante lo que cuenta. Cuando lleguemos a Roma, yo te ayudaré en lo que pueda.

—¿Ayudarme? —preguntó extrañado Bostar—. ¿Cómo lo haréis?

Aurelio esbozó una ligera sonrisa antes de responder.

—Es fácil. Conozco su lengua.

Epílogo y referencias

En 1985 los alcaldes de las ciudades de Roma y Cartago, esta última ya con el nombre de Túnez, firmaron el tratado de paz. Dicho tratado fue absolutamente simbólico.

Cartago había sido destruida 2131 años antes, pero lo cierto es que no se llegó a firmar ningún tratado de paz. Quizá porque no quedó nadie con quien firmarlo.

Me apresuro a decir que no se deben hacer juicios sobre lo ocurrido en un tiempo pasado con la sensibilidad del presente y que, si bien resulta a veces complejo saber cuál fue el origen exacto de un conflicto bélico, en este caso no cabe duda de que en la Tercera Guerra Púnica la intención fue clara.

En un gran acto de cinismo, Roma explotó sin ningún tipo de disfraz su posición de dominio y fue consiguiendo que Cartago, en un intento de evitar la guerra, fuera haciendo concesiones cada vez mayores hasta que, finalmente, no tuvo más remedio que declararla. Cuando esta empezó, Roma se encontraba en las mejores condiciones para afrontarla.

La guerra era totalmente innecesaria ya que Cartago no suponía en ese momento una amenaza militar para Roma. Y la actitud de esta potencia puede recordar a la del abusón de instituto, que no duda en provocar a un rival más débil para entrar en una pelea de la que se sabe ganador de antemano.

La traición del general Imilco Fameas fue un episodio cierto. Cuando Dante bajó al Infierno con Virgilio y observó en su noveno círculo a los grandes traidores atrapados en un lago de hielo, tenía el convencimiento de que la traición es el peor pecado que se puede cometer. De diferente forma pensaba Maquiavelo, que afirmaba que la traición es fundamental en la política y que quien no esté dispuesto a ello no tiene sitio en ese ámbito.

Si bien Roma promovió la traición de Imilco Fameas, pocos años

después de la caída de Cartago Viriato era asesinado mientras dormía por otros traidores. Estos, a su vez, serían asesinados posteriormente (no ejecutados, ya que eso implica un proceso judicial) con el conocido «Roma no paga a traidores», frase que podemos leer con cierto relativismo visto lo visto. Lo cierto es que no se sabe con claridad si fueron eliminados porque el hecho de ser traidores les hacía indignos de confianza o porque se quiso ahorrar el dinero de la traición.

Lo cierto es que las personas tenemos unas ideas muy distintas unas de otras de lo que es ético o moral.

No es oportuno concluir de una forma romántica diciendo que las voces de los héroes que defendieron Cartago aún se escuchan si acercamos nuestros oídos a las ruinas de Túnez. Lo cierto es que la palabra genocidio, que empieza a usarse con regularidad desde la Segunda Guerra Mundial, refleja lo que ha ocurrido en diversas ocasiones en la historia universal, aunque no se las haya denominado de esa forma. Cartago fue un caso. Sería injusto exponer una relación de ejemplos ya que siempre podría faltar alguno.

No es aconsejable caer en la cómoda butaca del maniqueísmo ya que sobradamente documentadas están las atrocidades cometidas por todos los bandos cuando se desata esa brutalidad paleolítica que son las guerras. Sabido es que todos los bandos cometen atrocidades nauseabundas que no deben equipararse a ningún tipo de heroicidad. Aquí no se ha hecho una relación exhaustiva de ellas ya que no era ese el objetivo.

Para la redacción de esta narración han sido de inestimable ayuda varias referencias.

La caída de Cartago. Las guerras púnicas, 265-146 a.C. Adrian Goldsworthy. Editorial Ariel. Barcelona. 2008. Su autor es un prestigioso historiador británico especializado en la Antigua Roma.

Las guerras púnicas. Adrian Goldsworthy. Editorial Ariel. Barcelona. 2002. El mismo autor del libro anterior trata sobre las ideas generales de los conflictos.

Cartago. El imperio de los dioses. Emilio Tejera Puente. Editorial Viamagna. Barcelona. 2007. El autor recrea con bastante acierto los intereses económicos y hegemónicos que movieron el conflicto.

Cartago: la construcción de un imperio. Documental de Canal Historia. History Television Network Productions. 2006 ASE Television Networks. Ofrece un relato detallado y didáctico sobre las tres guerras púnicas.

Piedras vivas. Civilizaciones desaparecidas. Voyage Odyssée. Sylicone. Alpha Line Production. 2001. Serie documental cuyo capítulo 8 está dedicado a Cartago. Recrea tanto la ciudad de Cartago como su puerto y sus viviendas, así como las escasas ruinas que aún se conservan en la actual Túnez.

www.terraignotaediciones.com